



2006

14° CONCURSO DE HISTORIAS
Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

FUNDACIÓN DE COMUNICACIONES,
CAPACITACIÓN Y CULTURA DEL AGRO, FUCOA



Edición, Diseño y Producción:
Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA.
Ministerio de Agricultura

Diciembre de 2006

Diseño y Diagramación:
Unidad de Diseño de FUCOA

Corrección de textos: Óscar Aedo I.

Derechos reservados
Inscripción N° del Registro de Propiedad Intelectual

ISBN:

Santiago de Chile - 2006 - FUCOA
HECHO EN CHILE
Impreso en: GráficoAndeS Ltda.

ÍNDICE



PRESENTACIÓN.....	7
PRÓLOGO.....	9

PRIMERA PARTE

CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"

Primer Premio Nacional: "La Pastorcita de Ticnámbar", de Sylvia Córdova Hernández.....	15
Segundo Premio Nacional: "El viejo preñao", de José Basilio Carrasco Aburto.....	29
Tercer Premio Nacional: "Mi amigo el Cote", de Ariel Ignacio Abarca Fuenzalida.....	33

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:

"El Pueblo de tus Abuelos", de Gladys Flores Rodríguez.....	45
"La Vicuñita Cautiva", de Lilí Julia Fernández Canque.....	51

IV REGIÓN DE COQUIMBO:

"La Maldición", de Tomas Ricardo Rodríguez Aquea.....	55
"La Fiesta del Chanco", de América Teresa Carvajal Cortés.....	59
"A pescar", de Ramón Orlando Arriagada Cáceres.....	62
"Nadie lo pensó", de Grimaldina Araya Astudillo.....	67
"Fiestas Patrias en Punilla, IV Región", de Jacqueline del Carmen Araya Pereira.....	79

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:

"Las Aventuras de Repitente", de Luis Guillermo Bruna Zapata.....97

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS:

"Totito", de Morelia Valdés Orellana.....103

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:

"Noche de San Juan", de Lidia Mansilla Valenzuela.....108

"El "Celebro" No", de José Fidel Cid Urra.....111

"Pedro Pablo Santo", de Luis Samuel Campos Pinto.....116

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:

"Un Año Nuevo con Costumbres Diferentes", de Luis
Armando Curimán Maricán.....121

"Berne el Semental", de Carlos Francisco Bobadilla Sepúlveda.....128

X REGIÓN DE LOS LAGOS:

"Tradiciones del Campo Costero de los Canales de Calbuco",
de María Julia Alvarado.....130

"La Trilla y la Golaora", de Leonel Coronado Barra.....132

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA:

"La Muerte del Trauco", de Enedina Hermida.....137

"Su Majestad el Caballo", de Humberto Cárcamo Villarroel.....140

SEGUNDA PARTE

CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

Primer Premio Nacional: "El Cordón de San Francisco",
de Kaina Atenas Carvajal.....153

Segundo Premio Nacional: "Las Pucucacuches",
de Jazmín Alejandra Oliva Neculhueque.....155

Tercer Premio Nacional: "La Manta de Castilla",
de Cristián Fernando Espinoza Vergara.....158

PREMIOS REGIONALES:**II REGIÓN DE ANTOFAGASTA**

- "Conozcamos la limpia de Canal", de Rony Matías Colamar Colamar.....164
 "Las Lluvias y Truenos que matan", de Fabián Canisio Anza Panire.....168

III REGIÓN DE ATACAMA:

- "Cómo Nació la Garra de León", de Francisco Williams Rojas Delgado.....170
 "Me lo Contó mi Abuelo", de Maximiliano Ian Frederick Bown Herrera...174
 "La Mina de la Serpiente", de Franklin Hans Jordán Salinas Montenegro...175

IV REGIÓN DE COQUIMBO:

- "En la Punta del Cerro Guayaquil", de Fernando Esteban Muñoz Ortiz...179
 "La Llorona", de William Álvarez Amaya.....181
 "La Encierra y su Tesoro", de Jael Brito Muñoz.....183
 "El Huecu", de Vesna Elizabeth Angel Gómez.....185

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:

- "El Niño sin Bautizar", de Gabriela Francisca Galdámez Lazcano.....187
 "El Jinete con la Mano Afilada", de Eduardo Ignacio Ogueda Cea.....190

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS:

- "Heriberto Amaba su Campo", de Karla Tatiana Silva Urzúa.....192
 "María Cenicienta en Calesa y Teta de Burro bajo la Tierra",
 de Javier de la Fuente Arce.....195

VII REGIÓN DEL MAULE:

- "La Palma Sagrada", de Evelyn Marioli Cevallos Avendaño.....199
 "El Cazador", de Carla Estefani Díaz Díaz.....205
 "Los Encantos del Pequén", de Luis Felipe Vargas Quijada.....206

- "La Negra", de Allison Vanesa Espinoza Vergara.....208
 "Me Robaron el Michael Jackson", de Karina Paz Espinoza Vergara.....210

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:

- "La Joven y el Misterio sobre el Mar", de José Pablo González Llancapán...213

X REGIÓN DE LOS LAGOS:

"El Saco Embrujado", de Gerardo Alejandro González Zúñiga.....	215
"El Perro Flojo", de César Antonio Gueiquén Levicay.....	217
"Ayer y Mañana", de Miguel Sebastián Ramírez Cepeda.....	218

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA:

"La Historia de Pehuén y Rayen", de Alejandra Latorre Mancilla.....	221
---	-----

PRESENTACIÓN



Generalmente se entiende a la agricultura como productora de bienes y alimentos y se la relaciona con conceptos como siembra, cosecha, comercialización, tecnología. La acepción es correcta, pero incompleta. La agricultura requiere de personas, y se desarrolla en un paisaje geográfico, el campo, y en un espacio cultural, las tradiciones e identidades.

FUCOA, como Fundación de derecho privado, vinculada al Ministerio de Agricultura, tiene como misión "aportar al desarrollo integral y moderno del agro chileno, con la entrega de información técnico productiva a través de la capacitación, generación de espacios de diálogo, participación y comunicación entre los actores del mundo rural, así como el apoyo y valorización de sus tradiciones y quehacer cultural.

Desde esta perspectiva, queremos relevar el sentido más profundo del ser humano: sus raíces históricas y culturales, su cosmovisión religiosa, su entorno ambiental. Queremos que las personas que viven en la ciudad sepan que del mundo del agro no solamente emergen productos, sino que también hay personas, con ideas, con religiosidad, con fiestas y tradiciones, de las cuales estamos muy contentos y orgullosos.

La presente antología recoge los cuentos premiados en el 14º Concurso de Cuentos realizado en conjunto entre los Ministerios de Agricultura y Educación durante el año 2006. Los adul-

tos (categoría A) escribieron "Historias Campesinas" y los jóvenes (categoría B) "Me lo contó mi abuelito".

Buscamos que el patrimonio cultural del mundo campesino, que también contempla la oralidad, quede escrito y, esperamos, que los lectores de la ciudad puedan re-encantarse con este libro y valorar a estos otros chilenos que sueñan, imaginan y contribuyen al engrandecimiento del país.

Editar un libro no es una acción académica solamente. Al explorar en el corazón de hombres y mujeres, reconocemos sus potencialidades. Al conocer sus sueños, intuimos el futuro. En la medida en que nos hagamos parte de sus propios caminos, tendremos mayores posibilidades de éxito en otras zonas del desarrollo. Además, trabajar en ese sentido es también aportar piedras angulares al desarrollo económico de manera evidente, como estímulo y acicate para la generación de posibilidades, como punto de encuentro con el conocimiento, con la inteligencia emocional, con la verdad poética.

Apostamos a reconocernos, a identificarnos, a respetar nuestras diferencias. Apostamos también a ese Uno y diverso que son los pueblos, a esa unidad plural que se expresa en identificación constante. Por eso, entendemos que el mundo rural es mucho más que un indicador económico, más que un paisaje bucólico y pastoril, más que un sitio de descanso. El mundo rural es sobre todo humanidad, reserva moral y espiritual de los países.

Liliana Barría Iroumé
Vicepresidenta de FUCOA

Álvaro Rojas Marín
Ministro de Agricultura y
Presidente de FUCOA

PRÓLOGO



"**T**oda cultura debería comenzar por la tierra", dice nuestra Gabriela Mistral, en un decir de devoto apego a las riquezas vivas de lo rural más auténtico y genuino: el amor al suelo nutricio y lo que conlleva ese suelo en sus geografías y paisajes, en sus gentes y oficios, en sus frutos y dones de madre naturaleza.

De ahí el sentido y fundamento de este Concurso Literario —poesía y cuento— rescatador de historias, tradiciones e identidades de un Chile a través de una ruralidad reveladora del vivir y del sentir y del soñar de sus creadores, sean éstos niños, jóvenes, adultos. Que todos son protagonistas de ese Mundo Rural tan connatural y propio en sus vivencialidades e idiosincrasias. Y que ahora vuelcan escrituralmente a la página iluminadora de poético verso o del buen contar que es, a su vez, encantar.

Por nuestra gente chilena más sencilla han sido creadas o recreadas estas prodigiosas historias —llámense cuentos, leyendas, relatos— que vienen del pueblo mismo en su entorno de contar lo suyo familiar, y en lo suyo lo de los otros, y sin dejar de lado ese nombrar costumbres, realidades, desvaríos e invenciones del vivir en lo cotidiano y, acaso, en lo mejor de sus faenas y trabajos rurales. Sale a flote aquí, no sólo un dejar testimonio de lo imaginario o verosímil de cada historia cierta y humana en su belleza, sino también un abrir espacios y posibilidades creadoras a tantos talentos que, entre sus escuelas y sus huertos rurales, vuelcan su alma a una tarea creativa llamada esencialmente literatura.

Y mucha de esta llamada literatura, viene precisamente de ese Mundo Rural en sus oralidades o en sus escrituras. De boca de gente campesina, agraria, cultivadores de la tierra, que sabe contar donosamente sucesos prodigiosos y que nos resultan lecciones recreadoras en todos los temas posibles: campo, folclore, mitos, supersticiones, paisaje, flora y fauna en un todo de vida y naturaleza dialogante y humanizadora. Tradición oral que recogen bien estos autores en "el me lo contó mi madre o mi abuela o mi antepasado familiar". Así, del abuelo al padre al hijo se contaba, se narraba, se decía, mientras se labraba la tierra, mientras se buscaba un "entierro", mientras se regresaba de una fiesta religiosa de un santo patrono. De ahí también las expresivas estampas o decires de estos poemas o relatos en su significación de dibujos e imágenes y colores, y en la familiaridad de las historias, anécdotas y personajes que viven en el imaginario colectivo y permanente.

En la sencillez de estos cuentos y en la originalidad de estas poesías está, sin duda, el alma de un Mundo Rural en su trascendencia más allá de lo meramente lugareño, en la gracia y donaire de la palabra escrita y, muchas veces, bellamente ingenua y recreadora de imágenes felices. Y todo de la manera más cotidiana y con la más certera sinceridad creadora.

Al escribir estos relatos o estas poesías sus autores se han propuesto, sin duda, contar con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación: novedades de cosas y seres de nuestro Mundo Rural.

Así, cada relato o cada poesía —por simple, menuda o pueril que parezca— tiene en este vivísimo volumen su fundamento y

su tradición, su razón genuina de ser. Está en la raíz misma de ese contar de los habitantes de una aldea, de un pueblo, de un campo chilenos. Tienen estas creaciones su magia, imaginación y apasionamiento. Su credulidad también, que les da significación y trascendencia. Es esa alma chilena la que recita o cuenta aquí. Y como las cuenta el pueblo en su sabor creativo.

De otra manera ¿cómo sentir el latido y el sentido de lo más criollo y vernacular de la llamada ruralidad chilena? Pues este Concurso Literario está llamado a conservar y mantener, a promover y divulgar estas tradiciones de una cultura de/y por la tierra. Y de generación en generación. Contribuyendo de esta manera al enriquecimiento de nuestra literatura tradicional, a amar de veras el alma de lo chileno, a darle valoración y significado a sorprendentes poesías y cuentos escritos por chilenos y chilenas (del niño al adulto) en lo mejor de su universo rural.

También nuestra Gabriela Mistral, que se consideraba —y con razón por haber nacido en la fertilidad de un valle elquino— una campesina de origen y de costumbres, decía que "no sólo el cielo, también la Tierra es la cara de Dios".

Jaime Quezada Ruiz
Presidente Jurado del 14° Concurso de
Historias y Cuentos del Mundo Rural
y 5° de Poesía del Mundo Rural

Santiago, noviembre, 2006

**JURADO 14º CONCURSO DE HISTORIAS Y CUENTOS
DEL MUNDO RURAL Y 5º CONCURSO DE POESÍA
DEL MUNDO RURAL**



Categoría A, adultos

- * Bruno Serrano (investigador y poeta)
- * Jaime Huenún (columnista, escritor y poeta)
- * Guillermo Alfaro (actor y dramaturgo)
- * Luis Alberto Mansilla (crítico literario, escritor)
- * Iván Quezada (escritor, crítico literario)

Categoría B, Jóvenes, menores de 18 años

- * Aristóteles España (poeta y comentarista)
- * Cecilia Casanova (poeta)
- * Alicia Vega (investigadora y profesora de cine para niños)

Presidente del Jurado, ambas categorías:

Jaime Quezada (poeta, estudioso de la literatura).

Coordinadora MINEDUC:

Alicia Salinas

Coordinador FUCOA:

Gustavo Adolfo Becerra

2006



CATEGORÍA A
"HISTORIAS CAMPESINAS"

14° CONCURSO
DE HISTORIAS Y CUENTOS
DEL MUNDO RURAL



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"

SYLVIA CÓRDOVA HERNÁNDEZ
69 AÑOS
DUEÑA DE CASA
ARICA, REGIÓN DE TARAPACÁ



LA PASTORCITA DE TICNÁMAR

Subiendo cerros y montes con el impecable sol de la mañana penetrándoles por las gruesas ropas de lana, Ricardina y su pequeño hermano Nataniel llevaban a apacentar sus llamas, vicuñas y ovejas.

A la impactante aridez del desierto, surge la belleza del paisaje; ahí donde el hombre siente su pequeñez como también la grandeza de la creación regocijándose al contacto con la naturaleza. Ticnámár (lugar florecido en lengua aymará) y todos los caseríos precordilleranos constituyen un refugio de paz donde sólo se escucha el susurro del viento en eterno coloquio con las montañas andinas, ubicado al interior de Arica que nos muestra su cara de contrastes alucinantes.

Ricardina era una chiquilina que promediaba entre los ocho y nueve años de edad, llenita, de pómulos sobresalientes, nariz un tanto gruesa, grandes y expresivos ojos oscuros. En su rostro

curtido por el frío de las alturas, asomaban un par de coloreadas mejillas y lo adornaba, largas trenzas renegridas. De abultada pollerita y de andar pausado, porque en Ticnámbar Viejo allá por los años cincuenta, sesenta más menos, todo era quietud.

La permanente limpidez del intenso azul del cielo permite apreciar la agreste belleza que viven apacibles lugareños descendientes de aymarás. Los habitantes del altiplano envían desde pequeños a sus hijos al pastoreo; costumbre que conservan de inmemoriales tiempos de sus ancestros.

Para el camino a los cerros, en pedazos de un viejo awayu (tela listada de vivos colores) la madre ponía: papa chuño, charqui, maíz tostado, una pequeña bolsa con coca y hecho un atado se los amarraba a la espalda. Era todo su alimento mientras vigilaban los rebaños, no se les debía perder ninguno porque se los daban contados.

Los padres de Ricardina no enviaban a sus hijos al colegio del pueblo. Mientras se ocupaban en sus labores agrícolas, los lugareños divisaban a los pastorcitos cuando subían con sus llamas hasta perderse en los cerros, y comentaban entre ellos la actitud negativa del padre de no mandarlos a la escuela.

En el camino de regreso los pequeños disfrutaban del paisaje natural brincando aquí, saltando allá, por encima de las piedras que bordeaban el sendero, alzando sus voces infantiles a todo lo que les daba la garganta, gritando sus nombres que resonaban en la quebrada y que el eco se encargaba de responder.

La muchachita y su hermano llevaban una vida algo solitaria porque en el caserío no había muchos niños de su edad, de tal

manera que sus llamitas eran sus amigas fieles, sólo ellas conocían sus penas y sus pocas alegrías.

Se levantaban cuando el sol empinando la madrugada despertaba todo el valle a recoger leña y otros menesteres. Con pereza dejaban sus tibias camitas, era tan baja la temperatura que al contacto con el agua escarchada, se le amorataban las manos y el gélido viento azotaba sus tiernos rostros que no alcanzaban a cubrirlos el "chuyo" (gorro de lana de alpaca con orejeras) tejido por las toscas y agrietadas manos de la madre.

No tenían ningún estímulo de parte de sus padres, por que estos eran castigadores y además avaros, todo el dinero de sus negocios de la venta de orégano y ganado los guardaban en unos cueros viejos y los enterraban en un hoyo de una de las habitaciones con piso de tierra. Los niños observaban esta escena y no alcanzaban a comprender esa actitud tan extraña.

La mayor alegría de los pequeños era montar a su burro de nombre Cachimbo y jugar con la greda que traían del lecho del río, para hacer cacharros de toscos motivos que cocían en el horno de barro que se hallaba al final del extenso terreno de la casa, después los ponían a secar sobre una totora extendida en el suelo. Pasados unos días lo frotaban con bolas de paja seca para pulirlos, enseguida los teñían con zumo de hortalizas machacadas. Para que sobresalieran los motivos autóctonos, los pintaban con tierra blanca que iban a buscar a los cerros y que mezclaban con resina de unos arbustos originarios.

Cierta vez, enfermó Nataniel, así que, sin más compañía que su perro pastor Ricardina sacó los animales del corral y los fue arriando. El sol calentaba débilmente, cuando ya había caminado

varios kilómetros cerro arriba dejó pastar las llamas en el "bofedal", (vegas andinas). Mientras las ovejas buscan la tibieza de los montes, se sentó a descansar sobre una "yareta" (vegetal resinoso que tiene forma de callampas de diferentes tamaños y sirve de combustible en el altiplano). Esto la acercaba a un recogimiento que solo podía alcanzar en medio de la soledad de la quebrada.

De súbito, se levantó atraída por los insistentes ladridos del perro. Al llegar al lugar vio que un zorro tenía atrapada a una pequeña oveja y aunque este lo acosaba para que la soltara, el ladino no cedió su presa y apretujándola entre sus mandíbulas que chorreaban sangre, se esfumó entre los matorrales.

El pobre animalito daba berridos lastimeros, estaba tan impactada que no atinó a nada. Pasado el gran susto juntó al rebaño con la ayuda de su perro y atropelladamente emprendió la huida trotando quebrada abajo. Aunque las llamas conocían bien la ruta, pensaba que en cualquier momento podrían caerse al barranco.

El atardecer se arrastraba hacia la noche, se desató una ventisca y amenazaba lluvia, apuraba a la caravana para regresar pronto al poblado pero no pudo lograrlo. La fuerza de la naturaleza se dejaba caer con furia; el estruendo de truenos y relámpagos hacía estremecer su débil cuerpo y temía que un rayo la alcanzara.

Llegó casi oscureciendo, no bien hubo encerrado el rebaño, a prisa se dirigió a su hogar alumbrado con débil luz de lámpara a querosén, entumida hasta los huesos. Excitada, contó lo sucedido. La madre que se encontraba hilando, presurosa ayudó a cambiar sus húmedas ropas y le sirvió una humeante sopa de "kalapurca" (sopa de llamo con maíz).

Transcurrido el tiempo, los chicos ya más crecidos ayudaban en las siembras de orégano.

Cada cierto tiempo el clima se descomponía ferozmente, llovía incesantemente. Se desataba el llamado invierno boliviano o altiplánico. Se desbordaba el río destruyendo todo a su paso, arruinando el sembrío. Ante esta eventualidad los lugareños se ocupaban en habilitar pequeños puentes, cubriendo techo con paja brava y salvando algunas cosechas.

Como ya no podían subir a la quebrada, los chicos contaban con más espacios para sus juegos, de manera que se dedicaban a hacer rústicos instrumentos musicales; como quenenas y zampoñas. Para lo cual buscaban cañas a las cuales les hacían orificios con fierro caliente y cerca de los corrales, para acortar las tediosas horas, mientras la tarde se adormecía y el sol se iba perdiendo en lontananza entre los nevados "Payachatas"; interpretaban sentidas melodías andinas.

En junio, los pequeños subían a la quebrada junto a sus padres. En esta época del año en el altiplano acostumbran a marcar al ganado joven. Esto le llaman la "killpa", les hacían orificios en las orejas y después venía el "Floreo". Este trabajo le correspondía hacerlo a la madre: Consistía en pasarle cordones con pompones de colores por las orejas, según el color conocían cuál era su ganado cuando pastaban junto a otros rebaños. Los camélidos bramaban de dolor, a los niños no les agradaba aquello porque veían sufrir a sus "jilacayus" (llamitos) y se retiraban lejos de allí. Se sentaban al borde de la quebrada, mirando cómo el río como un hilillo se deslizaba atravesando el valle. En sus orillas en medio de totorales observaban a otros rebaños

abrevando; en tanto las tórtolas cordilleranas revoloteaban por los cañaverales silvestres.

A ratos, montando a su burro se entretenían echando carreras por los alrededores con el sol de mediodía quemándose las espaldas. Agitados, buscaban la sombra de un eucalipto y se refrescaban con la deliciosa chicha de maíz.

En agosto celebraban a la patrona de Ticnámar, la virgen Asunta. En esta fiesta se ve el sentido de comunidad, el espíritu de lo religioso y de la tierra. Un cambio en la rutina diaria, son momentos para compartir con los vecinos, lugareños de otros poblados, y para fortalecer los lazos familiares. El caserío salía de su letargo con el tan... tan... de su viejo campanario. Todo el valle despierta a este jubileo de potente fervor religioso.

Muy de mañana, los feligreses entran a la iglesia ubicada en el centro del pueblo, con antiguas callejuelas que hablan a gritos del pasado aymarás. Se reúnen todos a celebrar a la virgen, la pasean en procesión alrededor del pueblo y se dirigen al campo-santo, allí hacen llantos por los seres queridos, enseguida la trasladan a la iglesia la ponen en el altar y le van prendiendo billetes en el hermoso manto que la cubre, y le cantan y le bailan por largas horas. La fiesta era impresionante, la iglesia en la noche parecía florecer con tantas velas y cirios. El tun... tun... de bombos y tambores llevado por el viento se perdía en los pliegues de los cerros, haciendo retumbar la quebrada.

En las afueras de la iglesia, las diferentes cofradías religiosas también le bailan y le cantan. A cierta hora, nuevamente la pasean y la entran a la iglesia. Una banda de músicos con instrumentos de bronce acompaña a los bailarines que se amanecen bailando.

Como la temperatura era muy baja en la madrugada, en la plaza encendían un fogón con aroma a orégano y servían un trago que lo llamaban "Caliente", lo preparaban en un fondo de cincuenta litros. Echaban noventa y seis latas de leche condensada y aproximadamente quince latas de "Pucitunka", (alcohol de noventa y cinco grados) cuarenta huevos, veinte y cinco kilos de leche en polvo diluida y azúcar. Lo iban revolviendo por el lapso de una hora. Por último agregaban los huevos batidos hasta que hicieran bastante espuma, lo retiraban del fuego y lo servían. Así se divertían bebiendo y comiendo. El trago le hacía honor a su nombre, tal es así que una vez ingerido les hacía dar tanto calor que comenzaban a sacarse los vestones, ponchos y quedaban en camisas bailando, y las bandas de bronce tocaban hasta que los últimos lugareños caían rendidos por el alcohol y el sueño.

Al día siguiente los músicos de las bandas de bronce, y la banda de Lakitas (banda de zampoña) ésta luciendo pintorescos gorros tipo chupalla de coloridas plumas, interpretando sus bullangueros sonos eran las encargadas de despertar al pueblo y se dirigían todos a la casa del alférez encargado de la parte económica de la fiesta. Ahí se engalanaban largas mesas con abundante comida y tragos para todos.

En el centro de una espaciosa habitación, en una mesa dispuesta con cuatro sillas, se sentaban los alférez vestidos con chalecos sin mangas de encendidos colores y otros con mantas de motivos autóctonos y en el cuello le colgaban collares de lana con pompones multicolores. (El concepto de cultura aymará es muy fuerte).

La mesa de los alférez la adornaban con frutos, orégano y carne de la región y en medio de la mesa ponían un canasto con hojas

de coca para masticar. Aquí también se hacía presente el cura que venía de Arica a lomo de mula a los oficios religiosos y a bendecir el alimento que se iban a servir. Después de la bendición, iban pasando los lugareños e invitados saludando y felicitando a los organizadores de la fiesta y le prendían con alfileres billetes en las chaquetas y ponchos y le dejaban caer sobre sus cabezas hojas de coca. En esta ceremonia también participa el "Yatiri" sacerdote aymará (encargado de levantar la mesa).

Luego hacían un ritual muy ancestral del altiplano: "Chaltar la tierra" que consiste en hacer un brindis con el conocido "cocoroco" (alcohol de caña de azúcar de noventa grados) vaciando un poco de licor a la tierra con la consabida frase "enhorabuena" en que se le pide a la Pachamama (Madre Tierra) que les dé un año de abundante cosecha y que proteja a su pueblo.

En estos tres días de fiesta, los niños también eran parte de este jolgorio, de manera que Ricardina en compañía de otras chicuelas jugaban animadamente en la plaza. La pequeña, esos días, se sacudía de sus tristezas y se convertía en una niña alegre y juguetona. Fue así que un matrimonio mormón, norteamericano, que andaba de paso por los pueblos del altiplano se quedaron en Ticnámar, sentían curiosidad por conocer las costumbres y la religiosidad de la región. Y, desde el momento que vieron a Ricardina correteando por la plaza, ésta los cautivó con su vivacidad y su alegría.

No tenían hijos, y se interesaron mucho en la pastorcita a tal punto que en un lapso de silencio de la festividad religiosa, el gringo se acercó a los padres de la pequeña y en un paupérrimo castellano balbuceó sus intenciones. Otros por ahí que tenían

más experiencia con turistas le transmitieron a Florencio Mamani lo dicho por el gringo; Si consentía que él y su esposa llevaran a Ricardina los Estados Unidos, podrían hacer de ella una gran damita y la educarían en la mejor universidad. Florencio sorprendido no supo qué responder, se limitó a mirarlo inquisitivamente y haciendo un gesto de protesta respondió: —¡Cómo ti vamos a intrigar a nuestra hija, puís!

Sin embargo, minutos después como era codicioso, acomodándose el sombrero y con aire pensativo cuchucheaba con su mujer en su idioma sobre la oportunidad que se presentaba y que su hija podría tener un mejor futuro que ellos jamás podrían darle, se acercó al gringo y le dijo: — mañana ti contistaremu. Una vez en casa, pensaron aceptar la proposición, pero después de darle muchas vueltas al asunto no quisieron separarse de la chica, ya que ésta les era muy servicial en el pastoreo.

Al día siguiente, Mamani, con un poncho muy abrigador, calzando ojotas con medias de lana de alpaca y oliendo a humo de fogón, se presentó ante el gringo. Recordando los dichos de su antepasado dijo: — Oyi, gringu, mi abuelu di niño me insiñó puís, qui hay qui respitar y quier primiramenti a Diosito, la pachamama y nuestros hijos; así qui no quirimu qui ti llivís a la Ricardina.

El misionero y su esposa, decepcionados, echaron a andar su wagoneta y antes de acelerar, el gringo por la ventanilla le paso a Mamani unos cuantos billetes. Para Ricardina dijo, y levantando una polvareda, se perdieron en la huella de la sierra.

Fue dando vuelta el tiempo y el áspero vivir de los chicuelos continuaba con su monotonía. Se les hacían tan largos los viajes a los montes, porque a veces la escarcha congelaba los bofedales y les costaba mucho llegar al hogar.

Pero llegaba febrero con el "carnaval", y la alegría irrumpía nuevamente en el pueblo. Esta era una de las celebraciones que agradaba mucho más a los chicos, la esperaban con ansias por el entusiasmo y colorido del ambiente, porque entre medio de los adultos ellos bailaban el huaino "pollerita me darás cuando llegue el carnaval".

En esta fiesta, en el altiplano acostumbran vestir a un muñeco de trapo con terno y sombrero de paño, y los niños del poblado entre ellos Ricardina y su hermano junto al gentío, participaban de lo más eufóricos paseando al muñeco por las callejuelas en medio de la algarabía.

La plaza era el centro de la actividad folclórica. Se juntaban todos a jugar con globos con agua, challa, (papel picado de colores) harina de colores. Para esta fiesta las serranas se vestían con brillantes y coloridas polleras luciendo coquetos sombreros; acompañados de tarqueadas y zampoñadas bailaban hasta la madrugada bebiendo chicha de maíz y mucha cerveza. Terminaba la fiesta enterrando en las afueras del pueblo a "ño carnavalón" despidiéndolo hasta el próximo año. (en aquel tiempo duraba una semana la fiesta carnalera).

Una hermana de Florencio, que había venido de Arica a participar del carnaval y a cobrar el arriendo de unos terrenos que le pertenecían allí, como hacía tiempo que no venía a Ticnámar,

encontró bastante crecidos a sus sobrinos y muy luego se encariñó con Ricardina.

Se había enterado que los chicos no asistían a la escuela. Durante esos días de fiesta, se preocupó de las necesidades de los niños y notando que la chica era muy entendida en los quehaceres de la casa, no resistió la tentación de llevársela a Arica. Conociendo el carácter endiablado de su hermano, no quiso precipitar el hecho, así que cautelosamente entre conversación y conversación fue manifestando el deseo de viajar con su sobrina. Le costó muchísimo obtener la autorización de Florencio; pero al fin cedió.

Entonces empezó a conquistar a la niña. — Ricardina, ¿te gustaría conocer la ciudad? Ésta asintió. Seguía diciendo que había una playa, La Lisera, que era bien grande y que tenía mucha... mucha... agua y se podía jugar en sus orillas sin peligro y que habían botes y embarcaciones que andaban sobre el agua.

La niña, estaba bien entusiasmada con la idea del viaje, deseaba que pasaran pronto los días. Terminado el carnaval, la tía regresó a Arica con el compromiso de volver en el mes de marzo a buscarla.

Un día, los chicos se encontraban arriba en la quebrada. En el camino de vuelta la chicuela recordando el viaje que muy pronto haría, se preguntaba cómo sería el mar, ya que la tía contaba que era más grande que el lago "Chungará" y que ahí vivían peces, lobos marinos, pelícanos y una infinidad de criaturas marinas.

Echó a volar su imaginación y se veía a bordo de un barco en medio de grandes olas y que la deliciosa brisa mojaba su moreno

rostro. Se veía afirmada en la baranda de la cubierta, conversando con los peces, contándoles leyendas, creencias y misterios de su pueblo aymará.

La pendiente se encontraba cubierta de lodo lo cual hacía dificultoso el caminar. El aire se notaba enrarecido, la tarde se dejó venir espesa de camanchaca, el rebaño se comportaba inquieto. Tan distraída estaba que no se percató que poco a poco el camino se había ido estrechando, y al dar vuelta por un recodo del sendero no se fijó que delante había una piedra, tropezó y su cuerpo fue a dar al fondo de la quebrada, escapándosele un desgarrador grito.

Nataniel, que iba caminando tras ella, quedó atónito. No podía moverse de la impresión. De momento reaccionó y a gritos desesperados llamaba a su hermana:

— ¡Ricardina... Ricardina... Ricardina!... Pero sus gritos jamás obtendrían respuesta.

Descontrolado, ante tan horrible desgracia, dándose cuenta que era pequeño y que nada podía hacer, dejó abandonado el rebaño a su suerte. Se esforzaba para que su carrera fuera más ágil pero la tierra fangosa se lo impedía.

Jadeando, con el rostro empapado en llanto, llegó al poblado pidiendo a gritos ayuda. En cuanto supieron lo ocurrido varios amigos se ofrecieron a bajar a la quebrada, mas no pudieron porque la neblina les impedía la visibilidad y temían ir a dar al fondo del precipicio.

Al día siguiente se formaron grupos de hombres y mujeres para salir en su busca con la esperanza de encontrarla. Cuando por fin fue hallada, su cuerpo estaba destrozado. Ahí mismo se desató una gran conmoción, todos lloraban dando grandes alaridos de dolor y clamaban a los santos y a sus ancestros pidiendo por el alma de la niña. Al otro día mientras acompañaban su cuerpo al cementerio los lugareños no cesaban en sus llantos y ruegos. El patriarca de la iglesia iba por todo el cortejo tocando la campanilla que no cesó su sonido hasta que fue totalmente cubierta su sepultura.

Después como es costumbre en los pueblos del norte, cerca del lugar del accidente colocaron una cruz, le prendían velas y ponían flores. Cuando pasaban los lugareños por donde estaba la animita de la niña, se persignaban. Y más de alguno decía que en las noches de luna llena se divisaba a la pastorcita rondando por la cumbre de la quebrada.

EPÍLOGO

Había acariciado el anhelado sueño de conocer el mar, y el destino le había elegido este lugar de reposo de donde su espíritu sobrevolaría las alturas y desde allí diría un adiós, "Wiñay Aymará Marka", que quiere decir: "Siempre por siempre, mi eterno aymará".





SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"

JOSÉ BASILIO CARRASCO ABURTO
25 AÑOS
FRUTILLAR, REGIÓN DE LOS LAGOS



EL VIEJO PREÑAO

Un día 18 de septiembre, una pareja de viejitos pensaba tener un hijo, pero ellos como eran viejos no podían tener hijos y pensaban cómo podían tener hijos, y llegaron a la conclusión que podían ir donde una machi para ver si le ayudaba a tener un hijo y fueron el día mismo y cuando llegaron y le conversaron de que no podían tener un hijo y si les podía ayudar y ella le contó que podían tener 2 hijos si querían y ellos contentos dijeron que le gustaría y la machi le dijo que le iba a dar dos cerezas y que las tenían que colgar en el cerezo y a las 5:00 de la mañana tenía que levantarse la señora y comerlas, entonces quedaría embarazada al tiro. Ellos se fueron muy contentos y colgaron las 2 cerezas eran dos lindas cerezas y el viejito le dio un deseo de comer cerezas y no podía dejar de pensar en las cerezas y se fueron a acostar y él pensando en las cerezas y no se resistió a las ganas de comérselas y pensó 'me levantó más temprano y sin que se dé cuenta ella'. Y así fue, llegó las 4:00 de

la mañana y se levantó callaíto y se fue a comer las cerezas y el viejo se levantó y dijo se la comerían los pájaros y que lo dejaran nomás. Pero el viejo empezó a tener malestares y lo escondía de su señora y el viejo estaba preñado entonces pasaron los meses, a él se le empezó a crecer la guata pero la escondía de su mujer, y cuando ya quedaban pocos días él pensaba cómo haría para tener las guaguas y pensó en botarlas en el monte, cuando le vinieran los dolores se fue al monte y las tuvo y las dejó botadas y se fue a su casa.

Cuando llegó a su casa le dijo a su mujer que estaba enfermo y se fue a la cama y por la orilla del monte pasaba un campero a buscar sus vacas y cuando pasaba escucho unos llantos, pensó que era algún brujo y no le hizo caso pero cuando volvió escuchó los mismos llantos y dijo voy a ir a ver qué cosa era y se fue a ver y cuando ve que son guaguas se apuró y las recogió. Una era mujer y el otro era hombre y los llevo a su casa, y dijo que los tendría hasta los 18 años y los dejaría que se vayan y les puso nombre, al hombre le puso el sol y a la niña le puso la luna. Y así pasaron los años ellos crecieron y cuando cumplieron los 18 años su papá les dice hijos ustedes tienen que buscar su destino y tienen que irse y al hijo hombre le regaló un rifle para que cazara pajaritos para comer y a la hija le regalo una canasta con pan para que nunca le faltara los panes y al cabro le regaló 2 perros uno se llamaba rompe cadena y el otro rompe fierro y se fueron, él iba cazando pajaritos y los comían con pan y caminaron por los montes días y días cuando de repente aparece una casa grande. Era la casa de un gigante, llegan, y le hablan si podían quedarse unos días y el gigante les dijo que sí pero el gigante le había gustado la chica y a ella también, pero su hermano no le gustaba porque era un gigante y entonces el gigante se enojó y lo amarró

afuera con cadenas y fierros y ellos adentro de la casa. Entonces el sol se acordó de sus perros y los llamó. Rompe cadena, rompe fierro y lo sacaron, y fue a la casa del gigante y le echó sus perros y lo mataron pero su hermana se enojó y le sacó un colmillo para vengar su muerte y se fueron al día siguiente, caminaron, caminaron de repente llegan a otra casa y en esa vivían unos campesinos que tenían una hija de la misma edad y se quedaron y él le ayudaba al papá de la chica a trabajar y él se enamoró de la chica y pasaron los días y su hermana le dijo que se vayan de ahí, y él le dijo que le gustaba a la chica entonces se quedaron, y él con la chica se casaron y su hermana le dijo yo les hago la cama y qué lugar de la cama dormía él al rincón de la cama y después de la fiesta cansados se fueron a acostar, y se acostó ella y cuando se acostó él un solo grito pegó y murió con el colmillo ensartado por la espalda y la chica lloraba y lloraba pero su hermana estaba contenta de haber vengado al gigante al que le gustaba entonces a su hermana.

Lo enterraron triste su esposa porque había muerto su esposo en la primera noche cuando lo habían enterrado sus perros amanecieron aullando y la segunda noche también, entonces a la tercera noche se pusieron a escarbar hasta que lo sacaron de la tierra y le sacaron el colmillo y el cabro revivió y se dio cuenta que su hermana había sido entonces la amarró a un caballo muy mañoso y le echó los perros y él se quedó con su mujer y fueron felices para siempre. Y preñín preñao, este cuento se acabao....





TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"

ARIEL IGNACIO ABARCA FUENZALIDA
18 AÑOS
ESTUDIANTE
COÍNCO, REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS



MI AMIGO "EL COTE"

En una fría mañana, al final del invierno, mi padre, el administrador del fundo Las Casas de Chillehue, dándome gritos desde la pesebrera, mientras apretaba la cincha de cabalgadura, me indicó las tareas que debía realizar después de regresar a casa, una vez finalizado mi servicio militar.

Mi padre, hombre fuerte y autoritario, me dijo: "Tienes que ir al potrero Los Peumos a buscar unos potros que serán amansados este domingo, irás con 'El Cote', él es hombre indicado, pero no le permitas que suba a ningún animal, pues está viejo y no quiero que se lastime, ya que debe estar en condiciones de montar cuando llegue el patrón".

Desde niño yo sabía que Domingo Monardes era el domador oficial de la hacienda. Después de tomar café corrí a la llavería del fundo, mientras un quiltro jugueteaba junto a mí con la

intención de que le convidase un trozo de tortilla. En los grandes corredores de la vieja casona, agrupados junto a mi padre, estaban los inquilinos para recibir las instrucciones de las diversas tareas a desarrollar durante el día en el campo. Ahí estaba mi padre, con su voz gruesa, pasando la lista a los peones y me llamó la atención la forma tan particular, en cada uno de ellos, de contestar a ésta. Eugenio Arévalo. ¡Presente! Armando Pérez, ¡Ya! Amadeo Abarca. ¡Aquí! Domingo Monardes. ¡Firme, replicó "El Cote", afirmado en un pilar mientras sobajeaba con sus dedos un lazo de cuero. Cote, irás con este chiquillo al potrero Los Peumos a bajar los caballos para amansarlos. ¡A su orden don Ramón!, y de un brinco Domingo Monardes montó en su yegua diciendo: Estoy listo, jutre, cuando guste vamos a ver esos potrillos.

Nos fuimos por un sendero rodeado de añosos encinos ¿Quiere echar humito, jutre? Bueno, le contesté, y al encenderme el cigarrillo pude comprobar que le faltaban el dedo cordial y el anular de la mano derecha. Al llegar a Los Peumos, que quedaba a los pies del cerro Los Cóleras, nos detuvimos para abrir la puerta de alambres y estacas, respirando a todo pulmón ese sano aire que olía a boldos y litres; yo sentía mi cuerpo más vigoroso que nunca en ese campo tan extenso y tan mío. A nuestro alrededor revoloteaban los picaflores entre los rojos quintrales que colgaban de los álamos como riachuelos de sangre. Cabalgábamos por un camino que nos conducía al final del potrero donde se divisaban los briosos corceles y a nuestro paso volaba una que otra torcaza entre peumos y maitenes. De pronto se rompió el silencio. ¿Cuántos son los caballos que tenemos que arrear, Domingo? Son como veinte, si es que no me falla la memoria, pero no me diga Domingo, dígame Cote, así a secas no más, jutre.

¿Ve esa potranca tordilla que corre entremedio de los espinos? Sí, le contesté ¿qué pasa con ella? Yo amansé la abuela, la mamá y ahora voy amansarla a ella también. ¡Ja... Ja! Dio una risotada mostrando su dentadura amarillenta por el efecto de la nicotina de los cigarrillos. Realizamos el arreo sin dificultad y el Cote ni siquiera insinuó montar, que era la principal precaución que yo tenía y, a la vez, era la principal precaución de mi padre. Cada momento que pasaba yo sentía más cariño y admiración por ese hombre que dominaba a la perfección ese rubro que a mí tanto apasionaba. Montado en mi alazán junto con el Cote me sentía el hombre más feliz de la tierra. Si parecía que todos los que estaban a nuestro alrededor sentían envidia al vernos pasar por el camino que nos conducía a los corrales. Faltando unos metros, los hijos de los inquilinos que vivían en las casas próximas a nuestro destino corrían a encaramarse a las trancas de los corrales y así realizar pronósticos, imaginando cuál de ellos enviaría al Cote a comer polvo de un brinco, arrancándolo del pretal. Una vez concluida nuestra tarea, llegó mi padre preguntando: ¿Cómo se portó el chiquillo, Cote? Bienazo don Ramón, es entendido el hombre en esto de las bestias, usted debe sentirse orgulloso de él. Bien, dijo mi padre, arreglándose el sombrero e inclinándose sobre la montura para observar mejor los potros que transitaban inquietos dentro de los corrales, bajo las miradas de los juveniles espectadores y trabajadores que regresaban a casa para almorzar. "Cote, esta tarde irás al potrero Los Pequeños a cambiar la yunta de bueyes para Los Maitenes". Bien don Ramón, murmuró Cote, y tú si quieres vas dijo, mi padre, realizando un gesto con la cabeza. Dio la media vuelta le presionó con ambos tacos las pequeñas rodajas de las espuelas en las costillas del caballo y el bruto de un salto se tendió en ágil galope hacia nuestra casa.

Yo le seguí, después de despedirme alzando mi mano hacia mi amigo. En casa, después de quitarme las espuelas, me dirigí a la mesa donde me esperaba un humeante y sabroso plato de porotos. Al ver esto, me trajo a la memoria mi paso por el regimiento, pero mi padre me hizo volver a la realidad ofreciéndome un vaso de chacolí y comentando: espero que te sientas a gusto en compañía del Cote, si tú le caes bien, aprenderás mucho de él en esto del trabajo de fundo, es un tipo bueno para el trabajo; lástima que se nos va según se ha comentado entre el inquilinaje. Yo, al escuchar esto, quedé inmóvil con la cuchara a medio camino. No podía ser una noticia más desagradable para mí que el hombre que yo admiraba por su capacidad de trabajo y por su espíritu tan sano e inocente del hombre de campo, nos fuera abandonar. Al salir de casa, caminando por el corredor, divisé al Cote parado frente al portón de la llavería, portando una manta negra y gruesa le pasaba la mano por la tusa a manera de caricia de vez en cuando, al revisar el apero de su caballo. Estoy listo le dije y emprendimos la marcha hacia la misión que nos encomendaba mi padre. Yo no quería saber la verdad sobre el alejamiento del Cote, prefería quedarme con la incertidumbre y fue él quien reinició el diálogo. Usted debía haberse abrigado más, va a caer un aguacero ¡Dios nos libre!; va a quedar como sopa. ¿Crees que va a llover? ¡Va!, no ve que se tapó el Quillaiquén con sus nubes negras, es señita que va a llover, y mire el cielo gris. Un vientecillo tibio acariciaba mi rostro y una bandada de chirigues sobrevolaban un sembrado de trigo como anunciando la tempestad. Siempre yo había tenido la curiosidad de saber el porqué de ese apodo "El Cote". Reinicié la conversación preguntándole. Contestó sonriendo maliciosamente, ¿Usted quiere saberlo, no?, no faltará el momento en que se lo haga saber. En esto comenzaban a caer los primeros goterones del temporal

que pronosticara mi acompañante. Cote, ¿quiere decirme qué es del Chumingo? Ahí está el chiquillo, es el más querido de mi vieja. ¿Es el mayor?, volví a interrogar. Sí, después viene el Manolo y al último el Juanano. El Chumingo el otro día me salvó de un perro rabioso, estaba partiendo leña entusiasmado cuando el condenado se vino calladito por atrás y ahí lo vio el cabro y le da un peñascazo medio a medio en los ojos, lo dejó a la largueta junto a mí. Ve, jutre, si no es por el perro me muerde Chumingo. ¡Bah!, siempre me turbo y digo las cosas al revés. En esto llegábamos al potrero y me desmonté para abrir las trancas de la puerta. Casi en la entrada, debajo de un espino, estaban los bueyes "Caramelo" y "Deleite" rumiando. Llovía, el agua rugía en las quebradas de los cerros. De pronto, siento que me toman por atrás, haciéndome palanca con una pierna, caí de espaldas entre los clonques, montóse sobre mi pecho y con su mano izquierda tomando las más. Yo quería escabullirme pero los fuertes brazos del Cote me lo impedían, mientras carcajeaba me presionó los chongos de su mano derecha en la frente, parecían de fierro sus dedos, sentía que mi cabeza se partía, se levantó riéndose. ¿No quería saber lo que era el Cote?, ahí tiene por preguntón ¡Ja, Ja! Yo me contagié con su risa, mientras que con mis dedos me masajeaba la frente, me acerqué a él y nos dimos un abrazo.

Montamos nuevamente y arreamos los bueyes. Yo me sentía feliz, a pesar que en mi frente crecía un huevillo de color rojo, producto de la simpática travesura de lo que era "El Cote". Dejamos los bueyes y prontamente nos dirigimos a la llavería. Ahí se encontraba el llavero del fundo, entregando las dos tortillas de "toda harina", la ración diaria de la peonada del fundo.

— Me da una tortilla fiambre y una ñeja por favor, on Peiro. Ya vienes con tus diabluras, Cote, respondió el llavero y los demás trabajadores rieron por la petición hecha por mis amigos, mientras guardaban los aperos y herramientas. Cote, tomando uno de los panes lo partió en dos dándole la porción alimenticia a dos perros zorreros que él mantenía para la caza del astuto animal. Ya comenzaba a oscurecerse y guairabos, lanzando graznidos, uno tras otro, salían de los eucaliptos que colindaban las casas patronales con dirección hacia los arroyos para alimentarse. Ya los campesinos se dirigían a sus ranchos a guarecerse de la fría noche y a descansar para la jornada del día siguiente.

Me fui a casa, sentía unos dolores de cabeza, en un principio culpaba de estos males a mi larga jornada de cabalgadura, pero todo lo que sucedía, no era nada comparable a mi reencuentro con mi campo y con mi gente. Amanecía el día sábado, día de pago en la hacienda y yo con mi dolor de huesos, como pude me levanté. A través de la ventana se observaban los trabajadores caminando apresurados hacia la llavería antes de la campana, para su destinada a los diversos trabajos en el fundo.

Yo hubiese querido estar un día más con el Cote, pero lo mandaron a una cuadrilla para limpiar el canal del cerro. Con la fiebre que yo tenía no podía soportar un rato más en pie. El Cote, al pasar junto a mí exclamó: ¡Pero, jutre, usted está más pálido que una pantruca! Yo le dije que se abrigara, esa mojada de ayer lo tiene a mal traer. No me quedó más alternativa que irme a casa, había quedado solo con "el Quesero", pero éste personaje tenía fama de ser poco amigo de las tertulias dentro de la quesería.

Mi madre me preparó una agüita caliente de poleo y natre para que me bajara la fiebre. Dormí no sé cuántas horas. Sobre el velador me esperaba un vaso de jugo de naranja, me tomé éste y seguí con mi sueño, lo único que me interesaba era estar bien para el domingo. Estas domaduras no me las iba a perder por ningún motivo. Y así transcurrió una noche más. Al despertar ese domingo me sentía fuerte. Si hasta el canto de los charcanes me parecía más afinado y los sauces con sus hojitas nuevas como orejitas de ratones parecían saludarme, anunciando la llegada de la primavera y el inicio de la fiesta del fundo. El cielo limpio, sol brillante como la piel de los caballos, le daba más realce a este evento.

El Cote con una chupalla y camisa a cuadros, permanecía rodeado de niños y jóvenes que se reían de los chistes y travesuras de este experimentado domador. En esto ya comenzaban las domaduras. Corrimos a tomar ubicación. En el corral amansaban un potrillo, mientras los espectadores gritaban agitando los brazos y lanzando sombreros al aire cada vez que el potrillo pasaba por su frente. De pronto el joven aficionado que montaba fue sacado al aire ante un brusco brinco del animal. El muchacho dio un golpe en el suelo con las palmas de su mano con impotencia por la suerte de su primera monta. El Cote lo recrimina mientras el muchacho sacudía sus ropas del polvo acumulado por la caída, diciéndole: chiquillo de moledera, no hagai nunca eso de soltarte de una mano del pretal, ya lo teniai dominio y por hacer la gracia casi te quebrai un par de costillas. ¡Si te hubiera visto el patrón! ¿Y el patrón no está? No, no vendrá hoy por acá, llegó muy enfermo anoche y regresó a la capital después del pago, contestó mi papá. Te toca montar a ti Cote, se escuchó a lo lejos, todos tenían miedo a la tordilla, agregó un joven mientras le colocaba el pretal. Allá voy ¿Cuál es el cuco?, inte-

rrogó mi amigo. Te vai a pegar un golpe que no vai a saber dónde estai parao, le pronosticó un espectador desde arriba de las trancas. ¡Haber, súbete p`abajo y monta tú si eres capaz!, mientras todos reían al ver al Cote enojado. Siguió la discusión. Te apuesto un cote que no me tira, por mi patroncito, si me aporrea no monto nunca más. Y ya estaba la tordilla en el toril para salir. El Cote montó, escupió las manos y tomando firme el pretal expresó: ¡Abre la puerta Amadeo, estoy listo! Salió en medio del corralón la potranca dando saltos en distintas direcciones, parecía que la cabeza del Cote se le iba a desprender de los hombros, el griterío era ensordecedor. La Tordilla era una fiera, no se quedaba quieta un solo instante, brincó por allá y brinco por acá, lanzando patadas al aire. El inquilinaje gritaba parado arriba de las quinchas, para no perderse detalle. De pronto, la yegua sale al galope dando ronquidos cada vez que el avezado jinete le daba firme con los talones en las costillas. Ya no saltaba y el Cote se sentía vencedor. Mi padre dijo; está será la última vez que el Cote monte en el fundo. Pero, papá, ¿no hay forma de que se quede? No, ya dio el aviso ayer al patrón, no creo que eche pie atrás de su decisión. En fin, qué le vamos hacer.

Quedé sólo con mi mente evocando ese arreo que realizábamos juntos el primer día después de mi ingreso; busqué con mi mirada entre todas esas personas pensando que más de alguna estaría sintiendo lo mismo que yo. Ahí estaba su figura, rodeado de jóvenes, parecía no inmutarle su situación. Cabalgué hacia ese grupo. Te felicito, Cote, fue lo primero que le dije ofreciéndole mi diestra. Él me retribuyó con su mano semiinválida y áspera. Sonriéndome me habló: ¡Ve, jutre!, le dije que amansaría toda la familia e´la Tordilla; lástima que no estuviera mi patrón, tenía ganas de ver esa potranca y salió saltona la bruta. En esto, un relincho dentro del corralón nos interrumpió la conversación,

un potrillo en su afán de zafarse de su joven domador metió una de sus patas traseras dentro de las varas quebrándosela. Inmediatamente el Cote saltó las trancas y desenvolviendo su daga, se la incrustó en el corazón, saltando un chorro finito de sangre, manchando a los curiosos que estaban alrededor. Bien, eso es lo que tenías que hacer para que el bruto no sufriera, comentó mi padre dirigiéndose al Cote. Mire patrón, se me llenó de ojota la sangre, expresó el Cote, mientras limpiaba su cuchillo en el pañete de su montura y la gente reía por la descoordinación de las palabras de mi amigo.

Vos me debí un cote y venís a hacer risa todavía. Tomando al tipo con quien cruzara una apuesta al montar la Tordilla, se trenzaron en un forcejeo cayendo ambos bruscamente al suelo. El Cote, más fuerte que su oponente, se hizo pagar la apuesta dando al perdedor varios "cotes" el que daba alaridos por el dolor de su frente. En tanto los jinetes se retiraron a sus casas, algunos a seguir la fiesta en el despacho de la señora Elvira que quedaba a la entrada del fundo, a probar el buen mosto y a cuyo lugar me invitó el Cote. Yo me negué a acompañarlo, insistió diciendo, vamos de pasadita, yo no puedo estar mucho rato, la vieja está enfermiza, nos hicieron mal y la pelá hace días que está rondando el rancho. Vamos le respondí, pero ¿cómo es eso de que le hicieron mal? Fíjate, jutre, que hace quince días, serían como las tres de la madrugada, cuando sentí aullar los perros. Me levanté pensando que era mi compadre Mateo. Estábamos de acuerdo para ir a echarle los perros a una chilla, pero no vi a nadie y cuando aclaró, el Manolo encontró la cabeza de una lechuza. Jui y la quemé p'a alejar el mal, pero ya el espíritu de la pájara se había metido en el cuerpo de la vieja. Desde ese día la vieja no se ha aliviado. ¡Está mal la pobre! Y por eso hay que arrancar de ahí.

Emprendimos el viaje al lugar convenido a todo galope y una chispería se desprendió del cigarrillo de mi acompañante. A nuestro paso se divisaba el humo que se desprendía de las rendijas de las casas de los inquilinos, buscando zigzagueantes el ciclo gris del atardecer frío de un domingo de fiesta. Al llegar a la pequeña cantina se oía el rasguear de una guitarra y una voz de hombre cantaba una canción que parecía estar a tono con la situación que estábamos viviendo en el fundo.

"ROSALÍA DE MI VIA, YA ME VOY A DESPEDIR DE TI, MAÑANA CUANDO ESTÍS LEJOS ¡HAY! ACUÉRDATE DE MÍ".

El Cote se dirigió al pequeño mesón pidiendo un jarro de chacolí, me dio un escalofrío pensar que la mitad de ese jarro me correspondería a mí, mientras que los demás concurrentes con un jarro en la mano nos ofrecían vaso tras vaso de chacolí al pasar, los cuales aceptábamos para que no se sintieran despreciados. La señora Elvira llenaba jarros por doquier con una agilidad increíble, a pesar de sus noventa y tantos kilos, vestía toda de café como devota de la Virgen del Carmen y un moño pintoresco en forma de tomate aprisionaba su pelo semicano y el guitarrista seguía con su cantar:

"MAÑANA EN LA MAÑANA DICEN QUE TE VAS, PERO NO ME DICES CUANDO VOLVERÁS".

Siempre el cantar popular es nostálgico o picaresco. Dos extremos del alma campesina.

— Salú, jutre — y con mi amigo nos empinamos el vaso, creo que es hora de retirarnos le insinué. Sí, replicó, y dando una

mirada a todos los presente y una buenas noches a la señora Elvira salimos del despacho a pesar de la petición de los otros amigos de que nos quedáramos.

Cuando cabalgamos en dirección hacia nuestros hogares, el Cote comentó, estaba buena la chicha, si no es por la vieja me habría quedado, pero nos ha tocado la mala, el otro día se me murió la vaca "Clavela" que tenía en media con mi compadre y la vieja tenía una gallina que de dos pollos le quedan catorce. Entonces te va bien ¡ja... ja!, le dije riendo. Usted también se ríe de la desgracia ajena, me respondió, dándose cuenta de su error lingüístico. Llegábamos a la bifurcación del camino, él seguiría por un angosto callejón, yo seguí al tranco de mi caballo. Sentía a lo lejos el ruido de los cascos de la yegua y el ladrido de los perros como anunciando el paso de ese campesino que abandonaría todo esto tan fascinante. Este fundo enclavado entre los cerros de nuestro típico campo.

Al otro día, después de desayunar, mi padre se encargó de darle el aviso a mi amigo que el camión del fundo estaría antes del mediodía para llevar su mudanza a Santiago. Cabalgué por los potreros para acortar camino. Ahí estaba con la misma camisa a cuadros del día anterior, al parecer era su preferida para las grandes ocasiones. Buenos días, Cote. Buenos días, jutre. Después del saludo el Cote prosiguió, ¿qué lo trae por aquí tan temprano? Mirándome fijo con sus ojos verdes y sus cabellos negros cuidadosamente peinados. Antes del mediodía estará el camión para cargar tu mudanza. Tenemos todo listo, contestó indicándome unos atados de ropa, colchones, catres y, en grandes canastas de mimbre estaban las aves asomando sus cabezas por entremedio de las varillas. Yo notaba en su rostro un nerviosismo, quizás por el desafío que le esperaba al enfrentarse a la

ciudad. Cote, ¿ya tiene todo arreglado, como vivienda y trabajo? Sí, jutre, contestó. Mi ahijastro Miguel nos tiene casa buscada en Cerrillos y pega en la Fensa donde trabaja él también, si no fuera por la vieja yo me habría quedao. Pero, Cote, tú puedes volver cuando gustes, le insinué. Así me lo dijo el patrón, pero todo está decidido, ya la casa la tiene ofrecida a on´Lucho, que tiene tantos cabros chicos, lo malo que la casa corre muy cerca del agua. No había tiempo de reír por los errores que cometería por el uso del idioma. Lástima que nos dejes, aquí todo el mundo te quiere amigo.

Y usted, jutre, cree que yo no sufro de dejar los potrereros, las bestias, en fin, todo... aquí queda mi alma y mi vida. Dio media vuelta dándome la espalda para no dejar ver más de una lágrima en esos ojos puros y sinceros como su corazón. Nos quedamos en silencio, él con la vista puesta en el horizonte, mirando las verdes espigas que tantas veces vio crecer y tantas veces trilló.

En eso llegó el camión y abrazándome me dijo: ADIOS, JUTRE, GRACIAS. ADIOS, AMIGO COTE, BUENA SUERTE. Limpió con una mano sus enrojecidos ojos y corrió hacia el camión dando las últimas instrucciones. A los perros los viene a buscar mi compadre Mateo, si no se los lleva, cuando venga p´al dieciocho le voy hacer un cote, y se fue por ese camino angosto adornado de viejos álamos y verdes sauces, tan verdes como la esperanza de mi amigo, la que sin mirar atrás espera encontrar en ese mundo desconocido. ¡Dios te bendiga y ayude "amigo Cote", siempre vivirás en mis recuerdos ¿Volveremos a cabalgar por estos hermosos parajes? Sólo la Divina Providencia lo sabe.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
I REGIÓN DE TARAPACÁ

GLADYS FLORES RODRÍGUEZ
38 AÑOS
PUTRE



EL PUEBLO DE TUS ABUELOS

Te cuento esto para que no se olvide, ya que la persona que debió escribirlo, este año fue llamada al lado de Dios.

Él era un pequeño de una humilde familia; sus padres, ambos bolivianos, un día vinieron a probar suerte en el Valle de Codpa. Y allí nació él, un hijo sin tierra, para los aymaras lo más importante es la tierra, pero en sus lares parecía que la Pachamama no daba sus frutos, eran años de sequía y había que emigrar, por eso él fue chileno, pero la nostalgia hizo que su familia nuevamente se trasladara a su lugar de origen, o sea a Huayllas (Bolivia).

Su nombre del nuevo chileno era Rafael sus apellidos Flores Castro, ahora una nueva sociedad, grandiosa presentábasele. Un sueño para los extranjeros estaba ahí, mirando el lindo cielo codpeño y sintió ganas de volar y llegó a la ciudad de Arica —en

esos tiempos— puerto floreciente, y hoy después de muchos años sabe que había que luchar por todo lo que uno quiere lograr.

Te contaré que un día domingo como todos los domingos, se juntaban a conversar los coterráneos en la plaza Primero de Mayo y ahí uno de ellos le dijo: "Rafael, tú tienes que pasar cargo en tu pueblo". Y él con el corazón en la mano, pues estaba recién trabajando y juntando algunos pesos dijo: "Yo con gusto pasaría cargo, pero me falta la warmi" e invitó a su enamorada, quien en ese momento disfrutaba de su día de descanso.

Quien le dijo a mí me encantaría y de muy buena disposición se preparó. El viaje fue entretenido, ya que en esos tiempo se viajaba en camión, abordaron el que más le convenía y llegaron allá a Huayllas, en donde la pobreza imperaba, y Rafael llegó feliz con su compañía a saludar a amigos y familiares. Y le llamó la atención las palabras de su abuelito Agustín que al verlo le dijo: "Hijo, qué bien que has venido. Tú eres chileno, pero esta casa, esta estancia, es de tu abuelo y tú eres el único varón sucesor de la familia y tu deber es recibir cargo para el próximo año pasar la fiesta, pero no te resientas de los gastos, pues tu madrecita la Virgencita del Rosario todo te lo devolverá con creces y el día de mañana llegarás a este que también es tu pueblo y no deberás bajar la cabeza, pues si le cumples a ella, no dudes que te sabrá premiar, y nosotros los pueblerinos te sabremos reconocer como un pasante y autoridad del pueblo".

Y fue así como Rafael fue el primer chileno que pasó cargo de alferado en octubre de 1970, en el día de la mamita Rosario, al término de la fiesta él se regresó, pues su vida su trabajo estaban en Arica, después aquella muchacha, que lo acompañó

sólo para recibir la fiesta llegó a ser la compañera de toda su vida y tuvieron cuatro hijos dos hombres y dos mujeres. Y en ese chileno, pero de corazón boliviano, germinó un gran amor por su protectora.

Años después estaban cumpliendo otro cargo, que se llama mayordomo, en donde uno de la pareja tenía que trasladarse por todo un año a servir al pueblo; alimentando las palomitas de la iglesia, colaborando con los trabajos comunitarios, siendo autoridad del cantón, como allí llaman a los pueblos pequeños. Y sucedió que se realizaría una reunión para que alguien tome el cargo de corregidor, que significaba mayor compromiso. Y esa noche ella su esposa Adela, que estaba cumpliendo cargo de mayordomía estaba ansiosa por saber quién tomaría el cargo de corregidor, mientras que Rafael en Arica estaba junto a sus hijos y una hermana que venía de vez en cuando a ayudarlo con los niños cuando su esposa estaba ausente.

Sucedió esa noche que Adela, que estaba en Huayllas, tuvo un sueño en donde un señor de edad le decía que debía tomar el cargo a nombre de su esposo, pues la vírgen sabía que su querido Rafael tenía una gran enfermedad, pero que aún no se le declaraba y más tarde no podía asumir este cargo, por tanto, se quedó muy preocupada por el sueño, ya que tenía el don de interpretar sueños, pero esta vez estaba todo muy claro, y no sabía cómo decirle eso a la comunidad, por otro lado llegó presuroso el suegro de Adela, don Gregorio a decirle: "hija tienes que tomar tú el cargo, me lo dijo el Señor esta noche en mi sueño".

Por otro lado, en Arica, llegó apesadumbrada la hermana de Rafael a su casa y le dijo: Rafito —como le decía con cariño— esta noche soñé contigo, y el sueño estaba malo, no sé si te vas a

enfermar tú o tus hijos, pero en mi sueño te vi que estabas en la ladera de un cerro y bajaste corriendo hasta hundirte en el agua hasta la cintura. Y Rafael dijo: "ay carajo, harto malo está el sueño, yo también soñé algo parecido, ¿no será que la Adela que está cumpliendo labores en Huaylla está teniendo algún problema o tendrá pena por estar solita?". No sé le dijo la Severina, así se llamaba su hermana, pero por qué no la llamas de ENTEL y por último le dejas un recado con el encargado del teléfono y le dices que se cuide que los sueños están malos.

Rafael corrió al primer centro telefónico y llamó; por otro lado Adela también estaba preocupada, porque para aceptar el cargo que su suegro le estaba sugiriendo tenía que preguntarle a su esposo primero.

Y se comunican los esposos. Adela le dice: "he tenido un sueño muy claro y prácticamente debes asumir este nuevo cargo de corregidor, porque la virgencita está anunciando algo que no es bueno, pero al mismo tiempo quiere que una vez más le demuestres tu afecto y devoción ". Yo también soñé mal —dice Rafael— y coincide mi sueño con el de mi hermana. Algo sucederá, pero confiemos en la mamita Rosario, asume no más el cargo.

La comunidad tenía muchos solicitantes del cargo de corregidor, pero Adela dijo: ¡Por favor concédanme a mí el cargo, no sólo yo lo he soñado, también mi suegro y mi esposo e interpretamos que la mamita está vez ella eligió al hijo de su pueblo que quiere que le sirva! La comunidad entendió y le cedió el cargo.

Trabajaron fuertemente este año, ella en lo que sabía hacer, vender verduras; y él trabajaba en construcción, así juntaron el dine-

ro, que surgió como arte de magia y pudieron pasar felices su cargo de corregidor, pero nunca viajaron con sus pequeños hijos, pues el clima es muy gélido. Y así pasaron los años y Rafael fue el más grande devoto de su mamá Rosario, hasta que llegó el período militar en Chile y agarró miedo viajar seguido a Bolivia, pues no quería que lo relacionaran con otros emigrantes que muchas veces no cumplían con las leyes de ingreso al país o trabajaban igualmente. Y pasaron muchos años unos quince y uno de sus hijos —Alejandro— le preguntó: "papá, por qué nosotros no tenemos abuelos, no tenemos tierra, no somos como de ningún lugar, hay algo en mí que me hace sentir vacío, ya tengo dieciocho años y quisiera conocer y viajar esos lugares donde tú dices que están mis abuelos, quiero sentir que pertenezco a algún lugar. Toda la vida me han dicho indio, paitoco, pero eso no me ofende, pues me doy cuenta que no soy blanco, pero los tengo a ustedes que me han enseñado a querer a mi familia, a los animales, a las plantas, más yo necesito correr en la tierra y que me digan esta es la tierra de tus abuelos, por favor déjame viajar, ya tengo edad para eso".

Ninguno de los hijos de Rafael conocía Huaylla y Alejandro, el tercer hijo, llegó allá, sorprendido por lo maravilloso que tenía a su vista lloró de alegría, un viejito lo miró y le dijo: "no llores, hijo, esta es tu tierra, y se abrazaron ambos hombre sin saber que por sus venas corría la misma sangre. Y el joven preguntó: "no sabe dónde puedo hallar a don Gregorio Flores, yo soy hijo de Rafael Flores, de Arica".

Hijo le dijo el anciano, algo me decía que tú eras de mi linaje. Pasearon y comieron hasta quedar satisfechos y conversaron de todo lo que antes no se habían dicho.

Llegó el joven a Arica con la satisfacción de haber caminado en la tierra de sus abuelos y después de un corto tiempo toda la familia viajó a Huaylla y se sintieron parte de ese lugar, llenaron ese vacío, ese dolor que había significado ser hijo aymara sin tierra. Y hoy, que pasaron algunos años estos hijos chilenos de Rafael sintieron en su corazón la necesidad de servir a la misma madrecita Rosario, que un día su padre sirvió fervorosamente, hoy todos los mayores casados y con hijos quisieron repetir la historia por eso el hijo mayor, Manuel, pasó cargo de alferado en 1998, luego Alejandro en el 2000 y por último su yerno Joaquín pasó cargo junto a la hija mayor de Rafito el 2002 y ahora el 2006 pasará el mismo cargo, la hija menor, pero no estará presente el gestor de este amor, Rafael, él no está con su alegre presencia, con su majestuosa palabra que nos decía: "Hijos, ustedes son de acá, su corazón aquí se rebosa de felicidad, en esta fiesta de octubre vienen nuestras familias de todos los lugares, es como si nuestras venas fluyeran en un solo cauce y nos damos cuenta que los aymaras del Perú, Argentina, Chile y Bolivia somos un solo mar".



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
I REGIÓN DE TARAPACÁ

LILÍ JULIA FERNÁNDEZ CANQUE

72 AÑOS

PROFESORA JUBILADA

ARICA



"LA VICUÑITA CAUTIVA"

Una mañana con lindo sol, ágil, traviesa, libre, trotaba por los verdes cerros cercanos a Socoroma; una joven vicuñita de hermoso pelaje café claro y mancha blanca de frente y hocico, la más pequeña del piño de 12 vicuñas silvestres, inocente, se acercaba demasiado a los turistas que constantemente recorrían el camino.

Había nacido de día y siempre se deleitó con la luz clara del Tata Inti, nadie como ella conocía mejor el camino hacia las vertientes más dulces y frescas. Amaba los bellos paisajes cordilleros, jugar en los bofedales, admirar los nevados cerros tutelares, baluartes de los polvorientos pueblos andinos, la belleza de los cactus candelabro junto a los cuales quedó inmortalizada muchas veces en las filmadoras o máquinas fotográficas de nacionales y extranjeros de los países más exóticos. Nunca sintió ninguna atadura, había escapado muchas veces de cazadores ilegales, su piel, su lana era tan codiciada.

Un día que trotaba tranquila por el camino carretero a Bolivia, apareció en una curva, bruscamente, una camioneta con tres hombres forzudos que la cazaron, así la vicuñita inició una triste vida, ataron sus patitas y el vehículo regresó a la ciudad. Ella no entendía nada, mientras más bajaba el vehículo camino a la ciudad, el aire cambiaba, volviéndose para ella casi irrespirable, sentía angustia, llegó a un lugar extraño; nunca había estado dentro de una casa, ni siquiera en un corral, la amarraron brutalmente y le dieron una comida rara y agua... ¡qué agua más desagradable! La comida, la olió y desechó. Llegó la noche y su corazoncito se encogía de pena, extrañaba a su madre, su hábitat natural y se arrepentía de su temeridad al acercarse tanto al hombre, sus compañeras arrancaban el primer ruido y ella se confió tanto...

Al día siguiente, Don Manuel, el dueño de casa, la vendió a un fotógrafo ambulante, Iván Caballero se llamaba y trabajaba en un parque cercano a la playa, éste la amarró a un árbol y ofrecía postales junto a este bello animalito. Muchos padres fotografiaban a sus hijos junto a la vicuñita. Pero, ni siquiera el lucrativo negocio movía al fotógrafo a un trato cariñoso, siquiera tolerable, pasaba horas al sol, ella lo vivió siempre en el altiplano, al frío, pero incluso lloviendo, se refugiaba bajo una queñua y disfrutaba de su entorno, ahora los niños que a veces son muy crueles; la montaban, la tironeaban y ella sufría. Pasaron los meses y la vicuñita se volvió triste y huraña, languidecía y ya nadie quería fotografiarse junto a ella. Un día cortó el cordel que la ataba corrió hacia el mar ¡qué hermoso! Como su Lago Chungará, bebió un poco de agua y la escupió asqueada ¡era pura sal! En eso estaba, cuando sintió los gritos e improprios de su dueño, quien corría a su encuentro, la castigó duramente y la llevó nuevamente atada, pero Dorothy Johansson

una dama extranjera que observaba desde su auto, muy molesta amonestó al individuo, éste le contestó groseramente y le dijo que si tanto le interesaba se la vendía y ella aceptó.

Bajó a buscarla y la vicuñita la seguía humildemente con húmeda mirada en sus bellos ojos, parecía que percibía la bondad de la dama, quien, desconcertada, le preguntó al chofer quien se llamaba Justo Mamani y era aymara ¿de dónde son estos animalitos?

— Viven en la precordillera y altiplano de Parinacota, las conozco, son de mi pueblo contestó, Justo, también enternecido por la triste condición de la vicuñita.

— ¿Eso queda muy lejos?

— No, en tres horas podemos estar por allá

— ¡Vamos! Replicó decididamente la dama.

Partieron raudos y a medida que se acercaban a la Pachamama la vicuñita respiraba mejor, renacía y Justo sonreía, vería también a los suyos en Caquena, pueblo cordillerano, meditaba y recordaba cómo sufrió cuando bajó a la ciudad a hacer el Servicio Militar en Arica, ¡Cómo entendía el dolor de la vicuñita! Y qué feliz se sentía de reparar la injusticia cometida con este ser tan lindo, inofensivo e indefenso.

Llegaron a las alturas, vieron tropillas de vicuñas y otros auquénidos la vicuñita saltaba de alegría, el chofer comentó, filosóficamente: cada uno debe vivir en lo propio, patrona.

— Sí, Justo, contestó la dama. Bájala y que se reencuentre con los suyos.

Así se hizo y todos se sintieron contentos. El vehículo viró y ambos —patrona y subalterno— sonrieron, con una actitud de complicidad... a lo lejos vieron a la vicuñita trotar fe



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

TOMÁS RICARDO RODRÍGUEZ AQUEA
45 AÑOS
PROFESOR
LA HIGUERA



LA MALDICIÓN

Cuenta la leyenda que en una comarca ubicada en plena precordillera, vivía un hombre muy hermoso, que era la atracción de todas las mujeres del lugar.

La gente de esta comarca era muy alegre, gustaban de las fiestas, las que casi todos los meses celebraban. Allí se bailaba mucho, se comía en abundancia, pero todo en una muy sana diversión. Este bello joven, llamado Damián, siempre asistía a las fiestas, y era acosado por las mujeres de todas las edades, claro que él les prometía amor eterno. Fueron decenas de ellas las que sucumbieron a sus encantos, si hasta existían los celos enfermizos por disputarse su compañía. En reiteradas ocasiones, Damián fue agredido por los celosos maridos y pololos, los que se sentían ofendidos por las andanzas de este muchacho.

Una madrugada fue brutalmente golpeado por un grupo de hombres borrachos, los que luego de agredirlo lo arrastraron hasta una quebrada donde lo dejaron abandonado, creyendo que estaba muerto.

Volvieron a la fiesta sin despertar la más mínima sospecha. Pero muy pronto las mujeres repararon en algo, no estaba el bello Damián. Todas se preguntaban, dónde estaría, pero llegaron a una conclusión: seguro que estaba en compañía de alguna mujer, y muy pronto se olvidaron de su ausencia.

Mientras tanto, Damián yacía inconsciente en aquella fría quebrada. Horas después, abrió sus hermosos ojos celestes con mucha dificultad, producto de los golpes que le habían propinado sus agresores. De sobresalto pudo ver un viejecillo que estaba a su lado tratando de reanimarlo. Damián se incorporó algo asustado y pregunto:

— ¿Quién es usted, qué hace aquí?

El viejo lo miró fijamente a los ojos y respondió:

— No tengo nombre, pero solo te diré una cosa, jovencito: ten mucho cuidado porque tu belleza te puede traicionar.

Damián no dijo nada, y bajó su mirada. El viejo pasó sus arrugadas manos sobre las heridas de su cuerpo, y luego desapareció. El joven se incorporó sin ninguna dificultad, como si nada le hubiera pasado y dirigió sus pasos hacia el pueblo, arribando a la fiesta que estaba en su punto. Al verlo llegar las mujeres corrieron a sus brazos; en tanto sus agresores huyeron despavoridos al verlo tan sano, pensaron que éste era el mismísimo demonio.

Pronto Damián se zafó de las osadas mujeres, fijando su mirada hacia una bella jovencita un poco extraña, pero que lo atraía enormemente. Se acercó a ella y le preguntó su nombre, se llamaba Lucía. Entablaron una muy agradable conversación, bajo la atenta mirada de las mujeres que se morían de celos.

Pasaron los días, y entre estos dos jóvenes surgió un lindo romance, pololearon durante tres meses y pensaron en casarse. Los padres de Damián estaban felices, ya que por fin su niño había sentado cabeza.

Fue un día del mes de octubre en que se realizaría la tan ansiada boda. Ese día Lucía estaba hermosa y radiante con un vestido tan blanco como la nieve. Todos los habitantes de la comarca aguardaban en la iglesia al novio. Pasaron minutos y horas, y el joven no apareció. La muchachita desesperada huyó del lugar sin rumbo fijo, ya fatigada de tanto correr se detuvo y se sentó sobre una piedra a llorar su desdicha. Lloró, lloró y lloró, que parecía morir de angustia. De pronto, sintió algo extraño detrás de ella. Era un viejito que la abrazó con mucha ternura. aterrada lanzó un grito y exclamó:

— ¡Abuelito, abuelito!, pero si tú estás...

— Calla, calla, respondió el anciano, ya no quiero que sufras por ese hombre que no merece tu amor; yo haré caer una maldición sobre ese canalla que manchó tu honor. Sabes, hija, yo en una madrugada lo encontré desfalleciente tirado en una quebrada. Lo ayudé poniendo mis manos sobre sus heridas y lo sané, y sólo le pedí que cambiara su forma de ser, pero el muy canalla se olvidó de mis consejos, y te juro, hijita, que lo pagará muy caro.

Por su parte, Damián estaba en compañía de otra muchacha en una comarca cercana. La muchacha tuvo que salir a visitar a una tía que se encontraba muy enferma, dejando al joven solo en la casa.

Damián sintió algo extraño en su cuerpo que parecía como estallar, sus manos comenzaron a crecer, su cuerpo se desfiguró cubriéndose de pelos tal como un simio. El joven corrió desesperado a mirarse a un espejo, y... con horror pudo apreciar un rostro feo y desfigurado. Sus ojos celestes ya no lo eran tal, eran unas pupilas rojas y sobresalientes que parecían reventar. El joven lanzó un grito desgarrador y salió desesperado de la casa. Corrió y corrió como un loco para ir a esconderse en una cueva que estaba en una colina, la que le serviría de refugio para evitar que vieran su horrible apariencia.

Pasó el tiempo y la bella Lucía se trastornó y todos le temen en el pueblo. Todas las tardes se le puede ver que se encamina para subir hasta un cerro, llevando consigo una cesta con comida. La gente piensa que todo esto es producto de su locura, pero nadie sabe que esa muchacha va a visitar a su amado Damián, que se esconde en esa cueva, y que ahora es solo para ella y nadie se atreverá a robárselo, porque su gran amor jamás dará la cara, ni coqueteará con mujer alguna.

Desde entonces, el monstruo y la loca pueden al fin ser felices, muy lejos de las miradas de la gente.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

AMÉRICA TERESA CARVAJAL CORTÉS

41 AÑOS

COMBARBALÁ



LA FIESTA DEL CHANCHO

La señora Clementina ya no le faltaban argumentos en espera de sus ingratos hijos del norte, ya que hacían más de 5 años que no la visitaban. Era en tiempo que sus cabritas comenzaban a parir (agosto-septiembre) y como después de hacer el quesito que sacaba todos los días para cambiarlo por cositas para la comida, sobre todo azúcar y hierba para el mate en el negocio de Don Silverio, en Quilitapia, la Sra. Clementina, juntó todos sus ahorros para comprar un chanchito de mes para aprovechar de criarlo con el suero que quedaba después que hacía su queso.

Pasaron los meses y ya no sacaba leche de sus cabras, por lo tanto, ya no hacía queso, ni tampoco tenía dinero para alimentar a su chanchito que ya de chanchito no le quedaba nada, era un chancho gordo y mantecoso. Tenía dos acciones; engordarlo un poco más para matarlo en abril o faenarlo a la llegada de sus

hijos en vacaciones de verano. Aunque nunca le habían anunciado visita a ella le parecía que llegarían en cualquier momento.

Ya estaban por acabarse las vacaciones de verano y ni noticias de sus hijos por lo que decidió bajar a Quilitapia y conversar con Don Segundo, el señor que atiende el teléfono público, para ver si podrían ubicar un número de teléfono dónde ubicar a sus hijos. Lamentablemente fue imposible comunicarse con alguno de ellos.

A pesar de haber criado a 6 hijos con tanto sacrificio y grandes necesidades ya que enviudó muy joven. Fue un día en que don Jacinto, su marido había muerto por la cordillera; según dicen sus compañeros de arreo fue a causa de que su macho se espantó al ver al mismísimo diablo con el que se encontró en un paso muy angosto dónde sólo cabía un huaso, resbalando por los peñascos junto a su cabalgadura. Desde ese día la pobre de doña Clementina, tuvo que lidiar muy duro para poder criar a sus hijos y mandarlos a la escuela que quedaba a una hora de camino de Quilitapia.

La esperanzada madre, como ya no tenía ni alimento, ni dinero para comprar afrecho al chanco pensó que lo mejor sería levantarse de madrugada al otro día y bajar al pueblo para hablar con don Amoble, "El compositor de chanco", para que fuera a su casa a faenar el porcino que tanta esperanza había criado y, con un solo fin: matarlo pa' cuando vinieran los niños a verla. Así fue como don Amable llegó a la casa de la señora Clementina a las 0:6 am y ella ya tenía el fondo hirviendo. Estaba también su ahijado Bernabé que lo había invitado como oficial, ayudante para el maestro compositor.

A la hora del sapeo llegaron todos los vecinos con su cuchillo cocinero para picar los chicharrones.

En el atardecer junto al mate con chicharrones, después que dejaron en fondos grandes desaguando la carne del chancho la señora Clementina a pesar de la muestra de afecto y cariño que le brindaban sus vecinos, explotó en llanto ya que sus sueños de tener a sus hijos reunidos no había sido posible.

Al día siguiente mientras preparaban los mineros para la rifa de la "cabeza del chancho" y otro grupo se jugaba "el pernil" en su entretenido juego de dominó aparece la Sarita junto a sus 6 hijos, nueras, nietos y nietas en el furgón del Marcelo, la señora Clementina, no cabía en sí de gozo dando las gracias a Dios por darle la oportunidad de tener nuevamente a sus hijos y familia con ella; celebrando junto a los cantores con acordeón y guitarra la fiesta del chancho como Dios manda.

"Viva la señora Clementina", gritaban los amigos.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

62

RAMÓN ORLANDO ARRIAGADA CÁCERES
56 AÑOS
TIERRAS BLANCAS



A PESCAR

Allá por esos años, vivíamos en Andacollo y mi padre desde muy joven se desempeñaba como mecánico y operador de maquinaria pesada en las faenas de extracción de mineral, de una conocida industria minera de la zona.

Y como en la mayoría de las empresas chilenas, también existía un club deportivo, con su correspondiente rama de pesca; decían que esta disciplina deportiva fue creada para todos los viejos buenos para la caña. Inocentemente yo me preguntaba ¿será por la caña de pescar? Hasta que un día, por fin conocí la respuesta a mi interrogante.

Retornó mi padre esa tarde de su trabajo, anunciando que el club deportivo en conjunto con la rama de pesca habían organizado un paseo familiar al Embalse La Paloma, el día sábado 18 de este mes, y que habían contratado el microbús del Pelao

González, amigo de nuestra familia, que trabajaba en el recorrido de buses La Serena/Coquimbo/Andacollo. Para mí fue una grata sorpresa, todo un acontecimiento, una gran alegría. Me saltaba el corazón, imaginándome poder pescar por primera vez en mi vida a esos plateados, robustos y escurridizos pejerreyes que en contadas ocasiones mi papá traía a casa, siempre alegando que la pesca estuvo pésimamente mala y mi madre le replicaba; ¡sí! Me estoy imaginando que la pesca de las botellas y las garrafas estuvo buena, ¡cómo vienes!, supongo que te ganaste el champion de los borrachos; mi padre agachaba su cabeza y se quedaba muy silencioso, por no saber como defenderse, ya que las pruebas jugaban cien por ciento en su contra.

Se acercaba el tan anhelado día, ya era día jueves y mi madre comenzó a preparar las cosas, primero las ropas, para todos nosotros. El viernes, "la comida", que consistió en huevos duros, pan amasado hecho por ella misma, quesito fresco de cabra y un gran pollo asado con papas doradas, ensalada de tomates con pepino y unos jugosos duraznos pelados de postre.

Con mi viejo preparamos el nylon, los anzuelos y las tres cañas de pescar que llevaríamos, las carnadas se comprarían en la ciudad de Ovalle o en el pueblo de Sotaquí.

Mi padre dijo: ¡hoy nos acostaremos tempranito! Mañana tenemos que levantarnos a las cinco, el bus va a salir de la puerta de la industria a las seis y media, así que tenemos que apurarnos para alcanzar los mejores asientos, además tengo que reservar cuatro lugares para mi compadre Jorge Galaz, el pobre tiene tres niños bien pequeños, por eso se va a demorar más en llegar a la empresa; mi mamá, con un gesto de bastante desagrado, le con-

testó desde la cocina: mucho cuidadito con este amigo tuyo, quiero que llegues sobrio al Embalse, necesito que te dediques a pescar, porque el domingo invité a tus suegros a almorzar y les prometí que comeríamos pejerreyes fritos, con pan rallado, que a ellos tanto le apetecen y acuérdate que la niña todavía es pequeña y tienes que ayudarme con los utensilios y la merienda que llevaremos; mientras ella hablaba, a mí me dio un gran susto, pensé que iban a comenzar a discutir y adiós paseo y lo peor de todo, ¡adiós pesca!; afortunadamente mi papá continuó preparando las dos garrafas con vino tinto que llevaría, como si mi madre no existiera, con esa actitud, la reprimenda terminó y yo pude seguir respirando nuevamente, en forma natural.

Durante esa noche, casi no cerré los ojos, rogándole a mi angelito de la guarda, para que el otro día no me quedase dormido, a las cinco de la madrugada ya estaba levantado, despertando a mis padres, desesperado y creyendo que la micro partiría sin nosotros.

El viaje duraba como tres horas, ya arriba del bus y bien acomodados, mi madre abrió uno de los bolsos que llevábamos y nos repartió a cada uno, dos huevos duros, sal, un pan amasado con quesito de cabra y un tazón de leche con chocolate; la señora del amigo de mi papá, sacaba de una de las canastas que traía, unos sándwich de queso con mortadela y vasos con leche para darle a sus chiquillos.

Los hombres, agrupados atrás, conversaban, gritaban, se reían y compartían jarras con vino tinto, mezclado con harina tostada y azúcar (la famosa chupilca); antes de llegar a la ciudad de Ovalle, mi papá y sus compañeros ya habían vaciado las dos garrafas que él llevaba y otras tres de otros pescadores, así que pueden

imaginar cómo se encontraban. Los niños que iban en el bus estaban felices, mientras tomaban bebidas, comían galletas y golosinas, que habían sido repartidas por un señor de la directiva del club.

El microbús se detuvo en el centro de la ciudad de Ovalle, frente al supermercado, todos los hombres descendieron a comprar la carnada para pescar (gusanos de tebo) y lo más importante: encontrar rápidamente un depósito de licores, para llenar las garrafas vacías.

Cuando retornaron de su delicada misión, retomamos nuevamente la interminable carretera, que me llevaría a mi gran y ansiado sueño.

Estaba yo sumido en mis lindas fantasías, cuando de repente, escuché a los otros niños que gritaban y reían enloquecidos, asomados por las ventanillas del bus; mi cuerpo entero se estremeció y al asomarse también a una de las ventanas, observé con gran alegría y bastante interés, la hermosura y enormidad del famoso embalse La Paloma.

Al fin llegamos a nuestro destino. Mi mamá comenzó a ordenar nuestros enseres y le colocó, para protegerla del sol, un sombrero de tela bordado a mi hermanita. Yo me arreglé mi yoki, tomé el bolso de pesca, agarré del brazo a mi papá que estaba tan ebrio, que no lograba sostenerse en pie, con la ayuda del conductor, conseguimos a duras penas bajarlo del vehículo y dejarlo sentado a los pies de un árbol; subí nuevamente para ayudar con los bultos, que mi santa madrecita, con grandes sollozos y lágrimas contenidas, con mucha dificultad trataba de bajar.

En el interior del microbús todo era una locura. Las madres llamando a sus hijos, que bajaban y subían alocadamente del bus e intentando reunir las pertenencias que habían dejado tiradas en los asientos, y a los maridos. El problema era que la mayoría de ellos se encontraba bajo los efectos del alcohol. Apriñé con bastante fuerza la mano de mi padre, diciéndole al mismo tiempo: Papito, trata de no caerte, mira que falta poquito para llegar a la playa y ponernos a pescar; lo más complicado de todo esto era que mi viejo estaba tan borracho que no supo del paseo, menos de la pesca, ni de nada.

Mi queridísima madre, totalmente sonrojada, debido a la vergüenza que sentía, con paso ligero iba muy dignamente delante de nosotros, con mi hermanita menor a su lado, llevaba los bolsos y un par de frazadas; su rostro rojo, sus ojos brillantes y sus labios enmudecidos, denotaban una inmensa rabia hacia mi querido padre.

Por lo menos, mi preciosa y sufrida madre tuvo la gran alegría de que podría cumplir con la promesa hecha a mis abuelos; esa tarde antes de retornar del paseo, todos me felicitaban. Hijo de tigre decía mi padre, todavía bastante mareado, suerte de principiante alegaban otros; ya que yo, con mis catorce años, pesqué un ciento de sabrosos, gordos y plateados pejerreyes, de muy buen tamaño.



MENCIÓN HONROSA REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

GRIMALDINA ARAYA ASTUDILLO

71 AÑOS

OVALLE



NADIE LO PENSÓ...

María Jesús era morena como la greda, cantora como diuca mañanera, alegre y bondadosa como el agua que corre cadenciosa por el estero. Creció entre crudos inviernos andinos y dorados soles estivales, que le fueron arrebolando el rostro como manzana madura, en el que brillaban sus claros y habladores ojos.

La Jecho se casó muy joven con Jacinto, mozo honrado y esforzado, de cuerpo grande y fornido, curtido por la labranza de la pradera, herencia de sus padres, la que hacía producir sin descanso ni tiempo.

Con orgullo mira su campo, sus cerros y sus bien cuidados animales. A lo lejos el horizonte perfila la sementera como una ondulante alfombra de oro, salpicada por el rubí de las inquietas amapolas. El aroma de los árboles en flor, de la hierbabuena, de

la salvia y maitenes le regalaban su perfume, que el viento generoso lleva hasta él.

Al año de estar casados llegó el primer hijo, un varoncito regordete al que llamaron Agustín. Este era regalón y consentido, crecía sin correcciones, por lo mismo era taimado y voluntarioso. Los otros dos hijos llegaron muy seguido. Manuel y Clotilde de los Ángeles, una niña morena igual que la Jecho, alegre y bulliciosa como un cascabel. Con ella se completó el cuadro de felicidad de los padres.

Crecieron fuertes, sanos y libres como el aire. En las vacaciones recorrían cerros y quebradas buscando madrigueras de liebres y conejos, causantes de muchos estragos, siempre acompañados por Mocho y el Negro, sus perros liebreros, inseparables compañeros de tantas aventuras. Recorriendo su heredad se les iban las horas, muchas veces sin darse cuenta los sorprendía la noche somnolienta.

A veces en esas correrías arrastraban a su hermana Clotilde de los Ángeles, ella era una muchacha sensible y sufría mucho con estas prácticas, que para ellos como hombres eran habituales.

— ¡Agustín! —gritaba nerviosa— ¡tu crueldad me espanta! yo no quiero ser testigo del sufrimiento de estos indefensos animalitos. Mira ese conejito negro, pobrecito ¡Que no ves lo asustado que está! ¡No lo mates por favor!

— Cállate, Coty, ¿cómo no vai a ver el daño que hacen en la siembra? Si los dejo vivir no tendríamos cosecha— dijo el hermano mayor, muy molesto.

Agustín amaba el campo, le gustaba cabalgar por las llanuras, sintiendo el aire y el sol quemando su cara, corretear y lacear animales. Pero ahí estaba vigilando las faenas de labriegos y pastores. Él era una gran ayuda para el padre, que trabajaba más duro que los peones. La parcela le demandaba mucho trabajo, ya se veía cansado, envejecido, pero no lo quería aceptar. Él había dejado su vida para alimentarlos y educarlos. Mientras ellos crecían con rapidez, sus padres fueron perdiendo sus energías. Ahora Agustín era ya un hombre, conocía de sobra el trabajo agrario y se sentía más que feliz de reemplazarlo.

Jacinto, con sus encallecidas manos, manejaba el arado que abría la dura matriz de la tierra para depositar la fecunda simiente, la que luego sería manojos de doradas espigas. En el verano se le podía ver echona en mano segando el trigo, amontonando las gavillas en la era, para la próxima trilla. No tenía por qué trabajar tan duro, pero privarlo de eso sería cavar su tumba.

Todos estos quehaceres no lo hacen olvidar la fiesta que se celebra año tras año. Va con toda la familia a saludar a la Virgen de la Piedra, allá en la Isla. Tiene tanto que agradecerle. Sus hijos que son su vida y según dice alardeando, que esa es su mejor siembra, los entrega bajo la protección de su manto de madres. No sabe rezar, pero su corazón rebosa de agradecimiento y fe.

María Jesús le ofrenda un himno de alabanza con su linda voz, prometiéndole que siempre irá a rendirle homenaje.

El retorno lo hacen con renovada alegría y en un profundo recogimiento. Desde el infinito la luminosa viajera y el rumor de la hierba los acompañan hasta llegar al hogar.

En los días siguientes la rutina siguió como siempre, pero María Jesús no podía dejar la preocupación por el excesivo trabajo de Jacinto.

Por la noche lo invitó al corredor como en otros tiempos. Sentados en rústicas sillas, aspirando el frescor de la noche, le toma las endurecidas manos y mirando las estrellas le dice:

— Mira ese campo azul, tan bien labrado, cada cosa está en su lugar, pero ese hortelano, que al parecer trabaja sin descanso, también se tomó un día de reposo, a pesar que tiene muchos jornaleros a su servicio para sembrar y pulir las estrellas. Pero tú viejito no podías compararte a Él. Por favor, no trabajés tanto, quiero verte llegar a ancianito, rodeado de nietos. Te necesito a mi lado por toda la vida, parece que no te has dado cuenta que ya no tenés el vigor juvenil. ¡Cuídate! ¿Qué haría sin ti?

Jacinto abraza a su mujer para tranquilizarla, le habla con amor:

— Nosotros, los campesinos, echamos raíces como los árboles y ya viejos estrujamos nuestra savia y nos mantenimos en pie aunque las hojas se caigan.

— No te preocupés, Jecho. Ya los "niños" casi no nos necesitan. Manuel está a punto de lograr su título de abogado, y pronto partirá persiguiendo sus sueños. Él siempre fue distinto, llegará muy lejos, pero por otro camino. Nunca tuvo fibra de campesino, sólo sabe comer libros... ¡En cambio Agustín! Él lleva el campo en la sangre y las tradiciones le corren ardiendo por las venas; él será quien me reemplace en la labranza. Te confieso que me asusta su carácter rebelde y testarudo. Es como un potro chúcaro que no aguanta caronas ni freno.

— Agustín... —dice con pena María Jesús— ha echado en saco roto nuestros consejos; tan mujeriego que es, le gusta beber y hasta pendenciero se ha puesto. Eso me intranquiliza, no hay noche que no ruegue al Niño Dios de Sotaquí, para que lo libre de la maldad que se esconde en cada recodo y de los malos amigos. Yo no sé por qué las mujeres no lo dejan tranquilo.

— ¿Cómo querís que no sea así? ¡Mi muchacho es to`o un guaso! ¿Que no lo hai visto a caballo? ¡Qué apostura! ¡Qué gracia en el manejo del lazo! Nadie le gana en las carreras a la chilena, en los rodeos su collera es la primera. ¡Por eso le sobran hembras a mi gallito! Mujer, no hay por qué angustiarse, ya verís como la` edá y las obligaciones lo ira calmando.

— Estos hijos que me quitan el sueño, tan felices que fuimos cuando aún eran pequeños. Ahora tantos desvelos... para la madre los hijos siempre serán niños que necesitarán de su mano para apoyarse...

— Mira, vieja, deja esos malos pensamientos y dame un gusto. Estoy antojao de oírte cantar esa canciones tan lindas, con las que me conquistaste y que eran para mí más dulce que el canto de los ángeles.

— ¿Te acordai, Jecho. cuando salíamos a dar los esquinzos a los compadres? ¡Qué tiempos! Ahora to`estas costumbres han pasao e` moda, ya nadie respeta las tradiciones que son tan nuestras; di` apoco la han ido matando.

— Toitito ha cambiao, Jacinto. Mira los jóvenes, cortan pa`onde están güeltos, si salen no le piden permiso a nadie, güelven con

el sol, si quieren; están tan re libertinos. ¡Que me decís vos, viejo! Ahora tocan esa caja que llaman vitrola, esa, poh, a la que tienen que darle cuerda a ca`a disco que ponen ¿y los bailes? ¡Ay, viejo!, si es como si les hubiera da`o el mal de "San Vito", se regüelven enteros, parece que se le sale la cabeza...

— Ojalá que a la Cotita no le gusten las fiestas. Tan re bonita que salió mi niña, parece una fina potranquita... a la que hay que cuidar como si fuera un`alhaja. Mira vieja, si ya andan los tiuques graznando y batiendo las alas a su alrededor. Pero su padre, m`ija, como a los zorros los espantará a punte` rebencazos.

— Jesús, María y José —dice la Jecho, persignándose— ¡han di`oir mis ruegos para que encuentre un hombre tan güeno como tú, que la sepa respetar y hacerla feliz!

— Ah, se me olvidaba decirte que ño Remigio nos invitó a la trilla! ¿Qué te parece, Jecho, vamos a ir?

— ¡Claro!, cómo vamos a perder esto que también ya está desapareciendo. En estas fiestas hay re tanto trabajo y siempre faltan manos para ayudar, hay que ir no más, poh ¿Cuándo es la trilla?

— Este fin de semana, hay qui`rse preparando, luego le tocará a él venir a la nuestra, tú sabías que aquí las manos son güeltas.

Llegó el esperado día, Jacinto impaciente apura a las mujeres que están retrasadas. Los hijos ya estaban en sus caballos.

— ¡Apúrase, por favor! ¿A qui`hora creen que vamos a llegar? Recuerden que luego sale el sol y se dificulta la marcha.

Al llegar al poblado verde como una gema y siempre apacible, los recibió el bullicio y el alboroto de la gente llegada de diferentes lugares.

Todo estaba listo para empezar, hasta la damajuana ya estaba escondida entre el mundo de gavillas de la parva. Los animales, inquietos, tascaban el freno, esperando comenzar la faena.

Se dejaba oír la voz fuerte de los huasos acuciando las bestias:

— ¡Ah, yegua, yegua! —hacen silbar el látigo por sobre la testa de los animales para llevar el ritmo de las cabalgaduras por la redonda era.

Ya sus cascos de plata revientan las preñadas gavillas de las que chorrean dorados granos. Las horquillas trabajan sin tregua aventando la olorosa paja, que ayudada por el suave viento vuela con invisibles alas, como un milagro va apareciendo el ambarino trigo, que brilla con reflejos oro.

El calor y el ardor de la trilla hacen sudar a los frenéticos huasos, que gritan hasta enronquecer.

La Carmencha aparece con sendos vasos de dulces huesillos con mote, del pelado con lejía de ceniza de romero, y los reparte a los sedientos y acalorados hombres que apagan la sed con este agradable refresco.

Las mujeres en la cocina preparan el hervido de cabrito, con hartos porotos verdes, una gran papa, un trozo de zapallo y medio choclo. El pastel de trigo verde ya huele oloroso en el horno.

Otras hacen las empanadas que los hombres remojarán con los aromáticos vinos y la embriagante chicha baya.

En la era se escucha una gran algarabía, habían encontrado la damajuana que ex profeso fue escondida en la parva. Con esto se daba por terminada la faena, para continuarla al otro día.

Sienten un hambre devorador, pero mantienen la alegría, el jolgorio era general, se hacen toda clase de bromas mientras esperan el almuerzo.

Luego pasan a la mesa y saborean golosos los manjares dispuestos. La comida desaparece junto con el alcohol, el trago les da valor y empiezan a pedir que comience el baile. Casi al instante se escucha a la cantora que tiene harto sazón. Levantando el vaso alguien hace un brindis con mucha picardía, el invitado dice:

— ¡Salú, compadre! hasta el pototo si no lo boto y hasta el culo si no reculo.

Las sonoras carcajadas no se hicieron esperar celebrando al atrevido.

Entusiasmado alguien grita:

— Ya pos, compadre Manuela, rájese con la vigüela... ¡Oh, me salió verso sin esfuerzo! dijo ña Micaela.

Vamos con el primer pie de cueca mi alma... la Manuela canta con afinada voz.

Papeles son papeles,
Cartas son cartas,
Las palabras e` los hombres
Todas son falsas
Todas son falsas ay, sí...

Hay que ver el zapateo de punta y taco, parecían gallos haciéndole la rueda a la bailarina, la que con gracia hace el floreo. Los huasos en cada vuelta le sacaban humito a las rodajas de las espuelas y ño Sixto con su tamboreo hacía vibrar la guitarra que alegre y caprichosa como una bella mujer se dejaba acariciar.

Coqueteaba igual que la linda morena, que había sido dos veces reina, del tomate y de la primavera, que con descaro a todos le hacía ojitos.

Agustín y Manuel se peleaban para sacar a bailar a la voluble muchacha que a los dos daba esperanza, peligroso juego para los hermanos. El hombre es hombre y ante una falda se olvida hasta del parentesco. No se daban cuenta que ella también jugaba con otros, muy segura de su atractivo.

Ya la noche agonizaba y el día débil renacía. Jacinto, su mujer y Coty, emprendieron el regreso, dejando a los dos entusiasmados hijos en la fiesta.

Manuel insistía en que siguieran a los padres, como no lo logró, montó en su bayo, y se fue dejando al testarudo de su hermano. Agustín obstinado como siempre se negó a regresar, quizás siguiendo los coqueteos de la casquivana morena creyó ser el elegido de la veleidosa mujer.

— ¡Jacinto! —dice la Jecho— quizás no debíamos habernos venido sin nuestro hijo; tengo un mal presentimiento, por esa mujer tan diabla puede cometer una torpeza. No quedaré tranquila hasta verlo volver.

— Él siempre se sale con su porfía, sabís que es terco como mula, confiemos que se cuidará. No te angustiés, viejita.

Casi al llegar a la parcela los alcanzó Manuel, contándole la rotunda negativa de su hermano para regresar.

— La Jecho. más intranquila que antes. recriminó a su hijo menor.

— Jamás debiste dejarlo solo, menos con esa mujer, tan caprichosa...

Su corazón de madre algo malo presente.

La fiesta de la trilla estaba que ardía, igual que los ánimos. La coqueta se encargaba de poner leña a la hoguera con su devaneo. Iba de brazo en brazo y su ardiente y provocativa boca era el manjar deseado por Agustín, pero ella frívolamente también la ofrecía a otro hombre, el que hirviendo de ira y celos se acercó al muchacho para reclamar los favores de la joven. Ambos creían tener derecho a sus caricias y a ser el único dueño de su corazón. Ella, tan falsa como deshonesto, se escabulló a un rincón del recinto, dejando a los hombres disputarse su inconstante amor. El rostro de Agustín estaba ceniciento por la sorpresa y la furia, no quería pelear, no por cobardía, sino porque estaba convencido de que el amor se conquistaba a la buena. En ese momento pensó en su familia, quería estar muy lejos, se acordó de los

consejos no escuchados que siempre le dio su madre. No quería escapar, tenía que encarar la situación porque no podía quedar como un cobarde.

Enfrentando al otro le dice:

— Oye, tranquilízate. No busquís rosca, ni echís a perder la fiesta. Ella es la que tiene que escoger a uno de los dos...

— ¡No, compadre! A combos la vamos a peliar y el más gallo y el más hombre se queda con larienda. ¿Qué, t'estai acobardando?, ¡ah! ¿La querís? ¡Peléala!, aguanta que allá voy.

Agustín no alcanzó a pensar si valía la pena pelear por la mujer que le gustaba jugar con los hombre, cuando sintió el bofetón en pleno rostro y un relámpago de rabia lo encendió como yesca. Respondió con otro golpe, rodaron como un solo cuerpo por el suelo. No escatimaron puñetazos ni puntapiés. Peleaban como dos perros rabiosos, sin tregua ni piedad. Eran tozudos y duros los rivales.

La gente gritaba enardecida avivando a uno y a otro. Algunos muy asustados no querían mirar porque ya se adivinaba el desenlace. Los dos sangraban profusamente, sus rostros tumefactos eran dos rojas máscaras.

Varios trataron de separarlos, pero ellos eran fieras peleando por su presa.

De pronto nadie supo cómo, en la mano de uno de los adversarios el diablo puso un puñal, el que sin misericordia lo clavó

en el pecho una y otra vez, rasgando como lienzo la carne túrgida y joven de Agustín, que cayó como fulminado por un rayo. Sacudido por los espasmos sólo alcanzó a decir: "¡perdóname, mamá!".



MENCIÓN HONROSA REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

JACQUELINE DEL CARMEN ARAYA PEREIRA

40 AÑOS

TÉCNICO CON MENCIÓN EN VESTUARIO

DUEÑA DE CASA

GUANAQUEROS



FIESTAS PATRIAS EN PUNILLA, IV REGIÓN

Al sur de Coquimbo se halla un pueblo para muchos inexistente, olvidado y desconocido; un pueblo ignorado como tantos en nuestro país en donde se vive y se bebe la savia misma de nuestra tierra y de nuestras más profundas raíces. Aunque geográficamente está cercano al mundo progresista del cual muchos disfrutaban, su conexión real se encuentra mucho más allá de la distancia física de la cual es objeto.

Este pueblo, inadvertido por la mayoría de los chilenos, se encuentra en el llamado "Norte Chico" en la Cuarta Región, pertenece a la comuna de Ovalle, en el valle transversal del Limarí, hacia el oeste; para llegar a él se debe tomar como punto de referencia el puente en altura que está en la Carretera Norte-Sur que da paso al famoso Parque Nacional "FRAY JORGE" declarado, además, RESERVA MUNDIAL DE LA BIOSFERA. Desde este puente por camino interior paralelo a la carretera se

debe dirigir hacia el norte unos cuantos metros, allí se encuentra un diminuto letrero con su nombre "PUNILLA".

Punilla es un pueblo que vive lentamente, muy lejano del frenético y vertiginoso deambular de las grandes ciudades, su gente es sencilla de buenos sentimientos, desconoce muchos de los adelantos tecnológicos y sociales que carcomen al mundo moderno, viven en COMUNIDADES AGRÍCOLAS son personas muy trabajadoras, su día comienza con el respunear de los rayos del sol y termina cuando éste languidece en el ocaso.

Para ingresar a él, se debe tomar el camino de tierra que serpentea entre lomares cubiertos de arbustos, sauces, quiscos, hermosos sandillones, manzanilla y unos cuantos huertos frutales ubicados en las quebradas, único lugar donde se obtiene el agua en este inhóspito paisaje. Muchos de ellos han logrado realizar unos piques o norias para extraer agua con bombas, todo esto financiado por medio de fondos concursables gubernamentales; también se pueden apreciar verdes triguales de secano acamados por la brisa que en verano da respiro a esta calurosa tierra; de vez en cuando se divisa una casa a lo lejos, solitaria entre los verdes y bucólicos parajes combinados con la flora y la fauna del lugar. En los alrededores de este pueblo y debido a sus verdes montañas se establecen aquí majadas; es común ver cabras, cabritos y caballares pastando por sus cerros y llanuras hasta que llegue el momento de regresar a su "madre cordillera" a la cual vuelven sagradamente cada año, generalmente en noviembre o diciembre.

Continuando el sendero, se toma el desvío a la izquierda el cual nos muestra la belleza que esconde este lugar, que en ocasiones se torna desértico a no ser por algunos solitarios árboles que se

dibujan a lo lejos como espejismos de un caminante delirante y ansioso de llegar a su destino, en invierno este paisaje es diferente no solo por el verde reinante sino porque comienza el azote del invierno, el frío penetrante y las lluvias copiosas para esta zona no acostumbrada a estos fenómenos de la naturaleza, que transforman los polvorosos caminos del verano en lodosos charcos de agua que hacen muy dificultoso su transitar, no habiendo otro camino se resignan a casi el total aislamiento con los pueblos y ciudades de los cuales dependen ya sea por motivos de trabajo, de estudios o de salud.

Cuando ya se comienza hacer interminable y tediosa la aventura, se esboza a la distancia un humilde campanario, es el de la iglesia del pueblo está tan deteriorada que se cae a pedazos; a medida que se avanza éste se deja ver en toda su deprimente, pero altiva sencillez, esto indica que por fin hemos llegado a este pueblo casi olvidado de DIOS o mejor dicho de las autoridades de turno; conseguir información geográfica de él es una odisea, casi no se encuentra en los mapas. En él se encuentra una pequeña escuela construida hará unos seis años más o menos y de la cual los "punillanos" se sienten orgullosos, es en este lugar en donde se realizan casi todas las actividades importantes del pueblo; sus actos alusivos a una fecha histórica, cursos de capacitación agrícola, nivelación de educación básica y las reuniones que de vez en cuando realizan las autoridades y en la cual están presentes casi todos los representantes de cada comunidad. Allí los alumnos cursan hasta 6º año básico luego deben emigrar a otros pueblos o la ciudad de Ovalle para continuar sus estudios básicos y medios alejándose así de sus seres queridos en busca de un mejor futuro tanto para ellos como para su pueblo, sin antes derramar más de alguna lágrima por dejar ese regazo que por

toda su corta vida los ha acunado. También existe un jardín infantil y una pequeña posta de atención primaria de salud.

Para la diversión de su gente se encuentran pequeños lugares que al ritmo de rancheras, cumbias y otros estilos musicales sacan cada fin de semana a los pobladores de su laboriosa y agotadora jornada bajo los abrasadores rayos del sol de la tarde o de la escarcha fría que penetra en los huesos al amanecer, sea cual sea el caso unas cuantas chelitas, otras tantas cañitas de vino y una compañera para compartir el merecido descanso son la receta que esta sencilla gente de campo utiliza para alejarse de la temible "depresión" tan común en las sociedades modernas; en EL SAPITO", uno de estos lugares, no hay espacio para la tristeza, los achaques de la vejez ni para los dramas familiares y económicos que son pan de cada día aquí se olvidan todos estos males, es más, no se les permite ni siquiera asomar la punta de la nariz, pareciera estar escrito en forma invisible "Prohibido entrar".

En este pueblo que tuve la divina gracia de conocer es donde se sitúa mi historia, no es la gran historia pero quiero plasmar en ella todo lo maravilloso que encierra el campo, en especial cuando se mira con los ojos del alma ; no tengo memoria de cuándo fue la primera vez que lo visité y sin proponérmelo se convirtió en mi soñado paisaje por su paz, por la naturaleza que te despierta , te impregna de su magia y te deja dormir en su cálido vientre; allí conocí gente muy especial, entregan un cariño que cala las fibras más duras y profundas de nuestro ser, cómo poder olvidar mencionar la apacible existencia de dos hermanas que viven en un lugar conocido como "Punta del Viento", en mi mente están grabadas las imágenes de dos ancianas octogenarias: la tía Hilda y la tía Emilia (así les gusta que las llamen) viven

solas, demasiado lejos del pueblo, sus únicos compañeros son un perro que lleva por nombre "Respeto", otro que nunca supe su nombre y que me sorprendió a ver que comía brevas, unas cuantas gallinas y pollitos, un añoso pimiento, unas cuantas plantas que atesoran a pesar de la escasez de agua y de su ya desmejorado estado de salud ... y su sustento primordial: un pequeño ganado caprino, Su cariño hacia nuestra familia es profundo y recíproco son de esas personas que nos hacen pensar que, a pesar de todo, la vida vale la pena vivirla sólo por el hecho de conocerlas y sentir su calor, de saber la valentía con que han enfrentado la vida en esas soledades sufriendo fracturas, parálisis de su cuerpo, principios de trombosis una sordera avanzada, topaduras de chivatos y otras tantas enfermedades que enfrentan solas, cuidándose la una a la otra, pero ellas se resisten a dejar este lugar donde se sienten libres y son felices de verdad; se levantan al amanecer, sus tareas y horarios no varían mucho, menos la hora de tomar el mate, su día termina a las seis de la tarde ya que a diferencia del pueblo, que tiene luz eléctrica desde hace muy poco, ellas por lo retirado del lugar y en caso de urgencias deben recurrir a las velas, es por eso que aprovechan al máximo la luz solar; mi familia regresa continuamente a verlos ya que se han hecho de nuevos amigos sin por ello dejar a sus antiguas y queridas abuelitas, acuden a ellas a su primer necesidad, yo por el contrario por motivos de salud no he podido ir a verlas pero mi corazón siempre está con ellas.

Una de las últimas ocasiones en que pude visitar tan hermoso lugar fue el año 2003 para la celebración de " Fiestras Patrias" en esta ocasión todo me parecía diferente Punilla era uno de los tantos pueblos que se cuelgan a la Carretera Panamericana y en el cual, como pocas veces, se notaba su presencia. Las personas

van y vienen envueltas en un halo de festividad y patriotismo, en estas fechas su gente pareciera no tener grandes diferencias; neófitos y adelantados se entienden en un coloquio verbal gestual que traspasa las barreras del vocabulario incomprensible en otras ocasiones, los más pobres se fusionan con los más pudientes sin encontrar diferencia alguna: todos actúan bajo esta regla tácita, regla fantástica en que todos son iguales, en donde el silencio te habla, el viento te envuelve y te despeina, en donde la brisa roza tu piel con la más simple de las sutilezas, en donde el sol resplandece con más brillo que de costumbre porque hoy es el aniversario de "La Independencia de Nuestra Patria", de nuestra libertad ganada con la sangre derramada por nuestros ancestros para que nosotros hoy sepamos qué es libertad y podamos gritarla al mundo en honor de todos aquellos valientes que la forjaron, es por eso que también se conmemora el "Día de las Glorias del Ejército". Aquí todo es uno, hay que celebrar la Independencia de nuestro país, de este largo, angosto y acogedor pedazo de tierra que el omnipotente señor en su magnificencia de este pequeño pero grandioso país llamado CHILE, el cual es GRANDE porque su gente lo ha hecho grande a fuerza de ingenio, de empuje, trabajo esfuerzo y mucha tenacidad. La alegría que inunda nuestros corazones parece como si fuera a explotar y con ello derramar en este paisaje todo el orgullo que se funde en nuestras almas, es poderoso y encantador: se siente el aroma de las añañucas rojas y amarillas que brotan desde el fondo de esta tierra al igual que los huilles y otras flores que emergen desde su letargo para festejar junto a nosotros histórico suceso.

Mis padres, mi hermano, mi hijo y yo llegamos el diecisiete de septiembre, primero pasamos a ver a las abuelitas estaban muy contentas por nuestra presencia y porque tenían visitas con quie-

nes pasarían estas fiestas, después de un momento nos despedimos ya que debíamos dirigirnos a nuestro verdadero destino. Al llegar, nos recibieron con gran algarabía, el ambiente invitaba a festejar, las radios encendidas en casi todas las casas tocaban a todo volumen las guarachas, cumbias, tonadas, rancheras, etc., y por supuesto las infaltables cuecas: nuestro baile nacional; aquí todo comienza antes las ramadas ya están listas, los improvisados locales de expendio de chicha, cerveza, tintolio, las ricas y jugosas empanadas, el pan amasado y otras exquisiteces, también está preparado el lugar en que año tras año se utiliza para las ya famosas y concurridas carreras a la chilena y los juegos populares.

Don José, quien nos invitó a pasar estas fiestas junto a su familia, es hijo adoptivo de una de las abuelitas, un hombre humilde pero emprendedor. Su casa está dominada por mujeres: tiene cinco hijas, es dirigente de casi todas las entidades del pueblo, él las hace de todo, en estas ocasiones comienza mucho antes de las fechas oficiales. Antes de que cante el gallo, don José ya ha carneado, descuerado y vaciado mas de veinte cabritos y a veces más, según lo que le pidan, separando las azaduras que en ocasiones son su única paga por tan ardua labor, antiguamente también separaba el cuajo de los cabritos de leche muy apreciado por los cabreros porque lo utilizaban para cortar la leche con que hacían los riquísimos quesos. Hoy en día, no es necesario ya que por orden sanitaria deben utilizar el llamado "cuajo de botica" que es mucho más higiénico pero para los entendidos en sabores campesinos, éste no reemplazará nunca el sabor de un queso con un buen cuajo de cabrito.

Ya es hora de empezar una pesada tarea, él junto con mi padre y otros campesinos comienzan a faenar el chanco, jamás había

visto tanto trabajo para obtener la carne de este animal. Se hacen hervir fondos y fondos de agua, una vez que el "matarife" ha hecho su labor y el chancho está muerto lo ponen sobre un enorme mesón y comienzan a ponerles paños con agua hirviendo para que se suelte la cerda y puedan pelarlo con más facilidad, pero todo tiene su técnica ya que el paño debe ponerse el momento justo para que no se pase y de esta forma no se recoza el cuero y se pegue aún mas, todos se quejan del cansancio y de las quemaduras proporcionadas por el agua caliente, terminado esto comienzan a rasurarlos con máquinas de afeitar desechables (la música no para ni los vasitos de vino tampoco) luego el matarife se encarga de vaciarlo y confirma que el animal está en buen estado ya que los años de experiencia y la sabiduría traspasada de sus ancestros les dan la seguridad de afirmar que esta carne puede ser consumida con total tranquilidad por el ser humano. Luego comienzan a trozarlo con la ayuda de los demás que están exhaustos pero unas buenas cuecas, un buen vaso de chicha les hará recobrar las fuerzas para continuar la trabajosa tarea, y esto es en verdad prácticamente el principio ya que deben hacer arrollado huaso, paté, chunchules, manteca, prietas, etc., y debe quedar listo ahora para que se venda lo más luego posible, esta es una ocasión en la que se aprovecha también para recaudar ingresos para la escualida situación económica de la familia que vive principalmente de los pololitos que don José pueda realizar y cuando no los hay, se las busca en el campo para que no falte la comida en su hogar.

Por su parte en cada hogar las dueñas de casa con sus hijas y cuantos hayan en ella que puedan ayudar comienzan a hacer las empanadas, aquí en esta familia nos sentimos muy a gusto, somos parte de ella, trabajamos codo a codo y con gran entusias-

mo, todos nos repartimos las tareas; unas lloran por el jugo de la cebolla y el ajo que les tocó picar, otras preparan la harina y calientan la grasa para la masa, otros u otras según disponibilidad de tiempo pican la carne de cabrito la cual se unirá a la cebolla cuando ésta ya esté frita formando el pino, la dueña de casa, sabia en estos manjares, le agrega su secreto guardado de generación en generación que hace que el sabor de sus empanadas se diferencie de las demás y que la gente las prefiera, otras se encargan de cocer los huevos y partarlos, también deben echar a remojar las pasas para que estén más blandas y preparar las aceitunas; una vez formado el pino se comienza a sobar la masa de tal forma que quede blandita, se deja reposar unos momentos mientras, generalmente un hombre, pero a falta de éste una mujer, prepara el fuego en el horno de barro en donde se cocerán, ya que si no es ahí no son verdaderas empanadas de campo y no quedarán sabrosas como se espera; una vez recalentado el horno comienzan las mujeres, niños niñas y cuantos estén desocupados a preparar los bollos, todos tropezamos con todos. Para los pequeños es parte de la diversión, para los adultos es toda una tradición que año a año rememoran, disfrutan y aseguran que esta será la última vez que lo harán ya que tiene mucho trabajo pero llega el nuevo año y sin darse cuenta están comenzando todo otra vez. En tanto la dueña de casa, doña Guillermina, elige la gallina que será la cazuela de mañana. Debe matarse hoy para que repose y quede más sabrosa (secretos de campo, yo lo llamo sabiduría popular), ponen a hervir el agua la matan y comienzan a desplumarla y faenarla, todo esto sin dejar de lado las empanadas. Cuando los bollos han tomado su tiempo, toman los usleros y a veces botellas a falta de éstos y comienzan a hacer las hojas mientras otras las van rellenando. Cuando tienen una cantidad suficiente para llenar el horno preparan las latas, las

enmantequillan o les espolvorean harina flor para que no se peguen y luego con un palito de fósforo limpio, u otro palo, le hacen unos tres orificios en la parte superior y con una pluma de gallina que esté limpiecita la embetunan arriba con huevo suavemente mezclado y... AL HORNO!! Se esperan unos veinte a treinta minutos según el calor del horno y ya están listas, ¿ojo! Hay que revisarlas de vez en cuando para que no se quemem, una vez sacadas del horno hay que limpiarlas para su mejor presentación y para que se vean mas apetitosas; mientras esto sucede, se rellenan las siguientes y así hasta que por fin se acaban, todos quedan agotados pero valió la pena tanto trabajo: cada uno de ellos tiene en su boca una deliciosa empanada de campo hecha en horno de barro y por sus propios manos y descansan mientras toman onces, pero la tarea no termina, falta por preparar el borgoña, el asado de cabrito típico en estas tierras, la buena cazuela de gallina de campo, la ensalada a la chilena con sus buenos tomates extraídos de la propia tierra y la refrescante y tan saludable cebolla de pluma también arrancada de su propia huerta, el pebre cuchareado con todos sus secretos que no se pueden contar, el consomé reponedor, las papas cocidas con cuero, etc. Pero eso quedará para mañana, ahora a tomarse unos buenos traguitos para amenizar la conversación y luego a dormir ya que mañana hay que levantarse muy tempranito para continuar las labores que quedaron pendientes ¿¿Ah!! Se me olvidaba lo más importante e impactante y no me equivoco al decir que para mí fue lo más emocionante, me sobrecogí tremendamente y me sentí orgullosa de ser chilena y más chilena de lo que aún soy cuando en medio del ajetreo vi flamear nuestro pabellón patrio, nuestra gloriosa bandera nacional enarbolada en cada casa del pueblo y mucho más en las planicies o detrás de los lomares, en donde se situaba una casa en la soledad y en la distancia se erguía

majestuosamente, ondulante y cadenciosa mi bandera, será para muchos incomprendible pero esta gente olvidada en los senderos de Dios se sentían más chilenos que nunca ya que no necesitaban ninguna visita ilustre ni aparecer en los mapas para demostrarse a sí mismo que la sangre chilena fluye por sus venas con la fuerza de mil caballos encabritados en donde muchos de nuestros próceres y otros tantos desconocidos valientes cabalaron en pos de la independencia, con esa imagen me acurruqué a mi hijo y me dormí.

El día comenzó muy temprano, el sonido de la música nos despertaba, parecía como si recién nos hubiésemos acostado pero estábamos listos y expectantes, era el gran día "18 de Septiembre", nos esperaba mucho trabajo y muchos momentos agradables: el acto cívico-patriota a realizarse en la escuela del pueblo el gran asado familiar las carreras a la chilena, etc. Comenzamos el día llenando nuestros estómagos tomando un buen desayuno con un rico pan amasado recién hecho, las ricas empanadas de ayer recalentadas a las brasas y luego todos a trabajar: primero nos pusimos a hacer el aseo, toda una odisea ya que éramos demasiadas personas para una casa tan pequeña y se hacía difícil ordenar, pero como se dice en el campo: "La Casa Es Chica, pero el corazón es grande". Terminado esto todos nos abocamos a preparar las comidas lo más rápido posible sin descuidar ningún detalle. En cosa de minutos se pusieron a cocer las papas con cueros, a picar la cebolla y el tomate para la infaltable ensalada a la chilena con el perejil picado, la sabrosa y aromática cazuela de gallina de campo que tiene un sabor inigualable, el pebre cuchareado que con solo olerlo abría el apetito, se ponía a hervir el agua con canela y azúcar y se dejaba enfriar para después agregarle el vino blanco y los duraznos en cubitos dejándolo

reposar para que se confundan los sabores y dé como resultado un cabezón y delicioso borgoña. Se terminaron de preparar las ensaladas restantes y por último se aderezó la carne de cabrito y la de chanco para asarlo a la vuelta del acto al que iríamos todos, ya que una de las hijas de don José participaría en él. En todo este ir y venir, más de alguien se encargaba de los clientes que venían a comprar arrollado, paté, pan amasado e incluso huevos de campo, sin antes ofrecerles un vasito de vino como atención de la casa, después de un minúsculo descanso y de unos cuantos traguitos para alegrar la tarea y relajar los músculos nos pusimos nuestra mejor pinta y nos fuimos al esperado acto.

Cuando llegamos a la escuela (a unos 30 mts de la casa) estaba repleta de gente, cada unos con sus mejores atavíos, otros con sus verdaderos trajes de huaso (sus caballos estaban amarrados afuera del recinto) los artistas se paseaban por la pequeña escuela buscando a sus padres que irían a verlos, había de todo: chinas, huasos, diabladas, chilotes, nortinos, rapa nui, mapuches y hasta don Mateo de Toro y Zambrano con toda la Primera Junta Nacional de Gobierno incluida, el único profesor de la escuela oficiaba como maestro de ceremonia e iniciaba el acto con una breve reseña del por qué se celebran estas fechas y de su importancia para el país y daba paso a cada número artístico que con tanto esfuerzo habían preparado los niños. Terminado éste el público aplaudía, especialmente cuando uno o más de sus hijos participaba en él: así pasó el acto de baile en baile, de poesías recitadas con gran sentimiento, de grupos de cantores, de la obra cúlmine que levantaron los niños sobre la creación de la Primera Junta Nacional de Gobierno y por supuesto se terminó el acto con unas cuantas cuecas bailadas por los alumnos y los presentes, al terminar todos aplaudían a rabiar abrazando a sus hijos felicitándolos por lo bien que lo habían hecho. Luego de esto y

de unas cuantas conversaciones y presentaciones regresamos a casa a la hora precisa para preparar el asado. Mientras los pocos hombres que habían se dedicaban al asado, nosotras preparábamos la mesa, poníamos música, ofrecíamos un traguito a los asadores y por qué no decirlo a nosotras mismas, si total estábamos de fiestas y a los niños, bebidas o jugos: no tardó mucho en estar listo el asado pero nadie estaba dispuesto a perderse la sabrosa cazuela por lo tanto comenzamos por ella, casi sin darnos cuenta ya nos la habíamos engullido y dábamos pasos apresurados al asado con sus ensaladas, pancito, vinito, chicha, borgoña, etc. Según uno quisiera, todo esto amenizado por música y una buena conversación de sobremesa. Las horas pasaron volando y ya se hacía tarde, debíamos dejar todo limpio antes de ir a las carreras a la chilena que ya estaban pronta a empezar. Mientras nosotras nos apurábamos en estos quehaceres, los hombres fueron a dormir la siesta, esta vez demasiado cortita ya que no había mucho tiempo.

Ya todos emperifollados nos subimos a la camioneta de mi padre y enfilamos al lugar donde se realizarían las carreras; estaba un poco nerviosa ya que el camino se me hizo demasiado largo y nuestros anfitriones nos habían dicho que era cerquita, sólo que me había olvidado, como buena campesina, que lo cerquita en el campo no lo es tal. Por fin llegamos, todos estábamos contentos y entusiastas, en realidad lo que vi allí no lo había visto nunca antes era otra fiesta en que la primavera mostraba todo su esplendor para hacer mucho más emotivo este 18. El lugar era una loma que dominaba el paisaje, las llanuras cubiertas de flores se perdían en la lejanía, eran interminables kilómetros y kilómetros de verdes trigales donde raramente se intercalaba un árbol; cada casa que se avistaba a la distancia era un nuevo culto al patriotismo, una bandera flameaba a lo lejos ahogando mi corazón de tanta emoción.

El lugar estaba colmado de gente con sus aperos de huaso; habían muchos caballos, uso ensillados y otros no, presumí que estos últimos correrían ya que estas carreras en la mayoría de los lugares en que las he visto las corren a pelo, algo me resultó llamativo e inexplicable aun hasta hoy: una enorme cantidad de automóviles, entre ellos, camionetas, tractores, sedan, furgones, etc. Y la mayoría de ellos eran nuevos, tal vez es normal sólo que me imaginé que encontraría el lugar plagado de caballos y éstos, si bien eran hartos, eran una minoría ante los autos estacionados allí. Llamativo también eran las cantidades de familias que realizaban una especie de pampilla en este lugar, viéndose correr niños por todos lados unos elevando volantines; otros jugando al trompo a la pilluca (en algunos lugares conocida como la pallalla) al luce, a saltar la cuerda, al vinagrillo (saltar la cuerda en forma muy rápida), otros tantos preparándose para las pruebas de los juegos populares que pronto comenzarían. Mientras todo esto ocurría yo no me quería perder ni un detalle de lo que estaba pasando, de esa forma prácticamente tenía un ojo aquí y otro allá. Es así como me percaté que a la distancia, en medio de la soledad y la frescura del viento que a esa hora ya comenzaba a soplar con gran fuerza debido a lo alto del lugar, había un caballo amarrado a un solitario árbol, el único tal vez en toda esa planicie ya que algunos se esbozaban muy a lo lejos casi como fantasmas entre los trigales, este árbol estaba no muy retirado y aunque deseaba acercarme, no era posible ya que me perdería la fiesta a la que vine y de hacerlo me hubiese pillado la noche; su tronco era de poco grosor pero lo suficientemente fuerte para resistir los tirones de un brioso potro entero que corría y se encabritaba como caballo salvaje e indomable. Me quedé embelesado mirándolo y cada movimiento era más hermoso que el anterior, era grande, de proporciones estéticas maravillosas, de una galanura que cualquiera hubiese envidiado, su color negro bri-

llaba, todo en él hacía pensar que sería un excelente semental. Después de este lapso volví entera a la fiesta, vi que todos se divertían con los concursantes que tratando de ganar terminaban revolcados en el suelo reclamando y despotricando en voz baja; fue entretenido ver las carreras en sacos, los pies amarrados, la carretilla humana, el huevo en la cuchara, etc. Todo esto me recordó mi infancia en mi querido pueblo, pero no hubo tiempo para la tristeza porque ya comenzaban las carreras de caballo, todo era alegría música, tragos, empanadas, pan amasado, cervezas. Bebidas, confites y una alegría indescriptible en los niños y niñas que pululaban en el lugar y en los adultos que se comportaban como verdaderos niños.

Para ver las carreras con más claridad, mi familia, nuestros anfitriones y algunos amigos subimos a una loma más alta en donde había mucha gente buscando lo mismo que nosotros, no perderse ningún detalle, algunos apostaban por el caballo que según ellos les ganaría al contrincante porque tenía más fuerza o eran sus dueños y confiaban ciegamente en su corcel; comenzaron las carreras y las personas aplaudían, gritaban, saltaban, animaban al jinete, azuzaban al caballo, etc. Hasta que terminaba y allí quedaba un desconcierto para mí, unos felices por que había ganado y otros tristes porque no tuvieron suerte; así transcurrió la tarde de carrera en carrera, de alegrías en alegrías porque al final de todo esto era una fiesta y se habían venido a pasarlo bien y eso fue lo que hicimos. El sol se ponía y todo terminaba sin antes bailar unos buenos pies de cuecas pero de las verdaderas, carentes de toda coreografía, ellas salían del cuerpo, del alma misma, aquí los pañuelos no tenían que moverse de una forma determinada, sino que ondeaban al viento como si fueran una bandera, las miradas coquetas, los vestidos arremangados, los zapateos y la feminidad de la china llenaban todo el lugar, mientras que el

huaso hacía lo suyo, con gran porte paseaba a su dama, la correteaba y hacía resonar las brillantes espuelas de plata heredadas y reservadas para una ocasión especial como lo era ésta; volaba por los aires y su manta se alzaba con el viento; fueron muchas las parejas que salieron a bailar pero ya se hacía tarde y comenzamos a regresar a casa trabados de frío, con mucha hambre, pero con el corazón pleno de alegría, todos parecíamos niños y comentábamos durante el viaje lo que nos había parecido más gracioso. Inmersos en esta plática no nos dimos ni cuenta cuando ya estábamos en el hogar ahora comenzaba un largo y merecido descanso. Esta vez sin tiempo ni horario para su final, sólo que don José no regresó con nosotros, lo haría más tarde ya que se había quedado un ratito compartiendo con unos amigos que no los había visto hacía tiempo y que luego lo irían a dejar, a la mañana siguiente me enteré que había llegado muy entrada a la madrugada y doña Guille estaba molesta por eso.

Al llegar a casa lo primero que hicimos fue prender fuego para poder hervir la tetera, recalentar las empanadas y pancitos que aún quedaban, unos trozos de asado que quedaron del almuerzo y de paso abrigarnos un poquito; luego de esto comenzamos a tomar onces y conversar un ratito mientras esperábamos a don José. El tiempo pasó raudamente y casi sin darnos cuenta otro asado se cocía en las brasas y el borgoña se encargaba de abrigar los cuerpos y de refrescar la memoria, ya era de noche, era tan cálido el pequeño espacio que las palabras fluían casi sin pensar, se hablaba de todo un poco e incluso se conversó de los tiempos que mi padre siendo muy pequeño se fue a trabajar a la cordillera como arriero junto a unos cabreros del pueblo y de cómo tuvo que sortear el frío, el temor a que el león bajara y les matara unas cuantas cabras y el peligro que ellos mismos corrían sin

tener más para defenderse que una especie de rifle "espérate un ratito". Mi madre y mi hermano relataban por su parte las razones de cómo dejamos nuestro pueblo para emigrar a un lugar solitario y desértico a unos cuantos kilómetros de Guanaqueros y del como lo convirtieron en un verdadero vergel. Así se sucedían una historia tras otra como la de la señora Guille y de cómo conoció a don José y se enamoraron, de su primera vivienda de ramas y barro construidas por sus propias manos junto a las abuelitas y que hoy está en ruinas sin techo y que se la lleva el viento y que el más mínimo temblorcito la precipita a tierra; así fue pasando la noche, yo estaba cansada y tenía mucho sueño, convidé a mi hijo que también estaba igual y nos fuimos a dormir, yo con la oculta tristeza de no poder continuar tan amena charla ya que me encanta escuchar historias de las personas mayores, son muy entretenidas y uno va descubriendo facetas desconocidas de sus actores, pero no contaba con que el sueño me vencería.

Era un nuevo día, 19 de Septiembre, despertamos tarde, no había mucho que hacer, sólo pasear por el pueblo que tiene dos calles: una larga y una corta, visitar la huerta , relajarnos después de tanto ajeteo, escuchar música y beber de vez en cuando unos traguitos con los amigos que iban a visitar a don José y por la tarde ver la flamante Parada Militar. El día pasó con la parsimonia del campo y llegó la noche, esta vez se compartió con los últimos resabios de vino que quedaban, pero nos fuimos a acostar temprano ya que mañana debíamos regresar a nuestra casa antes de almuerzo.

Todo comenzó aquel día de manera muy apresurada, era 20 de septiembre, tomamos desayuno casi corriendo, arreglamos el

equipaje cargamos la camioneta, anotamos los últimos encargos y en un santiamén nos despedimos de toda la familia, agradeciendo su invitación y hospitalidad, luego tomamos rumbo a donde las abuelitas, en un abrir y cerrar de ojos nos despedimos prometiendo pronta visita y comenzamos el largo y fatigoso regreso a casa, mi hijo se durmió en el camino, todos regresábamos dichosos y en especial yo porque viví una experiencia que aun hoy me emociona; lo más tragicómico de todo esto es que todo lo rico que se preparó yo no pude comer absolutamente nada ya que desde antes estaba enferma : colon irritable, por lo tanto me tuve conformar con mi dieta blanda, mis fideítos secos, mi arrozito con azúcar y mis sopitas livianas, aunque comí un poco de lo preparado lo más livianito pero me hizo mal y tuve que soportar las molestias tomando agüita de yerbas para calmar el dolor, de nada sirvió sin embargo no importaba, lo que viví allí valía la pena cualquier sacrificio y sé que a pesar del cansancio, el ajetreo y la premura con que se debió regresar, mi familia y yo no olvidaremos jamás esas fiestas patrias ya que naturaleza, patriotismo y felicidad se conjugaron en ellas, claro que al día siguiente apenas nos podíamos mover, cada centímetro de nuestros cuerpecitos nos decían estuvo "bueno el carrete".



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LUIS GUILLERMO BRUNA ZAPATA
58 AÑOS
MAESTRO CONSTRUCTOR
SAN FELIPE



LAS AVENTURAS DE REPITENTE

CAPÍTULO I

Nació a los pies de un cerro, de una familia rural muy pobre, pues eran seis hermanos, los cuales estaban muy mal alimentados.

Su madre flaca tenía muy poca leche materna y a su vez habitaban en un hoyo del cerro del sector.

Una vez que creció un poco, empezó a aventurar fuera de su hogar y a conocer el mundo exterior como: pájaros, animales, insectos y al hombre que por curiosidad se fue acercando para conocerlo mejor, pues le llamó la atención que caminaba en dos patas.

Dentro de sus aventuras, llegó hasta una escuelita rural, tentado por el olor a comida de la colación del mediodía, entró equivocándose de ruta y por coincidencia entró a un parvulario.

Uno de los niños descubrió su presencia y le agradó, llamando a sus compañeros y a su educadora aludiendo que era bonito y chiquito.

La tía al ver el animalito, expresó su desaprobación para que este siguiera en el parvulario, despidiéndolo de la sala, razón por la cual los pequeños se pusieron a gritar, llorar y patear para que este nuevo amiguito no se fuera del recinto.

Pensó y recapacitó diciendo: "Él se queda, pero no le cuenten a nadie que lo tenemos aquí, mientras tanto le daremos de comer parte de nuestra colación".

Fue creciendo mes a mes, pero cada día su presencia era más notoria, hasta que un día el Director del Colegio inquieto preguntó:

¿De quién es ese perro?, pues en el colegio no debería estar y habría que echarlo a la calle. Esto no dejó de ser el detonante para que los niños nuevamente hicieran toda clase de berrinches, gritos y llantos.

La educadora se vio en la necesidad de explicar al director lo que pasó con el animalito.

Viendo esta situación, el director resolvió dejar al perro en el colegio, entregando instrucciones de aseo y alimentación de él, para provecho y entretención de los niños.

Este nuevo amigo, cada día se hacía más popular en el Colegio, pues salía a recreo junto con los niños, jugando con ellos y a su vez era el guardia de seguridad, porque en el día protegía a sus

compañeros de los más grandes y por las noches cuidaba el colegio en general.

CAPÍTULO II

La felicidad y el bienestar del perro no podían ser mayores ya que era alimentado a diario dos veces, también tenía un techo asegurado para el invierno y un aseo corporal todas las semanas efectuado por los niños y las tías.

Cuando sacaban los niños a caminar o a pasear fuera del colegio, este amigo debía de asistir junto a ellos, pero para él era un privilegio.

En una ocasión fueron de paseo a la playa, lugar que él desconocía, pero fue una jornada agradable y feliz, se mojó sus patas con las olas que iban y venían, persiguió a las gaviotas que bajaban a la arena.

De regreso, vencido por el cansancio, se durmió casi todo el camino, pero se sentía feliz.

Un día en un acto del colegio nuevamente creció la incertidumbre de nuestro amigo, cuando el señor Alcalde de este pueblito rural preguntó: ¿qué hace este perro acá?, pues debería de estar afuera. Entonces el director se llenó de excusas y explicó a la autoridad la situación del perro dentro de los gritos y pifias de los asistentes al acto.

Una vez recibidas las explicaciones, la autoridad comentó: "había que hacer un programa de canoterapia para los niños con este perro, por lo tanto, planificaremos la alimentación e higie-

ne, el cual se integrará como miembro honorario del colegio". Posteriormente el Alcalde preguntó: ¿Cómo se llama el perro para agregarlo al programa municipal? Y uno de los alumnos manifestó: Señor Alcalde como el perro lleva tres años en el colegio y en el mismo curso. ¿Por qué no le ponen el nombre de Repitente?

CAPÍTULO III

En cada actividad que había en el colegio, el primer asistente a los pies de las autoridades o junto a los pequeños era Repitente.

Durante las horas de clases en el Parvulario, nuestro amigo se ubicaba bajo las mesas de la sala y gozaba de un reparador descanso después de los agitados recreos.

En los actos cívico militares, durante el desfile del colegio, él daba la pauta, pues salían los portaestandarte marchando, luego en segundo lugar por supuesto para Repitente, luego el director, profesores y alumnos.

Cada día Repitente iba ganándose la simpatía, popularidad y respeto del pueblo. Además durante varios años pasaban por su curso generaciones de compañeros, unos emigraban a otro colegio, otros seguían estudiando en esta misma entidad educativa rural.

¿Quién lo dijera? Después de nacer pobre como cualquier quiltro fue adoptado, pasando a ser conocido como un gran personaje en el parvulario, en el colegio y en el pueblo.

Por sus aventuras y heroísmo, Repitente también pasó a ser incluso tema periodístico de la provincia, pues los niños aprendieron mucho de él y él de los niños.

CAPÍTULO IV

Fueron pasando los años y la vejez también les llegaba a los animalitos, a la vez Repitente tomó una costumbre de sentarse temprano en la mañana en el portón de entrada al colegio a esperar a sus compañeros de sala.

Hasta que un día nuestro portero y guardia no apareció, lo buscaron por varias partes hasta llegaron donde alojaba, pero se dieron cuenta que Repitente había muerto de viejo, durante el sueño nocturno en su acogedora casita a los catorce años.

El colegio ese día no se sintió con ánimo de hacer clases y el director manifestó: "En vista del duelo que hoy nos invade, sepultaremos a Repitente en el jardín del colegio, para recordarlo con el cariño que siempre le tuvimos".

Con el tiempo, la sepultura de Repitente fue motivo de visita de los niños, dejándole flores, juguetes o adornos, hasta una cruz le hicieron.

El jardín y la sepultura fueron preocupación constante del alumnado y a pesar de la ausencia de Repitente este sector pasaba lleno de plantas y bellas flores.

Un día un alumno dijo: "Señor Director, fíjese que en el patio de mi casa, mi mamá tiene botado un perro de yeso parecido a

Repitente...". La autoridad dijo: "Se lo podíamos pedir para colocarlo sobre la sepultura y quedaría como un lindo recuerdo".

Llegó la estatua de yeso y entre los profesores y alumnos la arreglaron y pintaron igual a Repitente, colocándola junto a la sepultura.

Hoy los apoderados que van a dejar a sus hijos al colegio, les cuentan sobre la vida de Repitente y de paso acarician el lomo del perro de yeso sintiendo nostalgia, ya que fueron compañeros de curso... de Repitente.

EPÍLOGO

Un día llegó una vecina al colegio que tenía una perrita que tuvo varios perritos por supuesto hijos de Repitente, pero había uno igual a Repitente, así que el director se lo pidió y este llegó al colegio causando alegría de profesores, alumnos y apoderados, luego le pusieron el mismo nombre del padre, quien dejó su herencia consistente en un nombre (Repitente), una casita, alimentación, responsabilidad sobre los alumnos pequeños y un hijo cachorro.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

MORELIA VALDÉS ORELLANA
57 AÑOS
DUEÑA DE CASA
ISLA DE YÁQUIL



TOTITO

Vamos, hombre, insistió su superior. ¿Dónde fue que te quitaron la pistola? Preocupado, pensaba tal vez. ¿Quién la tendrá?

El joven carabinero no se atrevía a contar la verdad; verdad que lo avergonzaba y lo atemorizaba, no quería perder su pega, eran tiempos difíciles y las buenas pegas no abundaban.

Los carabineros cabalgaban bajo el sol de fines de noviembre por esos caminos del Rincón de Yáquil, agrestes y bellos olor a hierba tierna y a flores silvestres; la brisa cálida les envolvía como mano amante.

Aún no recuerdas hombre ¿dónde fue?

Pucha, mi cabo, la verdad que no me acuerdo.

Malo está, pues, vamos a tener que interrogar a algunas personas, a ver si sacamos algo en claro.

El subalterno tragaba saliva y con voz baja dijo: Sí, mi cabo. Pensaba lo cobarde que era.

Dijo el cabo: ahí viene un hombre, le vamos a preguntar si sabe algo.

A ver, a ver, hombre, párate un ratito, te queremos hacer unas preguntitas. ¿Qué sabís del robo de una pistola a un carabinero?

Totito era inocente, como un niño y fantasioso, con menos cerebro que un pollo; no encontró nada mejor y de hombre valiente que enfrentarse a los pacos y sin titubear les dijo: ¡Yo, yo tengo la pistola!

El cabo muy serio le dijo, pues, hombre, la tenís que entregar, si no vas preso, después que te saquemos la creta a palos por robarle la pistola a una autoridad.

Los carabineros bajaron de los caballos y tomaron a Totito con energías pues era un tremendo mocetón y lo sentaron a una pirca de piedra a orilla del camino. Ya hombre, canta, ¿dónde tenís la pistola?

¡Porey!, dijo Totito.

El cabo, nervioso ya, dijo ¿dónde es porey?, le dio unos cuantos palos: el pobre Totito no sabía lo que era caer en las manos de una autoridad prepotente, que no se daba cuenta que el mocetón era retrasado de facultades mínimas por la epilepsia.

La cara de Totito, de mejillas rosadas, estaba tomando el tinte de la granada, con chispas de sangre, donde le golpearon la cabeza. Empezó a asustarse y a comprender que los pacos no estaban jugando; pero terco como una mula, seguía echándose la culpa.

El subalterno, callado, cobarde, no se conmovía con la inmola-ción que le hacían al pobre tonto, no decía la verdad.

El cabo volvió a preguntarle al mocetón, en medio de vitupe-rios, palabrotas y amenazas ¿Dónde tenís la pistola? y más pala-brotas y tortazos por donde le cayeran.

El hombre medio aturdido, respondió: Porey, indicando con una mano así la casa de don Bernardo, el administrador del fun-do de los Cancinos.

Los carabineros lo levantaron. Totito temblaba, su rostro ensan-grentado y la espalda adolorida, caminaba con dificultad, en-contraba el camino demasiado largo.

Desde la casa, don Bernardo divisaba la silueta de los carabineros que venían con un hombre sujeto de los brazos y los caballos de tiro. Se dio cuenta que era Totito, hacía poco rato que lo había mandado a comprar al almacén de la plaza, pensó don Bernardo ¿qué habrá hecho este pobre tonto? que vienen los carabineros con él. Luego dijo: Nada, qué va a hacer si este pobre es más sano que un niño y no tiene malas costumbres. Se rascó la cabe-za intrigado y se alisó la barba.

Llegaron los carabineros preguntando por el dueño de casa, sin soltar a Totito. El cabo sabía quién era don Bernardo, se sabía de su rectitud y su gran fe y amor por las cosas de Dios, no en vano

era amigo del presbítero Marcelino León, dueño de la hacienda de Yáquil. Por tanto él no podía usar su prepotencia.

Aquí estoy, cabo Bustamante, ¿qué pasó con Totito? Si lo acabamos de mandar a comprar, algo que le faltó a la señora para cocinar.

Don Bernardo dijo el cabo; es que aquí el carabinero que me acompaña; éste hombre, mirando duramente a Totito, le robó la pistola y dice que por aquí está.

¡Pero, cabo, por Dios! Si este hombre sale sólo cuando nosotros lo mandamos a comprar, no es como todos, es un niño en cuerpo de hombre, él es inocente, a nadie le hace mal. Su madre me lo encomendó de niño, yo soy responsable de él.

Don Bernardo miró al subalterno a los ojos, con mucha sinceridad y le preguntó con firmeza, ¿está seguro que le robaron la pistola? Al parecer la historia es otra; los trabajadores comentaron al desayuno, que ayer domingo era la fiesta de las frutillas; con la borgoña y el ponche, un carabinero perdió los estribos y no supo ni de la pistola. Con las niñas que compartía bailó, comió y bebió hasta quedarse dormido; luego las muchachas le escondieron la pistola, para hacerle una broma.

Aquí nos reunimos las familias para esta fiesta; pero hijo, no hay que perder la cabeza, ni menos la compostura, sobre todo cuando se trabaja por la ley, para después no hacer daño a personas inocentes.

Don Bernardo llamó a un trabajador de confianza; le habló aparte, pidiéndole que acompañara a los carabineros a la casa donde

remolió el subalterno, diciéndole que le dijera al dueño de casa, que iba de parte de él.

El joven carabinero, avergonzado, se deshacía pidiendo disculpas, alegando no recordar nada, quizás la primera noche de remolienda y la falta de experiencia lo tumbaron.

El cabo lo increpó duramente por no decir la verdad y hacerlo quedar como un tonto delante de don Bernardo, al cual caballerosamente le pedía las más sinceras disculpas por el castigo que le proporcionaron a Totito y por las molestias causadas.

En cuanto a Totito, le tomó tanto miedo a los pacos, que estuvo harto tiempo sin salir, ni siquiera a ver a su mamá. En el fundo los trabajadores a diario, entre broma y broma, se reían mucho. Totito se enojaba por las tantas burlas y tomaba su tongo, lo tiraba al suelo y saltaba sobre él diciendo; por las reverendas cuarenta mil ochenta.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

108

LIDIA MANSILLA VALENZUELA
HUALPÉN



NOCHE DE SAN JUAN

Los grandes ojos de Juan contemplaban la escena sin alarma, con ingenua curiosidad, erguido el cuerpo, la cabeza ladeada, como si estuviera venteándose. Apenas había visto quince veces renovarse el brote de los árboles y cuanto la naturaleza ofrecía era un motivo de alegría, se maravillaba de cuanto veía, los temores de lo sobrenatural un libro abierto donde aprender.

Ahora disfrutaba el espectáculo de la preparación de la fiesta de San Juan, el santo llorón, (que junto a San Manuel y San Pedro se celebran en junio), mes de lluvias; las que a veces aguan la fiesta.

Desde el cobertizo advierte la llegada apresurada de sus parientes por el camino del bosque, moviendo los brazos para advertir a los de la casa su presencia. La mayoría cargados con víveres y chuicos de vino.

Algunas mujeres iban por el agua al manantial cercano. Otras miraban los campos hasta donde sus ojos alcanzaban a divisar; las que trajinaban en los quehaceres domésticos corrieron atemorizadas a ocultarse en el interior de la cocina cuando retumbó el primer trueno.

Los hombres con su abuelo casi centenario observaban los rayos, lamentando el temporal que se desencadenaría más tarde; desde las bodegas, oían al anciano contar las idas y venidas del coludo en las noches de San Juan.

Ahora reinaba allí el ajetreo del mediodía, los fatigados camaroneros de la víspera, gozaron del catre hasta tarde, se desperezabáanse, para soltar luego los músculos en juegos de lucha.

Por fin apareció su hermano que estudiaba en la ciudad, vio cómo atravesaba la cerca con el aliento entrecortado por el cansancio, a una distancia relativamente larga; el auto que lo trasladaba, una acequia terminó con el combustible.

— ¡Chiquillos! ", llamó la dueña de casa en voz entrecortada por el viento que se introducía en su boca, al gritar desde la puerta de la cocina. El rostro de estos reflejó una mirada cómplice, que los transformaba.

Juan pintaba para ser el dueño de casa, al faltar su padre, dicen que fue por ir a mirar la higuera, y al desafiar al diente de oro, por echarle un vistazo a los ojos, no vio el ciruelo quebrado por un rayo, que se desplomó encima.

Llegó sangrando, los ojos extraviados y sin decir palabras falleció, en brazos de su hijo. Este apenas si logró soltar el atado de leña que acarreaba a las mujeres para terminar el caldillo que servirían al desayuno, cuando el hombre cayó a sus pies.

Ahora en recuerdo del fallecido se reúnan la familia y también por los cumpleaños.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

JOSÉ FIDEL CID URRRA
 43 AÑOS
 PROFESOR DE HISTORIA
 QUILLECO



¡¡¡EL "CELEBRO" NO!!!

¡¡Ayayaicito!.. exclamó, entre apurado y nervioso... el café se
 ● derramó sobre la mesa y el líquido se confundió tras la som-
 bra del azucarero...

¡No te preocupí, "tonto de moledera"!.. ¡Ya!.. prepárate otro para que luego te vayai a dormire, mira que mañana tempranito tení que estar aquí de nuevo —expresó doña Remedios, añosa vecina del sector oriente de Quilleco, nacida y criada a la usanza campesina; (se cuenta que ella, que vive sola en su casa, pero acompañada de sus hermanos, que son sus vecinos; juntos habían hecho fortuna haciendo "pacto con el Diablo", se decía qué riquezas tendría, pero no marido ni hijos... Gran cantidad de ganado tenía "en media" con sus familiares; si así sufría en su soledad, por lo menos nada le faltaba o le podría faltar...).

— Recuerda Facundo que mañana es la fiesta de San Francisco y hay que tener toíto prepara pa' atender como tatita Dios manda

a los invitaos... ¡¡Oye!! Hay que tenere la comía, el vino y las cantoras listos pa' pisar el sembradío del trigo aquel. Y hay que hacerlo de mejor manera que el año pasao... mira que la cosecha fue pobre. ¡¡¡Me estai escuchando "hijuna"?!! — le gritaba doña Remedios desde su dormitorio para hacerse oír ante el volumen de la radio que se cimbraba sobre el velador a compás de la canción "El de las botas negras".

— ¡Sí, ñõra! No me apure el tranco, que yo sé lo que hay que hacer... no es la primera vez que hago esa cuestión, poh —respondía Facundo, mientras silbaba tratando de seguir la música de la radio...

La fiesta de San Francisco se celebra en los distintos sectores de Quilleco cada 4 de octubre; es toda una tradición en que se baila sobre la siembra de trigo, se hacen brindis para lograr una próspera cosecha, y luego se continúa una fiesta de celebración al santo con un "convite" a los distintos invitados y expresión de otros parabienes". Se hacía con mucho respeto y devoción por "San Panchito".

Facundo, soltero empedernido, alias "El gallo choro", amigo del trago y amigo de los amigos, lo único que había aprendido en su escuálida "etapa estudiantil" en el colegio "Francisco Bascuñán de la localidad fue leer con dificultad y escribir malamente y el amor por el fútbol que su tío Julio se lo había inculcado; a sus 28 años vivía al alero de unos tíos en la población "San Lorencito", pero gran parte del día lo pasaba junto a doña Remedios, mal que mal "la vieja gruñona", le "tiraba unas monedas", fuera de la alimentación, cada fin de mes: por tal motivo Facundo también era reconocido, en sector de Quilleco alto,

como "el hijo del culebrón", apodo que le desagradaba de sobremanera pues con el diablo él no deseaba nada, todo lo contrario le tenía un enorme temor, pero eso a sus amigos correrías no se lo podía confiar... su orgullo y la posible vergüenza de choro empecinado se lo impedía...

Esa tarde había llegado temprano en su bicicleta (la querida "chancha rucia", por el color que tenía; compañera desde su juventud y a la cual le había hecho algunas modificaciones para reconocerla "desde lejos" por si se la "levantaban" ...); rápidamente ingresó a la casa, presintiendo que iba a llover...

Mientras tomaba el café escuchaba las quejas de expresiones de doña Remedios, su segunda mamá..., su "patrona" (la vieja jodía, "cabeza de ajo", cuando no la soportaba); sin embargo, estaba trabajando en su predio desde los doce años, un años después que sus padres se lo habían encargado a sus tíos.

— ¡¡Oye!!, cuando te vayas, no olvides cerrar bien las trancas, pero antes anda a ver al gallinero por si hay algunos huevos pa' que pueda mañana hacer una rica tortilla ... ¡Ah! Y llévale altiro comida al "Tripas" pa' que la corte de ladrar por hambre y me deje dormir esta noche. (El 'Tripas" era un animal muy dócil, incluso juguetón a sus años, muy bueno para comer, por lo mismo había que calmar sus reclamos con comida o se pasaba toda la noche ladrando... doña Remedios desde años lo sabía)...¡Y tómate rápido tu café!

— ¡Ya, ñora!, ¡¿No ve que está caliente?! —respondió Facundo, mientras se aprestaba a salir pronto del lado de doña Remedios...

Al rato volvía con los huevos y los dejaba sobre la mesa...

— ¡¡¿Le diste de comer al "Tripas"?!!, ¡¡No te olvidí cerrar bien las trancas!.. y ándate ligerito porque la noche está amenazando con lluvia... ¡¡No se te vaya ocurrir salir a "chivatear" con la vagabunda del bajo..!!!

— ¡¡No, ñora!!, quédese tranquilita, mi viejita, yo mañana estoy tempranito por aquí, ¡¡Voy a llegare desayunaooo!!!

— ¡¡Oye!!!, no se te vaiga a ocurrir tomar el atajo del cementerio, mira que en estas noches apunto de llovere los muertos aprovechan de salir de sus tumbas y cruzarse en el camino de los lesos desprevenidos... agarrándoles del pelo y arrancándoles el "celebro" sin que se den cuenta y quedan como tontos "ayecahües", con los ojos vidriosos para siempre, sin derramar ni una lágrima ni hacer sonrisas hasta el fin de sus días... recuerda lo que pasó al finao Ernesto por dárselas de encachao!!! (decía eso doña Remedios mientras elevaba la voz y emitía un bostezo). — Recuerda que mañana hay que atendere de lo mejor a San Francisco.

— ¡¡Salga con sus leseras pa' otro lao, pueh!! — respondió Facundo tratando de no ponerse más nerviosos; tomó su chaqueta de mezclilla y su gorro de lana... ¡¡Buenas noches, mejor será!!!, cerró la puerta y se marchó.

Mientras iba en su bicicleta, recordaba que desde niño siempre escuchó historias relacionadas con el cementerio de Quilleco, de muertos, espíritus y fantasmas con las que se amenizaban las noches cuando alrededor de la mesa se reunían sus familiares "más grandes".

Esa noche era particularmente muy extraña, tenía apariencia de llover; las nubes se agrupaban y luego se separaban dando paso a la presencia de una gran luna con su luminosidad plateada y fría que otorgaba un aspecto tétrico; sin embargo, Facundo no deseaba sentirse desamparado en medio de la posible lluvia y "apuró el paso" acortando camino por una huella que pasaba por el sector nororiente del cementerio; sabía que entrando en el primer tramo de la huella existían unos pinos a cada lado..., luego había que bajar para cruzar un puente sobre el pequeño estero y enseguida subir una cuesta y seguir un sendero rodeado de pequeños aromos y pichenes... ¡¡¡Chuuch...,!!! ¡¡¡Mierda!!!, ¡¡¡El "celebro" no!!! — gritó con fuerza; un escalofrío recorrió todo su cuerpo y sintió que una mano helada de alguien le agarraba la cabeza, tirándole el pelo y el gorro de lana... aceleró el pedaleo de la bicicleta y pasó sin darse cuenta sobre aquel pequeño puente hasta caer estrepitosamente antes de subir la cuesta... ¡¡¡El "celebro" nooo!!! — gritó Facundo— tratando de recomponerse. Con mucho temor y un descontrolado nerviosismo miró hacia la entrada del sendero (la noche estaba extrañamente clara y la luna estaba justo encima de él) y lentamente mientras sus manos y pies se resbalaban en el barro, tratando de levantarse, logró observar a lo lejos su gorro de lana que colgaba cimbrándose de una rama de un pino que cubría la huella... le volvió el alma al cuerpo, y sintió oír a doña Remedios que le decía: ¡¡Recuerda que tení que estar mañana temprano aquí pa'atendere a San Francisco!!!, ¡¡¡Oye!!!, no se te vaiga a ocurrirre tomar el atajo del cementerio.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

116

LUIS SAMUEL CAMPOS PINTO
41 AÑOS
HORTICULTOR
SAN PEDRO DE LA PAZ



PEDRO PABLO, SANTO

Yo le dije a don Chito que sacáramos no más los porros* antes del Santo, que este año iba a ser lluvioso y el agua se iba a dejar caer temprano, pero él con su calma de siempre y como con desprecio me dijo que no, que este año iba a ser seco, que en todo caso el agua no llegaría tan alto, que ni en el invierno más lluvioso que hubo casi como treinta años el agua subió tanto. Me acuerdo clarito cuando se lo advertí, junto ahora me acuerdo, ahora que el agua ya me entró por las botas y veo hasta donde llegó la inundación. Don Lalo perdió todo el cilantro temprano que sembró en la arenita y pa' que decir de los otros que más lo que se lamentan. Además me dijo que de ser así el agua baja casi siempre al otro día, así por lo menos los porros no se alcanzan a cocer, incluso aventuró a plantar ese cuadro de achicorias más abajo que son más blandas pa' la humedad; en todo caso me dijo, como pa' ponerse el parche antes de la herida que

* Puerros

antes del Santo sacaría los cultivos del bajo y que los porros ya tenían buen grosor y que Pedrito, que nació justo pa'l 29 de siempre había tenido suerte para celebrarle su cumpleaños gracias a las pocas siembras de invierno que aquí se dan. Bueno, los rábanos que son mucho más rápidos se alcanzan a sacar sin apuro antes de las primeras subidas y así nos vamos acercando poco a poco del pajonal a la casa, que está cerca de la calle. Eso a mí me gusta porque así puedo saludar a la Charito cuando sale pa' la U y cuando regresa; incluso cuando llega más temprano y sale pa' la huerta como a despejarse, le busco conversa por detrás de los corrales cosa que don Chito no nos vea y no vaya a creer que seguimos con la tontera. Porque ahora sí que me echa con todos mis piojos. Aunque lo de aquella vez fue cosas de niños. Claro que a mí me gustaría que ella no me quisiera como un hermano, aunque... claro, no se va a fijar ya en mí. Ella tiene mucho más mundo y el próximo año se va a titular. Yo sé que ahora me mira como con lástima, con cariño pero con lástima. Aunque siempre ha sido tan atenta conmigo. Cuando me invita pa' las fechas importantes se encarga de darme el plato más grande. Yo creo que con esas cosas me agradece todo lo que he trabajado por ellos. Cuando le fui a hacer una peguita a Don Aurelio, él me dijo que gran parte de lo que esta familia tenía me lo debían a mí. Bueno, yo soy casi de la familia. De Don Chito no voy a esperar agradecimiento alguno con lo terco que es, aunque sé que en el fundo reconoce lo alenta'o que soy. Una vez Don Genaro que estaba alcanza'o de pega decía que le gustaría tener un secretario como yo pa' tener las siembras al día como Don Chito y Don Chito no dijo nada en contra mía. Yo sé que a pesar de ser tan duro conmigo igual me estima.

Don Genaro me dijo un día que me fuera con él, que incluso me haría un sueldo todos los meses y descansaría los domingos y que él mismo me acompañaría al Sur a buscar a mi familia. Yo estaba medio decidí'o, pero, como me lo pidió la Charito no me fui. Don Chito no me lo pidió de frente de puro orgulloso que es. Pero aquí no lo he pasado mal, tengo mi comida segura y una pieza cerca de la casa donde duermo tranquilo.

La señora Francisca me dijo que don Chito había hablado que esta temporada me iba a poner la luz y el agua adentro, con un baño igual al que ellos tienen. En el fondo ellos son mi familia y les agradezco harto que se hayan compadecido de mí, me hayan traído y criado, aunque no me hayan manda'o a la escuela, total salí bueno pa'las cuentas.

Como don Chito pensó que ya no podría tener más hijos que la Charito, me puso el nombre de su padre y cuando nació Pedrito dicen que me quería cambiar el nombre para reservárselo a él, pero en fin; para que ambos no nos llamáramos igual le puso Pedro Sebastián en honor a su padre y al Santo de Yumbel a quien visita sagradamente los veinte de enero para cumplir con el agradecimiento por concederle a su hijo. De modo que la vida de la casa está bien apegada a los santos; pa' qué decir pa' San Francisco; a su señora la celebra como una verdadera patrona, con decir que todos los años deja aunque sea un pedacito de tierra pa' sembrar un poco de trigo o de avena pa' zapatear por partí'a doble pa' los dos franciscos de octubre.

Cuando Don Chito se cambió, como muchos de aquí, de la pesca a la hortaliza, le prometió a su Santo Patrono venerarlo por siempre por haberlo acompaña'o en tantos momentos difíciles en la mar.

El agua ya se entibió un poco y es mejor sacarse las botas y ponerlas al sol, cosa que si hay agua pa'l día de la procesión, como el año pasa'o, me las pongo un poco oreadas más que sea. De aquí a la tarde alcanzo a tener paqueteados los porros que están más sumidos, ya que mañana habrá bajado bastante como para que los de más arriba no se cuezan.

De seguro que hoy pasará por aquí la señorita Inocencia a saludarme como siempre y a preguntarme cómo estoy pa'l Santo a pedirme como siempre que haga de acólito pa'la misa. Será tanto la estima que me tiene esta linda veterana que dice que no hay nadie más que yo con carácter y moral para cumplir ese papel. Y de paso me aconseja que sea firme anta la tentación de la carne y que, como ella, no me case, y que no le haga caso a las intenciones de Don Chito que, según ella, dice que me quiere buscar compañía.

Ella cree que yo no sé que en su tiempo anduvo saltando los cercos con varios de por estos lados. Pero lo cierto es que casi creo lo que ella cuenta con tanto entusiasmo y devoción; eso de que en la procesión de hace como siete años atrás, mientras ella miraba el paseo del Santo por el río, vio una figura transparente parada a mi lado. Fue tanto el alboroto que armó esa vez que hubo muchos que dijeron haber visto algo, incluso todavía muestra a quien le cuenta unas fotos que tomó, que según ella se ve clarito; aunque debo reconocer que yo no veo nada. Y Don Chito como todo lo echa a la burla dice que ve cosas por falta de hombre.

Ahora Don Chito no podrá seguir rellenando el pajonal pa' aumentar las siembras. Dice que ahora se llama humedal y que está protegido por un acuerdo que hicieron varios países por el año

del ñauca, que la inundación de este año fue a causa de los rrelenos. Otros dicen que fue a causa de la represa y que por eso ahora se inundaron lugares que nunca se habían inundado; en fin; él dice que a todos los de aquí los van a parar sólo por ser chicos, pero a los que están tapando el agua allá arriba pa' construir esas tremendas mansiones nunca les dicen nada; que además van a recuperar hasta donde llegan las totoras pa' construir la carretera y ahí nos va a llegar al pihuelo con las hortalizas.

Pasado mañana ya es la procesión, el agua está bajando rápido y las pérdidas no van a ser grandes. De seguro esta es obra del Santo que quiere que vayamos con más entusiasmo a pasearlo como él se merece, junto a los pocos pescadores que aquí van quedando.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LUIS ARMANDO CURIMAN MARICÁN
38 AÑOS
AGRICULTOR
TEODORO SCHMIDT



UN AÑO NUEVO, CON COSTUMBRES DIFERENTES

Había una vez en un sector rural, muy apartado de la ciudad, un joven llamado José. Este joven fue adoptado por su abuelita.

Se cuenta que al momento de nacer este niño, su madre verdadera falleció. Esa abuelita lo crió con mucho cariño, pero con gran pobreza. Se dice que lo crió con mamadera de harina tostada, porque no había leche, ni dinero para comprarle alimentos. Cuando ese niño creció, la abuelita lo puso en una escuela de ese mismo sector, pero muy lejos de su casa. Pero sí, este niño tenía 10 años cuando entró a primer año básico.

Después de varios años, le dijo a su abuela, que se iba a salir del colegio, puesto que no le iba muy bien en sus estudios, y que mejor se iba a quedar a trabajar para la casa. No muy contenta, la abuelita aceptó esta proposición de José, porque la situación económica era mala en ese entonces.

Se dice que este niño comenzó a trabajar y ayudar entre sus vecinos, donde comenzó a recibir su primer dinero, donde después decidió irse al pueblecito más cercano. En ese entonces, compró tantas golosinas, que se le olvidó la oferta que le había hecho a su abuelita.

Mientras ella lo esperaba con ansias en casa, para recibir la oferta de su hijo. Pero lamentablemente nada la llevó.

Cuando este joven ya tenía 18 años de edad; se enamoró de una niña de la ciudad, por lo que viajaba siempre para poder mirarla. Pasado los meses, comenzaron a pololear. Esto agravió tanto a la madre de esta jovencita, que hizo hasta lo imposible por separarlos, puesto que ella no quería a José, porque era mapuche, y de situaciones económicas diferentes a las de ellas.

La joven de la cual estaba enamorado José se llamaba Eliana.

Cuenta la gente que era una joven muy bonita, de cabellos rubios, ojos verdes, muy alta y delgadita; además muy regalona de sus padres y buena para estudiar. Pero se enamoró de este muchacho del campo.

Pasado los meses, Eliana estaba embarazada. Cuando supo esto su familia, la echaron a la calle sin nada. Solo con un hijo que, el cual ella estaba esperando.

Sin tener nada más que hacer José, decidió irse junto a ella al campo, para que allá formaran una linda familia. Tampoco esto era muy agradable, de que un mapuche, se casara con una chilena, pero al ver la abuelita de José a Eliana, que lloraba tanto, decidió prestarles su ayuda.

Así comenzaron una nueva vida.

Eliana tuvo que aprender muchas costumbres mapuches. Como por ejemplo, celebrar el WETRIPANTU (el año nuevo mapuche), en el cual un día 24 de junio se reunieron todos los vecinos en la noche, haciendo pruebas con las papas, en la cual había que pelar una papa entera, otra a la mitad y la última sin pelar. La cual se tiraba debajo de la cama, y a las doce de la noche, había que sacar una de las papas completamente a oscuras, por lo que después se la entregaban al más antiguo (al cacique, el cual les decía el significado).

Otra prueba que había que hacer, era la de cuidar una higuera, y a las 12 de la noche había que esperar que floreciera, y el que tomaba la flor, iba a ser rico.

Esta prueba tuvo que hacerla José y Eliana, la cual estaba a punto de mejorarse de su hijo.

Cuando de repente, el 24 por la noche Eliana sacó la papa sin pelar; lo cual produjo en los vecinos una tremenda alegría, por lo que todos gritaban que ellos, iban a ser ricos. Luego, en la madrugada, la abuelita hizo que Eliana se bañara en una laguna, porque de esta manera tendría buena suerte y prosperidad, puesto que San Juan bendecía las aguas.

Se cuenta de que el hijo de Eliana nació el 25 de junio en la madrugada, después de haberse bañado en la laguna.

Por lo que este niño trajo mucha alegría en ese hogar. Por su parte, José siguió trabajando en el campo. Eliana aprendió a hacer muchas cosas, como: arar, sacar leche al pie de la vaca,

pelar mote, hacer muday, catutos; pues todo esto se decía que sabía hacer Eliana, porque era todo lo que había aprendido de la abuelita.

Este matrimonio tuvo dos hijos más, en total ya eran tres; estos niños que tuvieron entre ellos, fueron a estudiar a una escuelita rural, por lo que cuenta la gente que a sus hijos los llevaban en hacha, y en una bolsita le llevaban los zapatos lustraditos. Por lo que eran los únicos que tenían sus zapatos limpios en aquella escuelita de campo.

Cuando José decidió hacer su casa, para vivir solo con su mujer; cortó muchos junquillos y se hizo una ruca, la cual tenía un tremendo fogón, en el que cocinaba Eliana.

Se dice, que sus ollas y sus teteras brillaban de limpias, por lo que ella calentaba agua en un tarrito y la vaciaba después a su tetera.

Por las noches, se reunían junto a sus hijos, y tocaban una guitarra y cantaban con sus niños, así empezaron a llegar sus vecinos, con los cuales compartían unos ricos mates, con tortillas. Por lo que así, se ganaron espacios en esta reducción indígena.

Un día, Eliana tuvo que llevar a unos de sus hijos a la posta, al famoso control de niño sano, y de vuelta pasó a realizar unas poquitas compras, al almacén del pueblo, en donde compró: azúcar, detergente, grasa y pasta para zapatos; y finalmente pidió la cuenta. A todo esto, mientras el niño sentado en la puerta, había sacado un tomate, el más grande del cajón, y se lo estaba comiendo. La señora del almacén le dijo a Eliana, que tenía que pagar el tomate que se estaba comiendo su hijo,

por lo que Eliana tuvo que devolver la pasta de zapatos, para poder pagar ese tomate.

Se cuenta de estos niños que fueron muy inteligentes, pues trabajaban en familia, juntos los cinco.

Cuando lograron tener un poco de dinero, José compró seis planchas de zinc y se hizo una mediagua, con piso de tablas cepilladas, por lo que dicen que Eliana enceró el piso, y puso las camas de sus niños, por lo que todos sus vecinos le celebraban su casita y lo linda que ella la tenía.

Los niños cuando tenían como ocho años más o menos buscaban changles, callampas gargales, cazaban conejos, liebres y se las llevaban a mamá, para que los limpiara, puesto que después se iban a venderlos al pueblo más cercano. Todo el dinero que recaudaban se lo entregaban a sus padres. Ellos, ese dinero lo juntaban para que un día sus hijos salieran a estudiar fuera de aquel pueblito.

Eliana se dice que aconsejaba a los jóvenes para que siguieran estudiando, pero los mapuches no entendían que había que salir, puesto que para ellos su tierra era lo más sagrado, y vivir ahí era lo mejor.

Entonces, cuando el hijo mayor terminó su enseñanza básica, lo internaron en la ciudad, por lo que se veía llegar los viernes por las tardes, por lo que sus papás y sus hermanos lo iban a esperar, por lo que de esta manera los tres hermanos terminaron sus estudios.

El hermano mayor postuló a la Escuela de Carabineros, por lo que terminó recibíendose, y cuando se veía llegar al campo, todos los vecinos se alegraban al verlo.

El segundo de los tres hermanos fue un gendarme; y el menor de los tres se graduó de asistente de enfermería.

Cuentan que Eliana los animaba a que tenían que superarse día a día, puesto que desde chicos les leía libros como: La Cabaña del tío Tom, Papelucho, Gracia y el forastero; por lo que ellos siempre tuvieron hábitos de estudiar. Por otro lado, cuando ellos siempre estaban en la casa, andaban con ropa más o menos vieja, pero cuando salían el día domingo a la iglesia, casi nadie los conocía que eran campesinos.

Estos hijos ayudaron mucho a sus padres, y nunca se olvidaron del campo y de sus costumbres indígenas.

Por lo que un día vinieron a visitar a sus padres los tres hijos, y los invitaron a la ciudad. Eliana por su parte no lo podía creer. Juntó todo el dinero que había ahorrado en sus ventas que ella hacía en el campo, vendiendo: pie de limón, tortas, kuchenés, y empanadas; por lo que para los vecinos esto era novedad de que Eliana hiciera tantas cosas ricas y novedosas para ellos.

Con este dinero se fue junto a José y a sus tres hijos a la ciudad. La sorpresa más grande fue para José, puesto que sus hijos le habían comprado un tractor equipado, para que no sufriera tanto trabajando. Ellos le enseñaron a manejarlo, cuando trajeron el tractor todos los vecinos fueron a la novedad.

Se dice que José hacía cultivos y después ayudaba a todos sus vecinos, les enseñó a manejar y a trabajar en grupos, ayudándose unos con otros.

Por lo que también se cuenta que un día vinieron sus hijos y se lo llevaron a vivir a la ciudad, por lo que el tractor lo regalaron a la reducción indígena y la casa de Eliana la donaron como sede para que las mujeres se reunieran e hicieran dulces para poder venderlos, y por supuesto con las recetas de Eliana.

De esta familia, sólo se supo que José murió de pena. Que echó tanto de menos su campo, que se sintió inútil en la ciudad, encerrado y sin saber qué hacer. De Eliana, solo quedaron lindos recuerdos y buenas costumbres.

Colorín colorado, este cuento ha terminado.

ENSEÑANZA:

"Este cuento nos enseña que el amor, los valores, las creencias y costumbres, se pueden compartir.

Que la educación es importante. La fe en Dios es lo principal, y que nunca hay que olvidarnos de nuestro origen".



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

128

CARLOS FRANCISCO BOBADILLA SEPÚLVEDA
57 AÑOS
TÉCNICO AGRÍCOLA
TEMUCO



BERNE, EL SEMENTAL

En las vegas precordilleranas de Curacalco, allá en el Fundo Helvecia, a media tarde, un disparo rompió el silencio, el eco se fue internando entre los cerros.

Toda la apacible comarca sintió el tiro de carabina.

Al robusto "Berne" se le doblaron sus cuartos traseros, la sangre brotó a borbotones entre sus cuernos, acompañada de estertores, en todo su cuerpo.

La justicia de los hombres se había cumplido.

Don Ernesto, hombre afable, rubio, de escaso pelo, alto y macizo, de 130 kilos, vestido a la usanza cowboy, pasó al correo a retirar la correspondencia. La llevó a la camioneta, la revisó y dejó entre sus manos un sobre fechado en el extranjero, ansioso

lo abrió, contenía un parte matrimonial — una invitación desde Suiza— para asistir al casamiento de su única sobrina, el compromiso era tal, que venían incluidos los pasajes. No tenía forma de eludirlo, más bien, ya que hacían más de 15 años que no visitaba su tierra natal.

Dedicado a tiempo completo al trabajo y administración de su fundo ganadero, no se había dado cuenta cómo pasaron los años.

Luego de catorce horas de interminable vuelo, en el aeropuerto lo aguardaban su hermana y cuñado, para llevarlo hasta la granja en que ellos vivían, y que había sido de sus padres. Recuerdos nostálgicos eran el motivo de conversación. En el rostro de don Ernesto marcadamente se dejaba ver lo feliz que se encontraba.

El día se presentaba abochornado, los desnudos árboles otoñales daban sensación de desolación. En el redondo corralón, al centro se encontraba "Berne" amarrado de su argolla a un gran estacón.

Se acercó don Ernesto, lo desató acariciándolo, y lo incitó al ejercicio de poderío y pujanza. Los luchadores demuestran toda su fortaleza.

Don Ernesto comienza a flaquear. "Berne" lo aprisiona con su cabeza contra el estacón, se siente un crujir en su pecho, sus costillas ceden y revienta en sangre.

El Toro lo da vuelta, acariciándolo, lo lame, como expresando. ¡Hoy, yo fui el vencedor!



MARÍA JULIA ALVARADO M.

62 AÑOS

CALBUCO



TRADICIONES DEL CAMPO COSTERO DE LOS CANALES DE CALBUCO

Este relato empieza en la zona de los canales más bien en la zona de Daytao.

Antiguamente en esta parte de la costa se hacían mingas cuando se tiraba una casa o se cambiaba de lugar la casa era tirada por tres o cuatro yuntas de bueyes y todos los vecinos y vecinas llevaban harina, milcao o tortilla, azúcar, hierba para el mate y otros la carne o gallina o corderos para carnear los hombres trasladaban la casa y las mujeres cocinaban y los niños buscaban la leña y el agua también se hacía sierra cancato se partía un trozo de luma a lo largo por la mitad dejando la mitad sin partir también se partían palillos para afirmar la sierra se le colocaban atravesados enseguida se coloca la sierra con el palo 20 cms. más o menos se entierra en la tierra cerquita del fuego. Otra tradición será la noche de San Juan en la que se hacen pruebas; se cuentan chascarros y poesía y se buscan los entierros y se pone un balde con agua para ser bendecida por San Juan. Esa agua se guarda para pedir la bendición para las casas para que haya paz en la

familia. Otra tradición es llamar 3 veces a San Juan con un cordero en la espalda y se le pide que aumente al doble los animales que son de su agrado, dentro de la comida está el curanto y los chapaleles, el trigo pillejo, la mazamorra con leche, la mazamorra de habas con catutos de milcao o el pulmay de mariscos y el picante y el mallejo de papas, la harina tostada con linaza y las papas enterradas en el rescoldo. El charqui de pescado seco la cazuela de cordero con luche y los baemes de milcao seco al sol y el chupón de Achao con miel y la rica chicha de manzana con harina tostada, el mate de leche, con malicia y el café de trigo y el café de malta, la carne ahumada, el ajiaco y las morcsilla de coles y el trigo pelado con semilla, o sea, el mote de trigo y el mote de habas y de arvejas.

También había una tradición para sembrar. 20 familias empezaban todos a trabajar en la primera casa y terminaban de sembrar todos en la última. Se hacía una tremenda minga con bailes tradicionales como la cueca Cholota y valeses corridos y jugaban a la chueca al corre la guaraca y a la bura se contaban cuentos y cuando se trillaban con caballos y se molía el trigo con molino de agua. En la primer molienda se hacía una minga con unos tremendos panes que se horneaban en un horno de caja donde cabía un solo pan por eso era tan grande. Cuando degollaban un animal las presas se llamaban tumbas o tronchas por lo menos pesaban dos kilos.

Cuando alguien muere se le hacen novena. Son 9 noches de rezo y la última noche es remate, ahí la tumba más grande es para el fiscal que hace la novena y la familia da los agradecimientos personalmente o por mensaje.

En mitos y leyendas está El Trauco y El Caleuche y La Sirena.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
X REGIÓN DE LOS LAGOS

132

LEONEL CORONADO BARRÍA
41 AÑOS
OSORNO



LA TRILLA Y LA GOLAORA

Llegaba un nuevo día en la parcela, todo comenzaba de nuevo, el sol con sus escasos rayos asomaba en la cordillera anunciando la llegada de este día esperado, ya que cada año para esta fecha comienza la trilla en la zona. Todos los obreros se preparan para partir a eso de las 8:00 de la mañana, los caballos están listos para ser llevados a la cosecha, el tractor y la máquina funcionando listos para partir, todos los preparativos están a punto para iniciar la marcha. Hay mucho camino por recorrer, a unos 80 km de distancia hacia la cordillera queda la chacra donde tengo la siembra de trigo, unas 25 a 30 hectáreas, las cuales las comenzamos a trillar, día y noche se trabajaba antes que llegue el agua. Por eso todos acampamos aquí alrededor de una fogata son tres a cuatro días de trabajo. Nuestras esposas quedan solas aguardando nuestro regreso con toda la cosecha que hemos de lograr.

Todos nosotros, viejos compañeros de trabajo y el patrón igual se mezcla en el grupo, llegada la noche a eso de las 10:30 horas paramos las máquinas para descansar y comenzar al otro día.

Todos a prepararse para la noche, grandes fogatas para calmar el frío de la noche un café caliente y algunas malicias que el patroncito trajo debajo la manga. Pasaba una hora de descanso comienzo a relatarles algunas historias a mis amigos de esas que no se olvidan, todos listos para escuchar cada año historias divinas. Esta vez es la de la GOLAORA: La Golaora es una mujer que no tiene piernas y que se peina con unas largas trenzas que utiliza para volar. Dicen que es el espíritu de una mujer cuyo marido la engañó y ésta al saber que fue engañada por su marido se cortó las piernas porque no perdonó a su esposo y así se convirtió en la Golaora, y ahora cuando los maridos se alejan de su mujer por algún trabajo y se quedan a arrancar en algún monte cerca de la cosecha, la Golaora cuida de ellos para que no engañen a sus mujeres y por si alguno se le ocurre hacerlo le hace un mal y los deja medios paralizados y a la mujer que estuvo con el esposo la convierte en otra Golaora para que así le pueda ayudar a cuidar en otros lugares.

A don Floridor, este caballero era bien picado de la araña como se dice siempre, le gustaba andar por ahí molestando a las cabritas. Era un poco encachado el hombrón así que no le hacía na' de mal. Trabajaba en la parcela de al lado donde don Pepe y éste tenía una chacrita cerca de la mía y como era güena la tierra para sembrar trigo, entonces don Pepe ese año sembró toda la chacra, y cuando llegó la trilla le dijo a don Floridor que tendría que ir a cosechar él con dos ayudantes ya que don Pepe estaba escaso de plata para contratar más gente así es que se fue don Floridor y

sus ayudantes, a la trilla. Como ellos eran tan pocos obreros por lo menos tenían para toda una semana de trabajo o más si el tiempo los acompañaba. Estos eran medios flojones, ya que el patrón, es decir don Pepe, no iba pa' la trilla ya que su mujer estaba un poco delicada de salud. Así es que don Floridor sólo cosechaba hasta las 8:00 de la tarde y después se iban a descansar un rato para después irse al guliche de doña María que quedaba a unos tres kilómetros hacia la cordillera. Era bien oscuro la cosa pa' llegar así que se preparaban con un farol hecho de una vela para ir, y así no perderse en el bosque bien difícil de llegar.

Y dejaba un cuidador, para que se asegure de las máquinas y la trilla mientras ellos se iban a echar sus traguitos donde doña María. En este gulichito que tenía la viejita vendían una chicha bien buena la cosa, y también a veces había algún licorcito de esos del pueblo que eran medios carone sí la cosa, pero como era sólo una vez al año que se iba a esa zona, se echaba también sus traguitos de licor encima pa' calmar los dolores de espalda ya que don Floridor sus años tenía y la viejita le decía que se tomara unos traguitos de ese licor ya que era bueno pa' el romatismo según ella, pero yo creo que hacía sólo para vender la vieja pícarra, pero don Floridor le creía todo, pues era bien inocente el pobre, pa' eso de los remedio no más.

Entre todo eso pasadas las horas de pronto salió una cabrita desde la puerta de otra casucha que tenía doña María. No estaba na mal la cabrona según me contaron y don Floridor como era bien picado de la araña le echó el ojo al tiro a la chiquilla y le empezó a tirar lengua a la cabra pa' ver si picaba, pero a este viejo ya no le quedaron muchas energías, pero igual le hacía cototo, total decía, todo es pasarlo bien. Como la vieja de su mujer

estaba tan lejos ni se enteraría de las maldades de don Floridos. Bueno, esa noche quedó bien tomado y se fueron de madrugada pa'donde tenían las maquinarias para la trilla y a descansar pa' el otro día.

El segundo día dejaron bien avanzado la cosa de la trilla y se juntaron hartos sacos de trigo y buen trigo, para tenerlos listos cuando llegue el camión a buscarlos para llevarlos a la ciudad para hacer la harina.

Todos los otros días fueron iguales hasta el último día cuando ya no quedaba mucho trigo para cosecha, éste era el último día así que la cosa era terminar temprano para después echarse una lavanda en el estero para ir pa'donde la señora María a tomarse los últimos traguitos y a ver a la cabra que tanto le había llamado la atención. Pasaba la noche y con algunos grados en la nuca don Floridor se puso medio caramelón con la cabrita esta, y como andaba recién pagado la cabra no era nada de tonta, pa' después sacarle la paga así que se acercó al picado de la araña pa' pasarlo bien. Ya llegada la madrugada don Floridor y la peuca se fueron de la casa de doña María con rumbo desconocido hacia el bosque. Era una noche oscura y sin farol y con esos tragos cualquiera se perdía en ese lugar, los otros obreros que quedaron donde doña María dicen que lo que escucharon ellos al salir del guliche fue la Golaora que andaba por ese lugar, a la hora andaba cuidando a los maridos para que no engañen a sus esposas. De con Floridor no se supo más hasta el tercer día cuando los obreros y el patrón don Pepe comenzaron la búsqueda de este picaflor; pero mala fue su sorpresa que al encontrarlo en un barranco en el monte a unos kilómetros de donde había salido estaba todo acurrucado a un árbol y entumido y no hablaba casi nada,

ni él sabía cómo había llegado tan lejos, todo se daba a entender que era obra de la Golaora, que como don Floridor engañó a su esposa con la peuca esa, lo dejó así tullido y así nunca más volvió a caminar y la peuca no apareció más, dicen que la Golaora la convirtió en otra Golaora para que le ayude a cuidar a otros esposos para que no engañen a sus esposas.

Dona Juana, que era la esposa de don Floridor, lo perdonó, ya que era su viejito pero así nunca más volverá a engañarla, ya que así como lo dejó la Golaora ya no puede ni salir a la trilla; menso castigo a este picaflor, así es que hay que cuidarse de la Golaora que no hace mal a nadie que no haga mal antes. Por eso yo me porto bien con mi viejita y estoy tranquilo, y así pa' la otra le cuento alguna gracia más de este viejo y ahora a dormir que mañana hay que continuar con el trabajo que pa' eso nos pagan, y no pa' contar historias...



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA

ENEDINA HERMIDA
68 AÑOS
DUEÑA DE CASA Y PEQUEÑA AGRICULTORA
PUNTA ARENAS



LA MUERTE DEL TRAUCO

En la afrodisíaca isla de Chiloé, vivía un matrimonio formado por don Facundo y doña Matilde. Dios les dio una hija única, que llamaron Margarita, una hermosa joven de veinte años. Esta siempre salía a fiestas populares campesinas, mingas, medanes, acompañada de sus padres, en especial cuando iban a recoger leña, para alimentar la fogata, única calefacción donde se preparaban los alimentos. Pero una vez sus padres se enfermaron de una fuerte gripe lo que les obligó a "guardar cama" varios días. Margarita se vio obligada a ir sola al bosque a recoger leña. Sus padres les habían aconsejado: "No entres en el bosque sola, recoge leña afuera en los matorrales solamente". Era un precioso día soleado de primavera, extasiada por el trinar de los pajarillos de variadas especies terminó agotada, al terminar ya de preparar su viaje de leña.

Para descansar, se tendió de bruces en un pedacito de césped. Con el rélax del entorno, pronto se quedó profundamente dormida. Era un sueño de éxtasis y dolor, muy especial. Al despertar con asombro vio a su lado a un hombre de pequeña estatura vestido de quelineja. Un grito de horror: ¡AH, AH, AH! El hombre le guiñó un ojo y desapareció en el bosque. La joven dijo, ¡Dios mío!, estaré soñando, no es verdad, sólo ha sido un sueño. Rápidamente se levantó del suelo, levantando hacia sus hombros el viaje de leña ya preparada. Inició el regreso a casa, sus padres enfermos no se dieron cuenta que se había demorado mucho más que de costumbre. Pasaron los meses y notaron que su hija cambiaba de muy mal genio, dormía hasta tarde, pedía comida especial, como ser papas con color, chapaleles y una cazuela de gallina vieja. La señora Matilde le dijo a su marido: ¡Oye, viejo! ¿Te has dado cuenta? ¿De qué?, añade don Facundo. Esta muchacha está muy atrevida, me levanta la voz, y quiere que le haga comida especial. Sí, me he dado cuenta que está más gorda. Eso serán los años viejo. Y ¡dónde come tanto!

Pasaron los días y Margarita seguía más gorda, don Facundo empezó a sospechar y preguntó a su hija el porqué de su actitud bajo juramento. Ella decía, ¡Papá! no me pasa nada... El papá se vio obligado a darle unos varillazos por las canillas para hacerla declarar. Entonces ella le contó su sueño en el bosque. Doña Matilde irrumpió en llanto al mismo tiempo decía: ¡Dios mío! ¡Dios mío!; ¿por qué a nosotros? El Trauco viejo... el Trauco y lo peor es que el niño será un Miranda Miranda ¡nuestra hija está enferma del Trauco! Enojado, don Facundo añade, ¡deja de llorar mujer! No es la primera ni va a ser la última. Mientras viva el Trauco va a seguir siendo así, además le pones más agua a la olla y comerá otro más. El Trauco era casado, su señora se llamaba Fiura, era estéril y nunca le dio hijos a su marido.

Vivían en lo profundo del bosque junto árboles añosos donde crecía abundante quelineja, en el sur de Chiloé, era muy hacendosa y noble de corazón, ella misma preparaba sus trajes para ella y su marido. El Trauco falleció en el año dos mil cuatro, junto a su señora, con la tala de bosques e incendios forestales. A la edad de dos mil años; su señora Fiura jamás se dio cuenta de la infidelidad de su marido. Desde entonces todo hijo nacido de madre soltera, lleva el apellido del padre.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA

140

HUMBERTO CÁRCAMO VILLARROEL
PUNTA ARENAS



"SU MAJESTAD EL CABALLO"

La estridencia de un prolongado silbido rompe la quietud de la mañana. El zaino, que apaciblemente pasta en la verde pradera, levanta la cabeza en dirección hacia su amo que es quien lo llama desde la cercanía del campamento, que está ubicado a las orillas de un susurrador río de cristalinas aguas.

Dos carpas de gruesas lonas, más un rancho de latas viejas servían de cocina y dormitorios a la cuadrilla de alambradores que iniciaban su faena desde principio de septiembre hasta fines de abril de todos los años.

Henchido de gozo por la obediencia de la bestia, no escatima un puñado de azúcar que le ofrece en su mano izquierda y que cariñosamente es aceptado por el animal, actitud a la que estaba acostumbrado, porque el hombre lo ha practicado desde que el imponente caballo de hoy era potrillo.

José (Coche Mota) Báez, conocido en el ambiente campestre por ese apodo, siempre tenía los mejores caballos en su tropilla, de lo cual se enorgullecía.

"Juanito" llamaba a este bello ejemplar que en nada tenía que envidiar a un caballo de raza árabe, por su esbeltez y la elegancia, tanto por su estampa como por su forma de cabalgar en las praderas.

La yunta José y Juanito, hombre y animal, daban demostraciones de entenderse perfectamente bien. El hombre pequeño y muy delgado para el fornido ejemplar llevarlo sobre su lomo a este pedazo de carne humana era como llevar una pluma.

Los compañeros empiezan a salir de la carpa que levantaron en los campos de Laguna Salada, (República Argentina) en el límite con Chile, a una distancia aproximada de cinco leguas de la estancia Cerro Castillo, para iniciar su duro trabajo.

Después de Coche Mota, sale con su toalla bajo el brazo Basilio (el Paco) Olavarría quien rompe la escarcha del río con su hacha, no había otra forma de hacerlo por tener un espesor de más de una pulgada. La costumbre del lavado matinal, con cualquier temperatura, era una disciplina inquebrantable. El Mosca Seca le seguía los pasos igual que José (el Guata de Leche) Hernández que a pesar del frío sacó del río un enorme salmón que iría a parar a la olla para el almuerzo.

Una vez finalizada esta actividad comienza el desayuno. Como es tradicional en la Argentina, este consiste en cebar el mate para lo cual se usa la calabaza, yerba mate Taragüí, la pava de medio

litro y la bombilla, en lo posible de plata. En este momento es cuando se le da soltura a la lengua para el intercambio de ideas, aquí es donde se entrecruzan las vivencias, anécdotas, chascarros y otras entretenidas conversaciones mezcladas de risas picarescas y tallas.

Al traspasar la calabaza de un compañero a otro debe cuidarse de no decir: "GRACIAS", porque ello significa retirarse de la rueda.

Este desayuno es rápido, después los alambradores ensillan sus caballos con sus peleros, mandiles y bastos para iniciar sus labores en la roca misma, donde el hombre con fuerza y fiereza estrella la barrera contra la piedra haciendo saltar chispas hasta horadar lo suficiente para hincar incorruptibles postes de ciprés en una profundidad de hasta dos pies (24 pulgadas). Serán estos los que darán resistencia y sostendrán por años hasta siete hilos de alambres número ocho en largas tiradas de varios kilómetros, que dividen los campos, a fin de protegerlos y cuidar los pastizales para que ese alimento no le falte a los vacunos, lanares y caballares.

Mientras, los cóndores, que planean apaciblemente dejándose mecer por la suavidad de un viento moderado, observan desde la altura a los intrusos que merodean en la cercanía de sus nidos. Los trabajadores transpiran abundantemente, olvidando que en principio, debido al intenso frío, desde la pala, la barreta, el taldro, la californiana y todos los metales se pegaban en las manos.

Cuando la sombra producida por el sol caía vertical sobre los pies y el gruñido de tripas reclama alimentación, se regresaba al campamento para almorzar. La cuadrilla se abalanzaba sobre sus caballos y entre trote y galope llegan al rancho con alegría, siem-

pre observando que en la base exterior de los platos enlozados estaban las iniciales, S.E.T.F. (Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego).

El almuerzo para los hambrientos perforadores de la montaña virgen había sido exquisito. El plato de sopa con grandes tronchas de grasientas carnes de lanares con fideos y algunas papas trozadas. Como segundo plato porotos y bayos que debieron remojar la tarde antes. Con ello quedaban listos para un nuevo embate laboral.

Esta cuadrilla de laboriosos trabajadores de la agreste montaña se caracterizaba por su excelente comportamiento social ya que ante los ojos de los compañeros de estancia, se les admiraba como si fueran hermanos. Esto lo venían haciendo desde varias temporadas sin que en ellos jamás se les observara un disgusto y siempre entregaban sus trabajos a la perfección, lo que hacía que el administrador los apreciara y que para ellos siempre había un trato preferencial.

Su trabajo no sólo lo hacían con ganas, sino que además con mucho amor, por eso aprovechaban las bondades del sol desde cuando este apenas asomaba sus mostachos y en la tarde hasta que cesaba el concierto de los alegres trinos de toda la fauna y comenzaba el tránsito de chuchos, lechuzas y guairabos que salían a buscar su alimento. Este era el momento de acercarse al lecho que estaba hecho sobre horcones de roble y algunos cueros de ovejas que eran proporcionados por la estancia para el merecido descanso de las bien aprovechadas ocho horas.

La semana se hacía corta, entre otras cosas el domingo se lavaba la ropa, el Coche Mota en sus momentos libres se dedicaba a hacer prácticas de enlazar animales o a apilarlos, encontraba muy divertido hacerlos rodar por el suelo con sus dos patas delanteras hábilmente maniatadas desde la distancia con el lazo que él tan diestramente manejaba.

Las noticias llegan al campamento sólo cuando alguien acude al poblado más cercano por alguna diligencia especial, la compra de un buen caballo, saludar a algún amigo que no se ha visto por mucho tiempo o simplemente para tomarse un trago de caña argentina o un rico vino chileno de esos que se deslizan por la garganta como el más fino y delicado de los elixires gustativos.

Las veces que el Coche Mota salía del campamento los fines de semana, no daba cuenta a nadie del destino que llevaba, siempre decía: "VOY ADONDE EL VIENTO ME LLEVE".

Esta vez y al regreso de su andanza llegó con la novedad y la invitación a sus compañeros para acudir a la fiesta del aniversario del Club de la Estancia Cerro Castillo.

No informó que el año anterior lo había pasado muy bien, bailando tiernos y románticos boleros y que a pesar del tiempo y la distancia cuando se acuerda de esa inolvidable velada, sin querer se le escapan una sarta de suspiros que no puede controlar.

Ahora tenía la esperanza de revivir aquello que quedó allí matándolo de a poco.

Ante la llegada de la fecha de tan magno acontecimiento, los ojos del Coche Mota parecían tener un brillo especial, como si

fuera un joven de veinte años. Ahora más que antes, en su tiempo libre, muy escaso, seguía ejercitándose en prácticas del lazo y muchas veces tiraba la armada hasta que los inmóviles troncos que se le presentaban en su camino.

La semana de la víspera fue la más larga de su vida, hasta que por fin llegó el sábado, todo estaba adelantado, las chucherías de plata que le pondría a su querido Juanito en sus correajes, tales como; cabestro, bozal, riendas, pretal y otros que habían sido previamente muy bien lustrados, para que se note el flamante brillo de la plata y a su vez también para resaltar la estampa de este bello animal.

La bombacha ancha, las botas acordoneadas, la rastra, el pañuelo al cuello y su infaltable pipa con aromáticos tabacos que embelaban hasta a las moscas, hacía que este hombre se sintiera como un príncipe en la floresta.

Todo listo, el silbido de la madrugada se repite, el pingo Juanito levanta la cabeza y corre al encuentro de su amo. Mandiles, peleros y bastos son puestos con rapidez, las espuelas de plata dulcemente campanean, como avivando una patriótica cueca.

Basta un salto como el mejor atleta y el "CENTAURO" sale rumbo a materializar su sueño.

Conocía el camino, sabía que tenía que cruzar la cordillera misma con extensas capas de hielo, casi eternas, pero confiaba en sí mismo y en su Juanito que era el mejor caballo que había tenido en su vida, hasta le había enseñado a saltar alambres, tranqueras y troncos caídos, bastaba para ello la mágica palabra: "SALTA".

La cordillera no sentiría esta vez los punzazos de la rústica barreta con penetraciones repetidas. La despedida a sus compañeros que no se le unieron en su difícil hazaña lo hizo con el rebenque en alto: "ADIÓS, MUCHACHOS, ME VOY A CASTILLO". El Guata de Leche le responde: "VAS A REMOJAR EL GUARGÜERO". Coche Mota con la rapidez mental propia del hombre de campo, apoyado en una sonora carcajada responde: "Y TAMBIÉN A REMOJAR EL TIENTO". El coro de carcajadas y el murmullo del río se confunden con el cascabeleo de los cascos del obediente y noble Juanito al iniciarse el día, mientras la fauna empieza a marcar su presencia edénica.

Sabía este soñador que la fiesta valía el sacrificio que estaba haciendo, ya que conocía las dificultades de la cordillera y que esta hazaña tenía sus riesgos porque los invisibles agujijones que se sentían en las carnes por la crudeza del frío penetraban hasta el alma. Antes de enfrentar la parte difícil del camino, un cañadón con hielos casi petrificados, donde no hay evidencias de tráfico, menos aún sendas que ayuden en el avance, nuestro solitario aventurero busca en su "capero", que trae amarrado a los tientos, a su otra compañera, la infaltable bota de vino que tiene una capacidad de litro y medio, la alza como quien pide bendiciones al Dios que se encuentra en el cielo, dejando caer un hilillo del fortificante contenido que dará fuerzas no sólo a su cuerpo, sino que además a sus locas ideas para cumplir con su cometido.

Ha oído hablar de gendarmes y policías que controlan las fronteras, pero eso para él es deliberadamente ignorado, disfrutando en sus charlas diarias de estas diabluras que ha repetido en diversas partes en el límite y que después relata con gran alarde, como si fuera el camino correcto.

La crudeza de la brisa sur no cede, razón por la cual la operación de alzar la bota para libar su extracto, debió repetirla hasta que su garganta salieron algunos desentonados cantos que si se presentan a concurso como premio ganaría una buen: "CALDA DE PALOS".

Los sueños de este hombre se estaban cumpliendo, mientras en su mente se tejía un manto de ilusiones que retrocedían en el tiempo, aflorando en ella los acontecimientos que impulsaron el inicio de esta aventura que llevaba como fin retomar y ojalá repetir lo mismo que aconteció en la oportunidad anterior.

Todo iba como a pedir de boca, la dificultad estaba en la cruzada del cañadón congelado que tenía que atravesar con el caballo de tiro, por fortuna esta vez le fue más fácil que en oportunidades anteriores, tal vez porque ya lo conocía.

El bosque lo pasó sin novedad, hasta que sintió que le llegaban a los oídos los ladridos de los perros de la estancia Cerro Castillo. Azuzó al obediente animal para apurar el paso lo que consiguió con pequeños toques de las espuelas en las costillas de su tan querido Juanito.

Al llegar al palenque que se ubicaba frente a la cocina de la estancia, no había lugar para amarrar al medio de transporte de cuatro patas, por lo que tuvo que hacerlo en un poste de la alambrada más próximo, esto le daba mayor firmeza a su idea, la fiesta es una realidad.

Al bullicioso tintineo de las espuelas algunos campesinos volvían sus cabezas advirtiendo la presencia del extraño en su terri-

torio. Así y de inmediato guiándose por el sonido agradable de un acordeón, al que el músico le arrancaba arrobadoras canciones se abrió paso entre el tumulto de personas que estaban agolpadas a la entrada del amplio salón donde se hacía la fiesta. La mirada escudriñadora del visitante recorrió la sala con ansiedad, algunas parejas salían a bailar en lo que se notaba que había una estrecha amistad, lo cual desanimó al forastero por lo que se acercó a la cantina a pedir una botella de vino. Observando el maravilloso color del vino chileno dejó caer el líquido lentamente en un artístico vaso que le habían entregado junto a la botella, mientras pensaba que lo estaba tratando como a una persona distinguida, en silencio, no despegaba los ojos de las parejas que bailaban. El nivel del contenido de la botella bajaba al compás de la música.

Buscaba ansiosamente entre las demás a aquella que el año anterior había bailado tan entusiastamente con él, cuando estaba a punto de terminar su botella de vino, se abrió abruptamente la puerta del club apareciendo una persona delgada, con los mismos rasgos físicos del visitante y detrás de su compañera, la misma dama que quería encontrar el Coche Mota.

El concho de la botella de vino blanco que tan pacientemente estaba degustando se lo tomó a grandes tragos, acto seguido pidió una nueva dosis del mismo vino.

Quien conoció a este hombre, sin duda, pensaría que era tan duro e insensible que por nada se inmutaría, sin embargo esta vez al alzar el vaso de vino se le observaba la humedad en sus ojos producto de una gran pena que internamente lo torturaba desde lo más profundo de su corazón.

Dos botellas de vino, una gran marcha desde el otro lado de la frontera y una tremenda derrota sentimental sacaría de quicios al más cuerdo.

Las espuelas campanean con fiereza mientras los pasos zigzagueantes de Coche Mocha se dirigen a la puerta de salida. Algunos campesinos cuchichean al observar la actitud silenciosa de este hombre que se va.

El Juanito está allí esperando a su amo que ya viene acercándose con unos pasos extraños para iniciar el regreso, se sube con alguna dificultad, se acomoda sobre los bastos, revisa de la parte delantera donde vienen amarradas las boleadoras, saca el infaltable rebenque, de reojo mira el lazo que también es su fiel compañero.

Los ojos y el pensamiento del gaucho están puestos en la puerta de entrada del Club donde hay una escala con cuatro gradas, había observado que en la puerta posterior el piso estaba a nivel del suelo.

Atormentado por la experiencia recién vivida, con un negro nubarrón en la "sesera" clava las espuelas a Juanito, con el rebenque azota las ancas de su bestia amiga rumbeando directamente a la puerta de entrada que había visto, donde están las cuatro gradas, entra con gran arrojo espoleando fieramente con el rebenque a palo vuelto, en una acción que raya en la locura remuele sin contemplación a diestra y siniestra. La acción inesperada e inusual desconcierta al tumulto.

Al salir por la puerta posterior se encuentra con un carabiniero montado como él, que lo conmina a entregarse, lo que es desoído por el embravecido jinete.

Sus prácticas constantes con el lazo, que hacía allá al otro lado del alambre, sólo lo hacían para matar el tiempo y como una diversión, sin intencionalidad objetiva.

Ahora desilusionado, con dos botellas de vino en la cabeza, y un "paco" que le habla de las penas del infierno, montado en la más noble de las joyas equinas que ha tenido en su vida, saca el lazo con la habilidad de un verdadero artista de circo lo tira sobre el cuerpo de su adversario y arranca sacando violentamente desde su silla al representante de la ley, que lo arrastra varios metros por el ripio suelto, saca el cuchillo plateado que le servía de adorno, corta y se va como alma que el diablo se lo lleva.

Ante la primera tranquera que se presenta aplica todas las ayudas incluyendo la verbal: "SAAALTA". Una verdadera acción digna de llevarla al cine.

Hasta la "mona" se le quedó en la Estancia Cerro Castillo al guacho Coche Mota.



2006

14° CONCURSO DE
HISTORIAS Y CUENTOS
DEL MUNDO RURAL

CATEGORÍA B
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"





PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

KAINA ATENAS CARVAJAL

8 AÑOS

3° BÁSICO, ESCUELA F 30 HIERRO VIEJO
 PETORCA, REGIÓN DE VALPARAÍSO



EL CORDÓN DE SAN FRANCISCO

Esto ocurrió hace muchos años, en la estación de Palquico. Mi abuelito era muy joven y así ocurrió que estando en una casa de unos amigos, en la parte que llaman El Morro La Arena le pasó este hecho. Todos estaban reunidos tomando unos tragos de tintolio y jugando al monte o la brisca, no recuerdo mucho lo que era; el caso fue que ahí se apostaba mucha plata y jugaban mientras otros tocaban guitarra y cantaban unas tonadas muy lindas que el me enseñó y yo me la aprendí. Bueno para no salirnos en lo que estoy contando, esto fue lo que sucedió.

Ya era muy tarde y don José, que así se llamaba mi abuelito que en paz descansa, había perdido toda la platita que llevaba. Él era un hombre muy maceteado, como se dice en el campo. Tenía un diente de oro y lo apodaban "El Negro Patón", bueno pal combo y pal copete.

Él ya había perdido toda la platita que llevaba porque vendió un potrillo para jugar brisca y como ya no le quedaba nada decidió volver a su casa que era en el Alto el Puerto que llaman ahí en Palquico. Ensilló su potro que se llamaba Alazán, que era medio potro, muy hermoso. La Luna estaba llena y emprendió su camino. Por donde vive don Luis se le apareció una sombra pero después era una persona. Él no le habló y apuró la marcha del potro y la persona igual lo hizo. Mi abuelito empezó a trotar en el potro. La persona hizo lo mismo. Luego él se puso a correr y cuando no vio más a la persona, cuando va pasando por la escuela, se dio cuenta que la persona iba en el anca del potro y apegadito a él. No sabía qué hacer. Le transpiraban las manos en las riendas. El potro iba relinchando y no se atrevió a mirar para atrás, pero sí miró hacia abajo y se dio cuenta que a esta persona le iban creciendo las piernas. Cual susto pa mi abuelo que dijo ¡Ave María purísima! Y se acordó de un cordón de San Francisco que siempre llevaba con él. Lo sacó de su bolsillo, porque esta persona lo apretaba mucho, que ya no podía respirar, así sacó el cordón y con todas sus fuerzas empezó a azotarlo y a rezar los rezos que su madre le enseñó y que él nunca lo hacía. Y ahí con toda su fe lo hizo. Este personaje era el mismo "mandinga" y de tanto pegarle con el cordón, desapareció. Llegó a su casa le sacó la montura al potro y se acostó, a nadie le contó lo que había sucedido nunca hasta un día que nos contó a nosotros en la cocina con el fuego y ellos tomando mate. Yo tenía 6 años y me acuerdo mucho porque estaba la luna llena y mi mamá nos llamaba que nos fuéramos a acostar y nosotros súper entretenidos con los cuentos de mi abuelo. Ahora ya no hay cuentos pero sí nos quedan sus recuerdos, enseñanzas y el gran amor que nos tenía y yo en ese momentos tenía 6 año. Ahora tengo 8 años, pero lo recuerdo con cariño.



SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

JAZMÍN ALEJANDRA OLIVA NECULHUEQUE
6° BÁSICO, ESCUELA P 33 HUALAPULLI
VILLARRICA, REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



LAS PUCUCACUCHES

En el año 1780 vivieron los bisabuelos de mi bisabuela, y estos abuelos llevaban como apellido Alcapán, que tenían fe en Dios, pero no se sabe si era el verdadero dios según la creencia de ellos. Ellos mandaban a hacer muday (bebida típica mapuche hecha de trigo cocido y agua hervida) a unas viejecitas, a quienes les dieron el nombre de pucucacuches, (según en el dialecto mapuche). Estas viejecitas tenían una estatura de 80 centímetros. Y se encontraban en una cuenca de un cerro. La cuenca estaba cubierta de grandes árboles frondosos, y fluía desde allí un caudaloso arroyo. Según mi abuelita, los dos ancianos llevaban a ese lugar trigo en carreta y le hacían rogativas a esas viejecitas para que ellas le hicieran el muday, y ellos traían un cordero negro y trigo como pago por ese favor. Los ancianos se retiraban a su casa y al otro día, antes que aclarara, regresaban al lugar en carreta y se encontraban con la gran sorpresa que el muday estaba listo y aún tibio, solamente quedaban huellas del fuego y no estaba el cordero ni el trigo.

Al día del guillatún, los dos ancianos regresaron a la cuenca a dejar carne cocida, sopaipillas y muday en vasijas de greda y canastos para que compartieran las Pucucacuches y dos hombres siguieron secretamente a los viejitos, para saber dónde iban a estas horas de la tarde. Cuando regresaron a su casa los ancianos, los dos espías se quedaron escondidos entre las matas para ver qué ocurría. De repente vieron salir dos pequeñas ancianas de la cuenca y los hombres le empezaron a tirar piedras. Al otro día los ancianos fueron a buscar los platos de greda, canastos y se encontraron que estaban tal cual lo habían dejado la tarde anterior con las sopaipillas carne y muday. Las viejecitas habían abandonado la cuenca para siempre, porque unos hombres las descubrieron. Desde ese día solo queda como testimonio la cuenca de las pucucacuches.





TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

CRISTIÁN FERNANDO ESPINOZA VERGARA
16 AÑOS
3° MEDIO, COLEGIO POLITÉCNICO SAN JOSÉ
RAUCO, REGIÓN DEL MAULE



LA MANTA DE CASTILLA

Vivíamos en medio de los cerros, en plena cordillera, en donde no había luz eléctrica, ni agua potable, ni calles, ni vecinos. Parecía que estábamos solos en el mundo, sólo nos rodeaba la naturaleza. Los inviernos eran eternos, llovía mucho y por las noches cuando cesaba la lluvia se producía un gran silencio y esto era señal que estaba nevando. Pero a menudo se interrumpía por algún ruido que provocaba el quiebre de las ramas de los árboles al no soportar el peso de la nieve; los perros se asustaban y ladraban mucho. De día, disfrutábamos con la nieve, jugábamos en ella. También comíamos nieve con harina tostada y azúcar, era muy rica.

Pero, sin duda, lo mejor era ver llegar la primavera. Los cerros se cubrían de verde y maravillosas flores silvestres se imponían con sus colores. Las ovejas y cabras parían, el frío ya no penetraba los huesos por las mañanas y la nieve se derretía lentamente manteniendo la vida de la quebrada que dejaba ver a través de su trans-

parencia hasta la más diminuta piedrecilla. El silencio abundaba, solo se escuchaba el agua de la quebrada y el trinar de los pajaritos que nacían por las bandadas. Nuestra familia era extremadamente humilde, se componía de ocho mujeres y solo un hombre que se llamaba Joaquín.

Pero este paraíso ya no lo fue más para toda mi familia, porque fue dolorosamente exterminado, sin haber tenido nosotros culpa alguna.

Una mañana salimos con mis hermanas y mi papá a buscar a Joaquín. Él había huido la noche anterior. Le habían dado el sople que militares habían llegado al fundo. Tratamos de encontrarlo entre los matorrales o debajo de algún montón de ramas secas, me lo imaginaba envuelto en su manta de castilla.

¡Joaquiiiiiiín, Joaquiiiiiiín!, gritábamos, pero sólo el eco nos respondía, devolviéndonos su nombre. Subimos y bajamos cerros y nada, quizás dónde estaba mi hermano.

Llegamos a la casa, mi mamá lloraba mucho y yo no entendía qué estaba pasando, con seis cortos años es difícil entender las cosas de los adultos.

Nos mandaron a pasarle lija a algunas rayas que habían en la pared que nosotros mismos habíamos copiado de alguna revista o diario de la época, eran cruces en forma de una A. Mis hermanas mayores tenían pósters de los Quilapayún, Los Jaivas y otros cantantes de entonces, y todos los sacamos. Yo realmente no entendía qué diablos estaba pasando, y aún así era hasta entretenido para mí.

A los dos días apareció mi hermano, con la barba crecida. Se afeitó y se bañó en la quebrada y todo parecía volver a la normalidad

En la radio a pilas que teníamos, hablaba el Presidente. Decía mi papá, pero yo no creía, que era él porque siempre decía ¡Viva Chile mierda!, y esa era una palabra muy fea para que la dijera un Presidente de Chile, pensaba yo.

Después de un tiempo, por una razón que no conocí, tuvimos que abandonar el fundo en donde estábamos y al llegar al pueblo en donde viviríamos a partir de ese día dejamos atrás ese mundo maravilloso que, al parecer, Dios nos había regalado sólo a nosotros. Esa tranquilidad que penetraba el alma se vio bruscamente interrumpida. En ese pueblo había calles con luz, cosa que mi mente jamás habría imaginado, había casa y mucha gente.

Una noche, estando ya todos acostados, llegaron los carabineros a buscar a mi hermano y él se fue al dormitorio de mi mamá, en donde yo dormía también, y dijo: "¡Mami, me vienen a buscar los pacos!". Mi mamá se asustó mucho y le dijo: "¡Lleva la manta de Castilla!". Después lloró casi toda la noche.

Desde ese entonces no supimos en mucho tiempo de él. Mis papás lo buscaron, pero ya no era tras los matorrales, sino que viajaban en bus de un lado al otro. En una oportunidad escuché que estaba en una parte donde había tres álamos, pero después lo llevaron a otra parte que quedaba muy lejos de nuestra casa. Allí fui yo a verlo. Recuerdo que hacíamos cola para poder entrar y andaba mucha gente preguntando si estaban allí sus familiares. Esa vez, cuando vi a mi hermano, lo encontré muy extraño. Se había dejado bigote y estaba muy delgado. Me contó que había aprendido a tejer en telar y hacía medallas y prendedo-

res. En una medalla que le regaló a mi mamá decía. "Recuerdo de los tristes días que pasé en Melinka" y tenía dibujadas unas manos encadenadas. Yo seguía sin entender nada. Después de mucho, mucho tiempo, escuchamos en la radio que estaban dejando libre a varios detenidos, pero no sabíamos quiénes eran. Y un día, muy temprano, llegó corriendo y muy cansado un supuesto amigo de un hermano, que tiempo atrás, todos decían que él había sido el que "echó al agua" a Joaquín, y bueno, este amigo llevaba un diario en donde aparecía el nombre de mi hermano. Todos estábamos felices porque Joaquín iba a quedar libre, y lo vi regresar a casa con la manta de castilla en un bolso.

Ahora, después de 33 años, logro entender, en parte, todo lo sucedido, digo en parte, porque jamás podré entender la mente de algunas personas que no tienen piedad de nadie. Ahora comprendo por qué lijábamos las paredes de la casa para borrar todo lo referente a la Unidad Popular. Entiendo el llanto de mi mamá y de papá cuando llegaban cartas de Joaquín. Entiendo el grabado de su medalla. Debe haber sido muy triste y doloroso soportar torturas, frío, hambre, humillación.

Joaquín poco habla de lo que hicieron, creo que cuenta sólo lo menos escalofriante, como cuando lo detuvieron. Dice que le vendaron la vista, lo subieron a un camión y no tuvo idea dónde lo llevaron. Allí comenzó su calvario, vivió cosas horribles que jamás hubiera imaginado, cosas que en aquel apacible lugar en que vivía se desconocían completamente. Lo trataban peor que a un animal. Dice que en una oportunidad le tiraron pedazos de pan para que comiera, y él encontró humillante este gesto y no lo comió, entonces vino una persona que pisó el pan, lo restregó cual colilla de cigarro y lo obligó a comérselo, de lo contrario haría algo muy simple: le dispararía. Pero eso era sólo

humillante, posteriormente vino lo doloroso. Cuenta que en una ocasión lo encerraron en un casillero de un metro cuadrado, en donde había una silla. Lo sentaron y le cerraron la puerta, allí lo tuvieron durante quince eternos días. Pasó mucho frío y hambre. Por debajo de la puerta le dejaban una miseria de comida: pan y agua, una vez al día. Yo me pregunto: ¿Quién puede vivir con esa alimentación, en un lugar tan pequeño, incomunicado. Lugar que es tu baño, tu dormitorio y tu todo? Mi pobre hermano bajó notoriamente de peso. Considerando lo cruel de esta tortura fue insignificante en comparación con tantas otras que le hicieron, como la de acostarlo desnudo en un somier, atado de pies y manos, ponían algo entre sus dientes y luego venía el golpe eléctrico, gritándole incesantemente que hablara. Lo sacaron casi muerto, con la espalda bañada en sangre producto de los alambres del somier que se incrustaban en su piel y aún así podía lamentar las súplicas de mujeres que pedían a gritos no pasar por esta tortura. Pero nadie escuchaba ruegos, ni súplicas, ni nada.

Tanto dolor, ¿y para qué?, ¿Cuál era el fin? Hacerlo hablar, pero hablar de qué, si no tenía nada que decir. Joaquín lo único que hizo fue pensar diferente y eso le valió ser perseguido, torturado y encarcelado.

Inspirando profundo, con los ojos rojizos y a punto de llorar, mi mamá me contó esta historia que afectó a su familia en el año 1973. Yo entiendo menos que ella. A menudo veo noticias sobre este tema y la verdad es que me parece escalofriante, y me cuesta creer que mi tío haya integrado esta tremenda lista de detenidos y que por suerte no fue desaparecido.

Lo único positivo de todo esto es que el Presidente Lagos ordenó indemnizar a todas estas personas, algo que no se compara con el tremendo sufrimiento que pasaron, pero que le ayuda a mi tío a financiar, en parte, la universidad a su hijo, quien estudia psicología. Tal vez busca en ella una respuesta a esas mentes enfermizas que tanto dañaron a su padre.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

164

RONY MATÍAS COLAMAR COLAMAR
14 AÑOS
8° BÁSICO, COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA
CALAMA



CONOZCAMOS LA LIMPIA DE CANAL

La limpia del canal es una de las fiestas más importantes del pueblo. Esta fiesta se celebra en el mes de agosto comenzando un día miércoles con la ceremonia a cargo de los personajes principales de la limpia. Estos son: los dos capitanes, los cuales cargan un cacho y un lazo para "guasquear" a las personas que se portan mal en la fiesta; los puricamanes también son dos, encargados de cuidar el agua; por último el alcalde del pueblo. Esta ceremonia se realiza para pedir a los antepasados que todo salga bien durante la fiesta.

El día jueves y viernes es solamente de trabajo limpiando el canal. El día viernes sólo se trabaja medio día porque las mujeres deben arreglar las cosas para el almuerzo del día siguiente.

El día sábado los capitanes comienzan su trabajo muy temprano, como a las cuatro de la mañana para despertar a los trabaja-

dores tocando el cacho. Como a las ocho de la mañana empiezan a subir los trabajadores con sus palas y una botella de vino. Todos los trabajadores deben ser mayores de edad, los cuales van a un lugar muy lejano que se llama "meriendo" (lugar donde almuerzan) y luego comienzan a subir a este lugar las mujeres con el almuerzo preparado en ollas y fondos. Los hombres descansan en lugares llamados mesas en las cuales se hacen ceremonias para los antepasados y después llegan a un lugar ceremonial donde se agradece a los presentes. Tocan instrumentos como el clarín y el cacho y después pasan a la primera mesa para almorzar. Todos los comuneros del pueblo de Caspana tienen un asiento de piedra que lo identifican con su nombre. Se sientan todos juntos y esperan que sus señoras les lleven el alimento. Aparte de la comida les llevan un mantel con otros alimentos secos para pasarlo a los capitanes para que los repartan entre las personas que han venido de visita de otro pueblo o cuidad.

Existen personas encargadas de reemplazar a los capitanes en su tareas, para que éstos aprovechen de almorzar y descansar.

Después de almorzar cantan una canción que se llama "El Alabado", para dar gracias a Dios por todo lo que le ha dado en la fiesta. Luego todos los trabajadores deben agradecer y tocar el cacho que le entrega un capitán. También deben agradecer las mujeres tocando un pito que le dicen "negro".

Se continúa el trabajo de limpieza del canal y siguen avanzando. Los hombres limpiando y las mujeres caminan a la segunda mesa para preparar por segunda vez otro almuerzo para sus hombres. Llegan al meriendo para comer, porque están muy cansados y luego de esta comida las personas más antiguas del pueblo se

ubican en un sector del canal, se agachan y se toman las manos y comienzan a cantar una canción muy linda que se llama "Kausulo o Chikainar". Esta canción es muy original porque tiene distintas lengua como quechua, kunza y aymara. La canción tiene un inicio lento y después rápido porque se dice que representa el movimiento del agua en el canal. Cuando el canto termina, todos tienen que arrodillarse alrededor del canal con un jarro de ulpada (harina tostada con agua) la que se tira al canal bendiciendo las aguas del canal y después se suelta el agua que ha estado detenida por varios días para poder limpiar el canal.

Los capitanes comienzan a apurar a la gente para que vuelva al pueblo, los capitanes se encargan de que todas las personas regresen, pero tres personas tienen que encargarse de que el agua llegue bien al estanque del pueblo.

Las personas más importantes de la fiesta se dirigen a la casa mayor para cantar y bailar el Kausulo esperando que lleguen más personas para dirigirse a la iglesia para la misa que agradece a Dios. Después se sigue bailando.

El baile es muy entretenido porque la gente alegremente juegan a salirse de la ruela y los capitanes les pegan con el lazo para que vuelvan a bailar. Mientras el baile sigue, los alféreces, que son los encargados de la fiesta, hacen un fuego y empiezan a servir un caliente licor hecho de pisco y leche condensada. Después todas las personas se dirigen a la sede del pueblo a seguir bailando.

El día domingo se inicia con una misa como es de costumbre y luego se baila y se almuerzan los platos típicos de la zona, como patasca y quínuva. La gente baila hasta la noche y todos los co-

muneros deben pasar sus ramadas, o sea, servir una garrafa de vino.

El día lunes se repite la misma rutina del día domingo pero con menos gente ya que muchos han vuelto a sus hogares a trabajar.

La limpia del canal termina con una reunión donde se conversa de lo bueno y de lo malo que sucedió y se nombran los nuevos capitanes y al alcalde para el próximo año.

Esta es mi fiesta preferida.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL 168
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

FABIÁN CANISIO ANZA PANIRE
14 AÑOS
8° BÁSICO, COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA



LAS LLUVIAS Y TRUENOS QUE MATAN

Todo empieza cuando en el verano comienzan a hacerse presente las lluvias en el pueblo de Caspana. A mi abuelo le gustaba ir a la llaretera para sacar de ese lugar un poco de llareta.

Pero un día cuando mi abuelo se fue al campo a pastear el ganado, el campo estaba enojado y empezó a llover con muchos truenos y relámpagos. Mi abuelo llegó mojado y dijo: "Yo perdí mi ganado y no sé que haré ahora". Mi abuela al saber lo que había pasado al abuelo le contó una historia vivida cuando ella era niña.

"A mí me pasó lo mismo y no pude encontrar el ganado durante una semana, buscaba por todos lados y en eso estaba cuando una voz me dijo: ¡Debes pagar el campo con los colores de la naturaleza poniendo flores en las orejas de los animales para agradecer al campo y así las lluvias no te harán perder su ganado!, pero no le hice caso y mis animales no aparecieron.

Durante esa semana las lluvias empezaron a ser más fuertes y un día sin esperarlo mi abuelo se fue a la llaretera, mis tíos partieron a la quebrada y en la tarde comenzó a llover y luego vinieron los truenos. Más tarde aparecieron los burros pero sin mi abuelo. Al rato después llegaron mis tíos y me preguntaron por mi abuelo y yo les contesté que aún no llegaba y que los animales habían llegados solos. Rápido salieron a buscarlo y al regresar traían la noticia de que mi abuelo estaba muerto, que lo habían volteado un trueno. En ese momento buscamos tablillas para hacer un cajón para enterrarlo y al otro día fue el entierro. Mi abuela estaba muy triste por lo que había pasado entonces todos hicimos la ceremonia para que pudieran aparecer los animales. Me mandaron a mí a buscarlos y después de mucho buscar los encontré.

Cuando se oscureció todos nos acostamos pero a medianoche no podía escuchar a mi abuela respirar, entonces le avisé a mi tía y ella se dio cuenta que la abuela había muerto. A pesar de que la abuela estaba bien de salud, mi tío concluyó que se había muerto de pena. Por esta situación tuve que irme a vivir con mis tíos pero yo no podía acostumbrarme a vivir sin mis abuelos.

A los días siguientes otro miembro de la familia se enfermó, entonces tuvimos que hacer un pago a la Pachamama y celebrar la fiesta de San Juan y también agradecer a los campos para que las lluvias no fueran tan fuertes en el sector y así no causar daño sino sólo beneficios, como regar los campos para que crezca el pasto para los animales.

Las personas más ancianas dicen que las lluvias llegan saludando y bautizando a los campos para que florezcan y sean fértiles.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
III REGIÓN DE ATACAMA

170

FRANCISCO WILLIAMS ROJAS DELGADO
13 AÑOS
7° BÁSICO, ESCUELA GUALBERTO KONG FERNÁNDEZ F N° 92
VALLENAR



CÓMO NACIÓ LA GARRA DEL LEÓN

Este hecho ocurrió en los contrafuertes cordilleranos, al interior de nuestro valle. En las localidades de Las Lozas y El Corral, en la comuna de Alto del Carmen. En ese sector había una especie de quebrada pequeña, que era habitada por el matrimonio de don Jacinto y la señora Juana, padres de varios hijos de corta edad. Ellos eran dueños de ese lugar y, a la vez, de una majada de cabras las cuales, y gracias al año en lluvias, tenían gran cantidad de leche y por lo tanto había una buena producción de queso fabricados de distintos pesos y de gran sabor. Para los días de Fiestas Patrias hacían una gran venta de cabritos, con lo cual juntaban su platita para comprar sus víveres y ropa de parada, como ellos lo llamaban, para vestirse bien para celebrar el 18 de septiembre.

Al ver la gran cantidad de queso que se había fabricado y la escasez de víveres, don Jacinto decidió bajar a "Plan parejo",

como ellos llamaban a Vallenar, en busca de víveres para sus necesidades alimenticias y otros. Preparada la carga en los yoles y cajones, partió don Jacinto con su valiosa carga en sus mulas y burros rumbo a Conay, para tomar el camión mixto (cargas y pasajeros), camino a la ciudad. Para vender sus productos, quesos, carne y cueros, y poder comprar sus cosas. Al partir de su rancho, díjole a Juana: "No te olvides, pu' Juana, de cuidar los niños y los animales, mira que el león anda por esos lados". "No te preocupes, viejo, si con el machete y cuchillo, y más los perros, me puedo defender bien del gato".

Al atardecer, Juana y sus perros suben el cerro y hacen bajar sus cabras encerrándolas en el corral, colocándole agua y pasto segado para la noche, dado el alimento y bien cubierto con ramas el corral. La mujer se dirige a alimentar a los perros, se lavan los niños y ella, recogen leña para abrigarse en la noche, comen y se acuestan bien entrada la noche, pero ellos trancaron bien la puerta y se aprestan a dormir. Después de la dura jornada, pasadas unas horas de sueño, la mujer siente el balido de las cabras y las carreras en el corral, junto al ladrido de los perros. Juana se levanta con rapidez con el chonchón en la mano y la otra con el cuchillo, rodeada de los perros que, al olfatear el león, rodean el corral impidiendo la salida del gato. Mientras Juana toma una piedra de gran tamaño, se sube a la pirca del corral y logra ubicar al felino que está matando una cabra, los perros, a su vez, logran entrar y atacan al león, el que al verse rodeado por diversos puntos, trata de huir del lugar; Juana, desde su lugar de observación ayudada por el chonchón, toma la piedra y poco a poco baja del lugar, donde se encuentra, acercándose lo más posible al animal. Al estar cerca de él, lanza la piedra con gran fuerza y desesperación, logrando dar con ella, en la cabeza del gato aturdiéndolo

cayendo éste al suelo, momento que aprovecha la mujer para enterrar su cuchillo varias veces en el cuello del animal. Pero éste, aún herido, logró huir hacia un manantial en busca de agua. En su herida deja algunas gotas de sangre, en unas hierbas y pedruscos. Siguió su huida, hasta llegar al agua, pero como ya estaba desangrado, murió sin lograr su objetivo.

Al día siguiente, la mujer con sus hijos y perros salieron en busca del animal herido, y al encontrarlo muerto lo descueró y extendió su piel sobre una piedras y volvieron a su rancho más tranquilos. Cuando llegó el marido, con sus víveres y todo lo demás, descargó las mulas y guardó lo traído, llevando los animales a tomar agua y pastar. Juana le contó en el camino lo sucedido, llevándolo donde había dejado el león muerto, del que sólo quedaban los huesos ya que los perros habían comido todo lo más posible del animal.

Pasó el tiempo, sin mayores novedades. Sólo se trabajaba en las cabras y cultivos de verduras para el consumo. Llegó la primavera y con ello crece el pasto en el campo y entre las plantas típicas de esa zona, como el retamo, el boldo, la sanguinaria y otras flores campestres, se encuentran en forma dispersa flores que ellos no conocían. Era una plana aparragada al suelo, con muchas flores, mostrando un hermoso golpe de vista. Al ver esta nueva planta, ellos le pusieron La Garra del León, porque se dieron cuenta que éstas habían aparecido en el lugar donde pasó el león herido y dejado éste su sangre en un reguero zigzagueante. Por este motivo ellos le pusieron este nombre, pues vieron que tenía la misma forma de la garra del felino. De esa forma nació una nueva flora campestre, gracias a la vida que le dio un animal propio de la zona. Durante el transcurso del tiempo, se secaron

las flores y no vuelven a aparecer hasta la próxima primavera. Pero sólo en el lugar donde salieron por primera vez, y cada primavera, se ven estas lindas flores entre otras como la Corona de Fraile, Pata de Guanaco, el Lirio de Campo, etc.

Fue así, como nació esta bellísima flor de color rojo llamada Garra de León. Sólo se encuentra en este lugar, no se extiende más, sino en el reguero de sangre dejado por este hermoso animal de nuestra fauna. Muchos han querido llevarla a sus casas, pero esta no se multiplica en ningún otro lugar, sino a donde murió su creador. De esta manera fue que nació esta hermosa Garra de León.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
III REGIÓN DE ATACAMA

174

MAXIMILIANO IAN FREDERIK BOWN HERRERA
8° BÁSICO, ESCUELA E 21 PEDRO LEÓN GALLO
COPIAPÓ



ME LO CONTÓ MI ABUELO (A)

Mi abuelita vivía en Tierra Amarilla. La gente que vivía ahí era tranquila, muy quitada de bulla. La casa era grande, tenía grandes cerros en forma de cuevas donde uno que otro borrachito se quedaba a dormir la mona. También tenía una acequia y muchos árboles frutales. El baño estaba en el patio, no había electricidad ni agua potable, sólo un pozo. Se alumbraban con velas y había radios a pilas.

Las noches eran oscuras y cuando los perros aullaban se escuchaba muy de cerca. La Llorona, que clamaba por su hijo desaparecido. La gente estaba acostumbrada a escuchar los lamentos de la sufrida madre. Muchos dicen haberla visto con su ropa casi transparente y de negro.

Según lo que cuentan, a su hijo lo habrían echado a un río y todavía reclama su cuerpo. Esta leyenda hasta el día de hoy es efectiva puesto que todavía se escuchan los lamentos de La Llorona.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
III REGIÓN DE ATACAMA

FRANKLIN HANS JORDÁN SALINAS MONTENEGRO
7° BÁSICO, ESCUELA PEDRO LEÓN GALLO
COPIAPÓ



LA MINA DE LA SERPIENTE

Unos vecinos comentaban que en una mina de Los Loros había una gran serpiente.

Un día de lluvia un pirquinero muy pobre que no tenía qué comer pensó: iré a aquella mina de la serpiente.

Él no sabía que en aquella mina vivía un gran y peligroso ser, pero como no tenía qué comer se dijo: —si encuentro oro podré venderlo y así comprarme algo para comer—.

Iba subiendo el cerro y cada paso que daba era como si la lluvia se hiciera más y más fuerte.

Al llegar a la mina, antes de entrar se puso en su cabeza una linterna para encontrar el oro o el cobre allí oculto. En el interior del cerro sintió un gran susurro, muy fuerte, pero siguió caminando.

Al rato después quiso sentarse porque estaba muy cansado de caminar y caminar. Con sus herramientas empezó a picotear hasta que encontró una piedra muy linda. Esta brillaba tanto, que tuvo que ponerse sus lentes de protección; por un huequito había más oro.

Una de las herramientas se quedó atascada, la tiró muy fuerte con sus manos. Al esforzarse la mano se quedó atascada.

De pronto sintió algo en sus piernas, al mirarse gritó muy fuerte. — ¡Una serpiente!.. ¡Una serpiente!..

Y de sus bolsillos sacó una navaja y apuñaló a la serpiente, y al morir la serpiente... empezó... a temblar en toda la mina. Se bloqueó la entrada con muchas piedras y tierra del derrumbe... y de pronto se abrió una compuerta, en su interior era donde estaba todo el oro allí oculto.

Luego se le apareció un ángel excepcional que apenas lo veía y el que le dijo: "si quieres todo esto, tienes que quedarte o si no toma siete piedras y vete a tu hogar porque te encontrarás con una gran sorpresa". El hombre asombrado y medio asustado, respondió: "¡no! ¡Qué digo! Con pavor preguntó: "¿y co... co... cómo salgo?" Y el ángel respondió: "¡Ven, yo conozco el camino para salir de aquí!".

Al salir por un extremo de la mina se terminó por derrumbar todo. Antes de llegar a su hogar fue y le contó todo lo que había pasado en la mina a sus vecinos y todos ellos se quedaron impresionados.

Al llegar a su hogar se encontró con una sorpresa. su familia estaba con el ángel pero ahora transformado en un hombre de carne y hueso y le dice al pirquinero: "¿quieres trabajar los domingos en una mina más al norte?". Él emocionado le dice: "¡Sí, sí quiero ir!".

Al pasar los años la mina se hace famosa y este pirquinero se transforma en el único dueño de ese lugar.

Unos meses después muere aquel ángel convertido en hombre, pero le deja como herencia al pirquinero y su familia la mina.

Este hombre se hizo rico pero se enfermó gravemente y antes de morir el ángel se le aparece en sus sueños diciéndole que las 7 piedras que le ordenó guardar son la llave para encontrar una nueva entrada a la mina de la serpiente.

El pirquinero despierta y le cuenta a su familia lo del sueño pero cuando le iba a decir a su familia dónde estaban las 7 piedras dejó de respirar y murió.

Su familia no quedó pobre porque le dejó la herencia a su esposa.

Su hijo fue en busca de las siete piedras, de las cuales sólo encontró tres piedras de oro, que eran tan raras, las cuales guardó secretamente con la esperanza de hallar pronto las otras.

Después de un tiempo encontró las otras cuatro piedras y se fue al cerro, al lugar donde su padre había estado y se unen las siete piedras y se abre la entrada de la mina.

Allí dentro de repente se sintió una voz... era su padre que le hablaba en la mina, señalándole que no debía decir nada a nadie o si no desaparecería él y su madre.

El joven no le obedeció y le dijo a su madre acerca de su hallazgo y en dos palabras desapareció inmediatamente él con su madre.

Cuentan los viejos pirquineros que esta mina no se ha encontrado aún. Aunque se haya abierto dos veces... la mina de la serpiente se mantendrá oculta para siempre, porque está maldita.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

FERNANDO ESTEBAN MUÑOZ ORTIZ

11 AÑOS

6° BÁSICO

MONTE PATRIA



EN LA PUNTA DEL CERRO GUAYAQUIL

Hace muchos años, un arriero llamado Juan andaba en una mula buscando sus cabras, y de pronto llegó a la punta del cerro Guayaquil. Allí encontró a una joven de cabello rubio y él le dijo:

— ¡Qué hace usted en este lugar!

— Estoy esperando que alguien me venga a buscar, pero tiene que ser alguien valiente.

— Pero aquí estoy yo —contestó el arriero.

— Bueno, sácame.

— Pero primero tienes que pasar tres pruebas. La primera es que una roca va a venir rodando hacia nosotros, pero solo es una alucinación.

Cuando iban por la mitad del camino, una roca vino hacia ellos pero no les pasó nada. Después ella le dijo:

— Ahora vendrá un toro hacia nosotros, y después un culebrón se enrollará en tu cuello...

Cuando ella terminó de hablar el buey iba hacia ellos, pero tampoco les pasó nada. Cuando se le subió al cuello el culebrón, este arriero murió de un infarto al corazón y la muchacha llamada Isabel nunca más salió de allí.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

WILLIAM ÁLVAREZ ARAYA

12 AÑOS

7° BÁSICO

MONTE PATRIA



LA LLORONA

Era hace muchos años, cuando no existían las poblaciones nuevas de la localidad de El Peralito.

Mi abuelo bajó un día a juntarse con unos amigos para beber, bueno se le hizo tarde.

Cuando venía escuchó llorar a una mujer que lloraba con una pena infernal. Mi abuelo Arcagio pensó que era por los tragos, pero a cada segundo que pasaba era más fuerte el llanto y se asustó mucho y caminó más de prisa y se escondió en una quebrada hasta que pasara lo que lo seguía... Después de unos momentos de terrible suspenso, vio pasar por el camino algo anormal que era una mujer, pero no cualquier mujer. Esta era la tan nombrada y por lo demás temida Llorona... Era alta, vestida toda de blanco. Sus cabellos llegaban al suelo y en su pecho llevaba una especie de máscara blanca sin expresión alguna que le

puso los pelos de punta e inmóvil contemplando la escena. Luego de mucho tiempo pudo juntar fuerzas y valor para regresar a casa después de lo vivido...

Al llegar a casa, su familia lo estaba esperando, pues se demoraba mucho... cuando les contó, lo que sucedía su expresión era pálida, apenas le salía la voz, temblaba por completo y por su rostro caían gruesas gotas de sudor, su cuerpo estaba frío y se desmayó... Todo lo sé porque mi padre nos contó, así como se los cuento yo.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

Jael Brito Muñoz

13 años

7° Básico

Monte Patria



LA ENCIERRA Y SU TESORO

Érase una vez, hace cuarenta años, en la quebrada de La Encierra vivía un campesino muy pero muy pobre, llamado Saturnino. No hallaba qué hacer porque tenía que alimentar a sus doce hijos y a su esposa. Fue entonces cuando se acordó que en el peñasco de la quebrada estaban marcadas y pintadas unas flechas que conducían a un camino al fondo del peñasco, pero nadie se atrevió a entrar, aunque se sabía que allí había una mina de oro.

Entonces el huaso Saturnino decidió entrar a buscarlo.

Todos le aconsejaban y le decían que no fuera porque allí se escuchaban gritos y lamentos, además que se podía perder o, por el contrario, no podía regresar nunca. Pero él, impulsado por su pobreza y la necesidad, preparó una alforja y la echó a un burrito que consiguió. Al día siguiente se fue de madrugada y

subió al peñasco. Cuando estaba anocheciendo llegó e hizo un fueguito a la entrada, luego de comerse un pedazo de pan duro comenzó a ver visiones de indios luchando y otros huasos. Él se asustó un poco pero no le prestó atención.

Cuando anocheció vio una pequeña luz que le decía: "sígueme y tendrás un tesoro". Él se pellizcó para saber si era o no realidad, pero resultó realidad. Así que la siguió. Luego de caminar un buen trecho, la luz se enterró y le dijo: "¡aquí está el tesoro!", y repitió esta frase tres veces. Él sacó su pala y comenzó a cavar. Cuando llegó a un metro de hondura brotó un hermoso oro, y al seguir cavando el oro brotó a montones. Él lo iba a tomar, pero algo lo detuvo. Era la luz. Ésta le dijo que debía hacer algo antes de esta recompensa. Él le preguntó qué debía hacer y esta le contestó: "desentierra un medallón que está aquí al lado y anda a entregárselo a tu comadre Eduvina ya que era de su esposo que murió por su mala voluntad y avaricia, y después de lo que hagas tendrás tu recompensa que es este oro, pero esta riqueza durará sólo mientras tú vivas". Don Saturnino obedeció. Sacó el medallón y se lo fue a entregar a su comadre Eduvina; volvió al peñasco, la luz que lo guió le agradeció lo que había hecho y el huaso Saturnino pudo sacar el tanpreciado metal. Entonces el peñasco de La Encierra se convirtió en una rica mina.

El huaso Saturnino disfrutó su riqueza mientras vivió y aprovechó de comprar terreno y otras cosas y al morir las heredaron sus hijos. Pero al momento de morir el oro del peñasco desapareció.

Muchos han tratado de encontrar el oro, pero nadie nunca lo ha logrado.



MENCIÓN HONROSA REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
IV REGIÓN DE COQUIMBO

VESNA ELIZABETH ÁNGEL GÓMEZ
12 AÑOS
7° BÁSICO, COLEGIO CERRO GUAYAQUIL
MONTE PATRIA



EL HUECU

Se dice que de él que es un acuático y mora en las aguadas poco frecuentadas. Es un animal en forma de cuero de cabra, overo pardo y overo negro.

Pese a su condición es capaz de enamorar las campesinas y éstas dan a luz hijos feísimos.

Se sabe que no hay huecúes en un sector cuando las cabras y vacas no alumbran monstruosidades.

De los pobres y feos, a los enamorados, se dice que parecen "HUECÚ".

Para combatirlos se lanzan a las aguadas quiscos o ramas de algarrobos que la bestia atrapa, creyendo que es comida.

En ese trámite las espinas lo traspasan y desaparece.

También se les ubica en vísperas de alcances o bonanzas mineras.
Entonces se les oye trabajar con tiros y barretazos.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

GABRIELA FRANCISCA GALDÁMEZ LAZCANO
11 AÑOS
5° BÁSICO, ESCUELA SAN ALBERTO GUZMANES
PUTAENDO



EL NIÑO SIN BAUTIZAR

En un pequeño rincón llamado E Manzano, ubicado a varios kilómetros del pueblito de Putaendo, vivía un matrimonio que tenía 10 hijos, 5 mujeres y 5 hombres.

Ellos vivían de la crianza de cabras, ovejas, gallinas y del cultivo de hortalizas. Pocas veces bajaban al pueblo a comprar las provisiones. En todo caso llevaban el harina, azúcar, sal y demás mercaderías para el mes, porque costaba mucho llegar al pueblo. Para esos lados no recorrían las micros y de vez en cuando bajaban los camiones con mineral, los que aprovechaban para ir a las compras.

En las mañanas tempranito, después de sacar la leche de sus cabras, se dedicaban a preparar los quesillos, que era su sustento principal. Estos se vendían a los comerciantes que pasaban todas las semanas a recogerlos y muchas veces se lo cambiaban por

ollas, frazadas o mercaderías que hacían falta. Ellos le llamaban caseros. Los niños se ponían muy contentos cuando llegaba el casero, porque siempre les llevaba dulces, engaños o uno que otro juguete para que se entretuvieran. Por las tardes todos, papás y niños, se iban al cerro a recoger las cabritas para los corrales. No se podían dejar solas porque se perdían y los cabritos más pequeños eran devorados por los zorros o perros hambrientos que rondaban por ahí. Los más grandes ayudaban a sacar la leche para hacer los quesos, construían corrales para tener separaditos los animales y como no iban a la escuela, porque quedaba demasiado lejos del colegio del lugar donde ellos vivían, no les quedaba otra cosa que ayudar a sus padres en las labores de la casa: sembrar, regar, limpiar las hortalizas y cuidar del rebaño.

Las niñas ayudaban a la mamá y aprendían de chicas a cocinar, preparar los quesos, amasar, coser.

Un día, mientras todos se fueron al cerro, unos en busca de leña y otros a reunir las cabras, dejaron al menor de los hijos, que era el bebé de pocos meses, durmiendo solo muy arropadito. El día estaba muy frío, no quisieron sacarlo al viento y como pensaban volver pronto no se hicieron problema en dejarlo en el rancho.

Como era invierno, rápidamente oscurecía. Apenas terminaron, regresaron a casa, preocupados por la guagua.

La mamá inmediatamente fue a ver cómo estaba el bebé y si había despertado. Grande fue la sorpresa al no encontrarlo en la cama.

Todos empezaron a buscarlo. Como no lo encontraron en la casa, salieron a ver a los corrales, pensando lo peor. Los vecinos más cercanos estaban a varias cuadras de ellos, pero sintieron el llanto y los gritos de desesperación de sus vecinos y salieron en ayuda. A todo esto, ya se acercaban a la medianoche sin ninguna novedad. En eso, cerca de la casa en unos matorrales, se sintió como un maullido de gato.

Al alumbrar con la lámpara a carburo que llevaba el papá, vieron que era el niño. Cuando lo fueron a sacar, estaba escondido entre las ramas, bien envuelto, tal como lo había dejado su madre. Nadie se explica quién lo sacó y lo llevó a ese lugar sin hacerle daño. No tenía ni siquiera un rasguño.

La única explicación que se dieron fue que los duendes o algún espíritu intentó llevárselo ya que estaba moro, no había sido bautizado y los duendes, que varias veces habían visto asomarse por entre los matorrales cuando comenzaba a oscurecer corriendo y saltando de un lado a otro, se lo habrían llevado para jugar con él.

Al otro día, aún con el susto vivo, se fueron al pueblo a bautizar a la criatura, porque tenían mucho miedo de que volviera a perderse. Nunca más dejaron a los pequeños solos y tampoco volvió a pasar nada extraño en ese hogar.

Hoy ya todos los niños están adultos, pero siempre se recuerda aquel misterioso hecho.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL 190
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EDUARDO IGNACIO OGUEDA CEA
10 AÑOS
4° BÁSICO, ESCUELA F N° 128 FERROVIARIA
LOS ANDES



EL JINETE CON LA MANO AFILADA

Hace mucho tiempo en el valle de Aconcagua nació la leyenda del jinete con la mano afilada.

Dicen que hizo su primera aparición con su mano de machete, y que mató de una sola vuelta a un ganado.

Un niño llamado Antonio lo vio por la ventana y el jinete riéndose "ja ja ja" le salían gusanos por la boca.

Cuando se dio cuenta que el niño lo estaba mirando no pudo atacar a la familia que estaba acechando, entonces sabiendo que no se podía ir con las manos vacías fue a la casa del niño y con su mano de espada mató al perro guardián y a los padres de Antonio llevándose a Antonio y con la piel de los padres se puso piel verdadera cambiándose su mano afilada se puso la mano del

padre entonces Antonio se puso a llorar muy fuerte y le dijo al malvado hombre:

— ¿Por qué haces esto?

Y el hombre le contestó:

— Porque quiero ser un humano.

Al día siguiente el jinete estaba feliz en la casa disfrutando de la compañía de Antonio, hizo todas las cosas para hacer feliz al niño, hasta se bautizó Lincoyán Antonio Ogeda Campos, pero el niño sufría y sufría por lo de sus padres, entonces el jinete le dijo que él podría ser su padre, pero el niño le contestó diciendo:

— ¡Tú no sabes lo que siento!

El jinete apenado dijo:

— Yo puedo hacer que tus padres vivan en tu corazón y aquí en esta casa sólo necesito tus sentimientos y conciencia. Y así puso una poción mágica y maligna sobre el niño y Antonio pudo ver a sus padres siempre. Pero él sabía que ese espejismo no eran sus padres, así que una noche le enterró una estaca en el corazón al malvado jinete.

Desde ese día Antonio anda por las calles de San Felipe y Los Andes buscando a su padres. Siempre cuando está muy oscuro se le escucha llorar suplicando que aparezcan.



PRIMER PREMIO REGIONAL 192
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

KARLA TATIANA SILVA URZÚA
6° BÁSICO, ESCUELA G 275 RINCONADA DE QUIAHUE
LOLOL



HERIBERTO AMABA A SU CAMPO

Heriberto Castro era un campesino que día a día se le vantaba para ver la belleza de sus campos y de todo lo que en ellos tenía. Además todas las mañanas revisaba si sus cultivos estaban bien. Para este campesino su vida giraba en torno a la tierra. Él amaba su campo.

Heriberto todas las mañanas veía desde su ventana el crecimiento de sus cultivos los cuales eran de trigo, cebada, maíz, y garbanzos. Los campos de este hombre eran muy admirados por su tierra fértil y por su rápido crecimiento. Esto causaba la envidia de otros campesinos, puesto que a ellos no les pasaba lo mismo.

Cada vez que Heriberto cosechaba, regalaba una parte de sus productos a los que más lo necesitaban; lo que aún más causaba la furia de los demás campesinos de aquel sector.

Un día Juan Pérez, Ramón López, y Constantino Tejo, campesinos del lugar, plantearon una hazaña en contra de Castro: (Destruirle en la próxima cosecha que ya venía todo lo que de la tierra salía con tanta vida y fortaleza). El plan era juntarse en el campo de "Beto" como le decían por ahí la noche del 24 de febrero y llevar bencina y fósforos para quemar y así mismo destruir todo lo que con tanto esfuerzo había conseguido Heriberto.

La noche del 24 de febrero estaba tensa. Reunidos ya los tres campesinos del plan esperaron que Castro apagara la luz para luego dar inicio al estruendoso plan. Cuando hubieron esparcido la bencina, prendieron fuego y todo se vio cubierto en llamas, luego estos tres huyeron sin dejar rastro.

Castro, quien en su habitación no podía conciliar el sueño por sentir un dolor en el pecho, quizás era el presentimiento, empezó a sentir olor a humo, prendió la luz miró por la ventana y vio toda su vida convertida en llamas. Al ver esto se puso a llorar salió a tratar de combatir las llamas con baldes de agua y con unas mangueras que con la confusión, el nervio y la pena, Beto dejó entre las llamas todo eso, y se quemaron junto con sus cultivos. Trató de apagar el fuego con saltos y manotazos, pero todo fue en vano.

Luego de tanto esfuerzo por intentar acabar con las llamas, Heriberto Castro cayó y murió de un ataque al corazón. Éste quedó tirado en el suelo la noche del 24 de febrero junto a su campo, su vida, su todo. Al amanecer, vecinos del lugar vieron el desastre que habían dejado y junto a todo esto también estaba Heriberto tendido sin vida.

Los vecinos del lugar quedaron muy tristes por lo sucedido y en forma de agradecimiento se comprometieron a trabajar las tierras tal como lo hizo siempre este campesino esforzado y solidario.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

JAVIER DE FUENTE ARCE
13 AÑOS
7° BÁSICO, ESCUELA COPEQUÉN
COÍNCO VI REGIÓN



MARÍA CENICIENTA EN CALESA Y TETA DE BURRO BAJO LA ARTESA

Estos relatos me los contó el papi Jorge, que es como mi abuelo materno, ya que se casó con mi abuela después que ella quedó viuda de mi abuelo Tito. Siempre a la orilla de la salamandra nos ha contado hermosos cuentos, adivinanzas e historias de cuando él trabajaba en la mina de El Teniente o de su vida aquí en el campo. Mi hermana Paula es la que más lo ha disfrutado, pues se sabe hartas adivinanzas que él le ha contado.

Cuando él era niño se juntaban grandes y chicos a contar historias, adivinanzas y hacer pruebas de destreza con las manos. Hará unos setenta años, pues él tiene ahora ochenta, se juntaban a deshojar choclos, donde jugaban a "la pintita", juego que consistía en pegarle "chirlitos" (golpes con los dedos en la muñeca del perdedor, por alguna prenda o competencia) a quienes les salían granos negros en el maíz. Tantos granos negros, tantos

"chirlitos". En esas reuniones estaba el tío Carlos Reyes, muy bueno para contar historias, leyendas y cuentos de aparecidos y siempre narraba el cuento de la tripita a petición de los presentes. Él no se hacía de rogar y comenzaba... En una casa del campo había dos niñas, una más bonita que la otra. La mamá consentía a la bonita, dándole todo tipo de trabajos a la menos agraciada.

En los campos se acostumbraba a matar un chanco y uno de los trabajos más pesados y denigrantes era el de lavar las tripas del cerdo en cuestión. Las tripas se lavaban al derecho y al revés, volviéndolas de nuevo al derecho. Con estas tripas bien lavadas se hacían prietas o moras, con abundante cebolla picada a cuadritos, aliños, la sangre del animal y los untos, especie de grasa que llevan las prietas picadas.

La más fea de las niñas se llamaba María y cuando mataron el chanco su mamá le dijo: "¡María, anda a lavar las tripas al arroyo! ¡Cuidadito que se te vaya alguna por l'agua!". La niña, resignada, partió para el arroyo, que se encontraba en la misma propiedad.

Estaba María lavando las tripas cuando se le fue una por l'agua y mientras la iba buscando lloraba desconsoladamente. En eso pasó un viejito y le dijo: "¡M'hijita! ¿qué anda buscando? La niña con mucha pena le contestó: "¡Una tripita que se me cayó al agua y mi mamá me va a pegar!". El viejito le dijo entonces "¡Mire p'arriba m'hijita!". Y le cayó una estrella de oro en la frente. El viejito le pasó un pañuelo para que se tapara la frente y le regaló una varillita de virtud para que le pidiera lo que ella necesitara.

"Le da tres azotes —le dijo— y le puede pedir un traje, zapatos o un coche a la puerta si usted necesita, o lo que sea". María guardó para ella el secreto, pensando cómo iba a ocupar la varillita de virtud.

La mamá de María iba todos los domingos a misa, pero llevaba a su hija más bonita. La otra se quedaba tristemente en la casa. Pero al quedarse sola, decidió ir a misa. Le pegó tres azotes a la varillita de virtud y le pidió un vestido, zapatos y un coche. En el acto le apareció un hermoso traje, zapatos y en la puerta, un carruaje tirado por caballos.

En la iglesia todos quedaron asombrados con esa niña vestida tan elegante. Después de la misa se quedaron comentando ¿Quién sería?

La mamá cuando llegó de misa a su casa conversaba con su hija de la princesa que estaba en misa. María les dijo:

— ¡Era yo mamá! ¿No me conocieron?

— ¿Qué vas a ser tu cochina! —le dijo la madre.

— ¡No, si era yo. mamá! Y le dio tres azotes a la varillita de virtud, apareciendo el traje, los zapatos la estrella en la frente.

La madre no lo podía creer. Preguntó a la niña "¿Por qué?". María, como no era egoísta, les contó todo a su mamá y a su hermana. Entonces la hermana más bonita le dijo a su madre: "¡Mamita, mamita, máteme altiro un chanco para ir a lavar tripitas al arroyo". Se pensó y se hizo y la otra niña en un dos por tres partió al arroyo a lavar las tripas del chanco que especialmente le habían muerto a ella.

Estaba lavando las tripas y de adrede dejó caer una de ellas al agua. Se puso a llorar desconsolada, cuando apareció el viejito quien amablemente le preguntó: "¿Por qué llora, m'hijita? ¿Qué anda buscando?". A lo que la niña respondió: "Una tripita que se me cayó al agua y si no la encuentro mi mamá me va a pegar". El viejito le dijo "¡Mire p'arriba m'hijita!". La niña miró y le cayó una teta de burro en la frente y por más que trataba de sacársela, menos salía.

Cuenta la gente que eso le pasó por envidiosa y como anda siempre con la cabeza amarrada, no puede salir a la calle. Ahora se llaman "María Cenicienta en calesa y teta de burro bajo la artesa".



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VII REGIÓN DEL MAULE

EVELYN MARIOLI CEBALLOS AVENDAÑO
ESCUELA G N° 335 JOSÉ M. CARRERA
CUREPTO



LA PALMA SAGRADA

La historia me la contó mi abuelito actual y él la escuchó de boca de su padre y éste a la vez de su padre.

Cuentan de una palma, que no sé exactamente su variedad, sólo sé que su fruto era duro, delicioso, del tamaño de una nuez, llamado "coco". Pero el fin de esta narración no tiene nada que ver con su fruto, sino con sus hojas.

Según mi abuelito "Lulo", todo comienza en una familia que visitaba la palma el día anterior a la "Fiesta de Ramos" para recoger hojas para llevarlas a bendecir al otro día, que era el día en que todos los cristianos celebramos la "Fiesta de Ramos". En cierta oportunidad esta familia invitó a otra familia y al año siguiente a otra. Estas nunca se imaginaron en lo que iba a desencadenar su iniciativa. De ellas nació la idea de llevar cocaví y tomar mate al pie de la palma y así año tras año se fueron su-

mando más y más familias hasta llegar a cientos, a tal punto que llegaban al lugar de a caballo y en carretas. Todos querían ramos de palma. De esta manera el encuentro tomó carácter de fiesta, porque las cantoras con sus guitarras, las cuecas chilenas, la comida, las bebidas gaseosas y alcohólica no quedaron ausentes. Por el contrario, le daban más entusiasmo a la reunión.

Los lugareños de distintos sectores aledaños a la palma esperaban ansiosos e impacientes la fecha señalada, no para asistir a una fiesta, sino más bien para preparar los ramos de palma que con ferviente fe serían bendecidos en algunas capillas rurales o en alguna iglesia del pueblo más cercano.

La historia de la palma era ya conocida en todos los rincones de la comuna de Curepto.

Los ramos de sus cogollos eran los más apetecidos, así que conseguirlos no era cosa fácil. Esta palma medía unos quince metros aproximado de altura, se encontraba ubicada a unos ocho kilómetros del pueblo de Curepto en dirección este, en Provincia de Talca, Séptima Región del Maule, en el sector rural de Quebrada de Reyes, en la propiedad de don Pedro Juan Contreras, cuyos suelos eran tan fértiles que sus rindes eran del uno por treinta, las sandías que se cosechaban eran tan grandes que en una oportunidad un chanco se demoró cinco día en comerse una.

Cuenta mi abuelito que para trepar la palma se necesitaba ingenio y valor, que para ello usaban mocitos jóvenes y livianos, además lazos largos y firmes. Para eso ataban una piedra a un extremo del lazo y la lanzaban con prolijidad al cogollo de la palma, pasándola por encima de tres o cuatro ganchos y lo ha-

cían caer por el peso de la piedra. A continuación el mocito era atado a un arnés que pasaba por su cintura y entre las piernas. Un experto revisaba las ataduras, entonces abrazado al tronco era subido lentamente hasta sentarse en el cogollo. Los asistentes miraban en silencio y con nerviosismo la faena.

El mocito sintiéndose seguro empezaba con movimientos rápidos a lanzar manojos tras manojos de hojas hasta formar una alfombra. De pronto alguien le gritaba:

— ¡Está güenoooo!

Entonces era bajado. Ya en tierra firme, nuevamente recibía elogios y palabras de agradecimientos y también una paga en dinero.

Todos se apresuraban en recoger las hojas necesarias y con habilidad empezaban a dar forma a los "ramos", que al otro día serían bendecidos en capillas e iglesias cercanas en recuerdo de la triunfal entrada de Nuestro Señor Jesucristo a la ciudad de Jerusalén para celebrar su última Pascua Judía.

Esta costumbre se repitió año tras año, por muchas décadas. Cada vez se reunía mucho más gente. El encuentro al pie de la palma era sin duda el comentario diario de los que la visitaban.

Para los chicuelos del sector, los ramos no eran su centro de atención. A ellos les interesaban sus frutos. Esperaban con ansias el toque de la campana que indicaba salir del colegio, repletarse los bolsillo de piedras era cosa de segundos y en patota se dirigían a peñasquear los racimos de los apetecidos "cocos", dejando un reguero de piedras esparcidas y trillados los sembrados.

Estas maniobras causaron una gran rabia a la esposa del dueño del terreno y ordenó a su esposo cortar rápidamente la palma, de lo contrario se divorciaba de él. El hombre, temeroso de quedar solo a su edad, un día tomó el hacha y se dirigió al lugar donde se erguía la palma y sin pensarlo dos veces incrustó con rudeza el hacha en el tronco...

Pero cuán grande fue su asombro, la palma no entregaba la herramienta que la estaba hiriendo; forcejeó y forcejeó hasta que logró extraerla... pero cuán grande fue su asombro nuevamente. ¡De la palma brotaba sangre! Soltó el hacha y huyó rápidamente del lugar. No entendía lo que estaba sucediendo.

Al llegar a su casa no le comentó nada a su esposa, sólo le dijo que su orden se había cumplido al pie de la letra. Pero él sabía que su mujer muy pronto se daría cuenta del engaño, así que contrató al "Negro Erasmo" para que concluyera la tarea.

El "Negro Erasmo" era un mocetón nadita de miedoso, afiló su mejor hacha, se arremangó los puños de la camisa que en un tiempo fue blanca y empezó a trabajar. Al principio no le llamó la atención lo que brotaba del árbol, con la mente nublada por los tragos de guarisnaqui que se había empipado, seguía confiado. ¡De pronto la palma amenazó caerle encima! De un ágil salto el "Negro" cambió de lugar. Para el mismo lado se ladeó la palma. En ese momento el "Negro Erasmo" se dio cuenta que lo que veía no era normal. Rápidamente sacó de la linguera una botella, se la empinó y la vació de un solo trago hasta la mitad. Renovado su valor, siguió incrustando la herramienta en el ya débil tronco. Un crujido le indicó que la palma se derrumbaría en un breve momento. Así ocurrió, la palma cedió y cayó con

estruendo tan larga era. De repente se nubló y se levantó un viento "puelche" sin motivo alguno. Ahora sí que le invadió el miedo al "Negro Erasmo". Muy asustado tomó linguera y herramienta y huyó despavorido del lugar. Por el camino se maldecía por haber aceptado el trabajo. No paró de correr hasta que llegó a la cantina de doña "Meche". Allí un parroquiano en tono de broma le gritó:

— ¡Eeeeh, "Negro", te viene siguiendo tu suegra!

El "Negro", muy pálido, lo miró y le respondió:

— ¡Mucho pi'or, e'ño, mucho pi'or. Y con el gesto pidió medio pato de vino, al cual en un cerrar de ojos se lo tragó.

Ya más repuesto, el "Negro Erasmo" narró con lujo de detalles lo que le había sucedido y como testimonio mostró el hacha ensangrentada. En el local de doña "Meche" no se escuchaba el vuelo de una mosca. Apenas la respiración entrecortada que provocaba el aceleramiento del ritmo cardíaco debido a lo impresionante del relato. Todos los asistentes se resistían a creer que su palma terminara sus días en esa forma tan cruel. Por varios días y en grupos se dirigieron al lugar y pudieron comprobar en terreno la maldad cometida. Su palma yacía sin vida para siempre.

La noticia recorrió como el viento todos los rincones de la comuna de Curepto y tomando en cuenta el testimonio del "Negro Erasmo" más el del dueño del terreno. Para muchos y por mucho tiempo esta palma fue considerada "sagrada", igual que el canelo para muchos pueblos aborígenes que habitaron a lo largo y ancho de nuestro querido Chile.

Pero el tiempo y el modernismo se han encargado de diluir esta vivencia y ya casi nadie se acuerda de ella, solo mi abuelito nos deleita contándonos esta historia.

Los terrenos tan fértiles que rodeaban a la palma y que fueron envidia de muchos, hoy día son estériles. Nunca jamás produjeron tan excelentes rindes de aquellos tiempos. En la actualidad están cubiertos de zarzamora y se han transformado en criaderos de conejos, de quiques y codornices y en ellos reina la soledad y los recuerdos.

Muchos lugareños aseguran haber visto en noches de luna llena la majestuosa silueta de su palma.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VII REGIÓN DEL MAULE

CARLA ESTEFANI DÍAZ DÍAZ
11 AÑOS
5° BÁSICO, ESCUELA LA PATAGUA
PENCAHUE



EL CAZADOR

Esto sucedió en el río Claro, camino a Guilli Gorgoa. Un día los padres fueron de compras y dejaron de casero a una niña y a un niño. La niña le dijo "por qué no matas un pollo mejor", pero el hermano no le hizo caso. Subió a su bote y con su escopeta se fue a cazar al río. Hizo varios disparos pero no mató ningún pájaro y se volvió a su casa con la escopeta cargada. De camino había un palo de leña y lo echó al bote. Al bajarse del bote un rama del palo se le enganchó en el gatillo y se le disparó la escopeta casualmente y le pegó en el pecho. Cuando la hermana escuchó el disparo, salió a socorrerlo, encontrándolo herido, sin hallar qué hacer con él. Al poco rato después, su hermano murió por el fuerte impacto que recibió.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VII REGIÓN DEL MAULE

206

LUIS FELIPE VARGAS QUIJADA
8° BÁSICO, ESCUELA D 306 VILLA PRAT



LOS ENCANTOS DEL PEQUÉN

Del Pequén surgió la historia,
y de los brujos también,
están en Villa Prat,
la tierra que me vio crecer.

Este cuento es un agradecimiento a los brujos que cuidan a nuestro pueblo.

En el cerro Pequén un día unos brujos hicieron un enfrentamiento de magia para ver quién era más fuerte y quedarse con los encantos del Pequén.

Los brujos empezaron sus encantos, pero la victoria fue para los brujos del Pequén.

Después de varios años, los brujos del Chiripilco mandaron para el cerro Pequén una gran manta blanca para quedarse con todos los encantos del Pequén.

En el momento que apareció la gran manta blanca, algunos brujos se percataron de lo sucedido y se escondieron en la cueva del Pequén.

Los brujos con sus últimos esfuerzos protegen a Villa Prat hasta el día de hoy, y una vez al año, en la misma fecha del día en que ocurrió aquella lucha, en el cielo se ve la gran manta blanca buscando a los brujos que están escondidos en alguna parte.



MENCIÓN HONROSA REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VII REGIÓN DEL MAULE

208

ALLISON VANESA ESPINOZA VERGARA
13 AÑOS
7° BÁSICO, INSTITUTO COMERCIAL SANTA MARTA
RAUCO



LA NEGRA

Con mis zapatos plásticos caminaba cerro arriba, todos los días por la tarde, cuando ya todo se vestía de amarillo, hasta las ovejas cambiaban de color, el aire era fresco y puro y engredaba cada vez más mi piel. Todos los días había una discusión con mis hermanas mayores. ¿Quién iría en busca de las ovejas hoy? Nadie quería hacerlo. Debía ir la negra, o sea, yo. Me daba mucho miedo subir el cerro a solas en medio de ese silencio enorme de la cordillera y que solo se veía interrumpido por el trinar de los pajaritos, o por algún peñasco desprendido, y cuando esto pasaba, llegaba a tiritar de miedo porque me daba la impresión de que era algún zorro, o un chingue que me fuera a dejar hedionda a meado o, en el peor de los casos, que fuera el león y me comiera. Cuando esto pasaba, corría y corría cerro abajo tras las ovejas. Pobrecitas ellas. No sabían qué pasaba. En las curvas casi pasábamos de largo. Muchas veces me rompí el vestido donde quedaba enredada o las piernas me san-

graban por esto mismo, pero el miedo no me hacía sentir dolor. Cuando llegaba a mi rancho, las ovejas apenas respiraban, sus guatas se inflaban y desinflaban muy apresuradamente, y yo, irreconocible, con la cara llena de barro producto de la transpiración y la tierra que levantaban las ovejas, me veía más negra aún, pero me lavaba bien la cara en la acequia para que no me hicieran preguntas y fueran a descubrir que era una cobarde y re negra.



MENCIÓN HONROSA REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
VII REGIÓN DEL MAULE

210

KARINA PAZ ESPINOZA VERGARA
13 AÑOS
8° BÁSICO, ESCUELA F 89 QUILPOCO
RAUCO



ME ROBARON A MICHAEL JACKSON

Mi mamá demoró más de lo habitual en cortar leña porque había sólo acacios y éste es demasiado duro para cortar, por eso fuimos más tarde a recoger los huevos y a esa hora las gallinas ya se habían acostado. Pero fue tremenda nuestra sorpresa al entrar al gallinero y darnos cuenta que sólo había cuatro gallinas, y ni siquiera estaba el Michael Jackson. Él es mi gallo, lo bauticé así porque cuando nació era más negro que blanco, y ahora solo tiene la cabeza medio negra, y el cuerpo es completamente blanco. En este momento, vi a mi mamá roja de rabia y lo único que dijo fue: "San Pedro y doña Carmen". Ellos son un matrimonio que vive en un terreno que colinda con el nuestro. A San Pedro le dicen así porque toma mucho, claro, su nombre verdadero es Pedro y el vino con que él se emborracha es de la marca San Pedro.

Las gallinas de mi mamá, no sé por qué razón, siempre se van para el olivar que ellos tienen. Son bien tontas porque en mi casa tienen un tremendo espacio donde pueden andar y comer, pero siempre se van para el lado. Alguna vez escuché que San Pedro tiraba trigo en el olivar para que las gallinas que llegaran de afuera se cebaran y pasaran más allá que en sus casas, y así poder cazar más.

Bueno, el asunto es que fuimos inmediatamente a recorrer el olivar. Saltamos la reja que divide los terrenos, en donde yo me enredé en el alambre de púas y caí al suelo, quedando toda embarrada y con el pantalón roto, producto de mi inexperiencia, me decía mi mamá. Pero no me importó, porque lo único que quería en ese momento era encontrar a mi gallo. Fuimos hasta la punta de abajo y no encontramos nada. Volvimos por otras hileras de olivos que están más cerca de la casa de doña Carmen, caminamos un poco y en medio de unos pastos secos había una trampa, ahí estaba mi Michael Jackson acompañado de una gallina castellana, todo aplastado, parecía tortilla, pobrecito, seguramente había estado todo el día allí, porque su acompañante hasta puso un huevo en la trampa. Nos acercamos a ella y en eso divisamos a San Pedro que se dirigía a su casa en completo estado de ebriedad. Mi mamá estaba indignada, sacó al Michael y su acompañante, me los pasó y ella llevó consigo la trampa para que no volvieran a armarla y robarle más gallinas, claro que no les costará mucho hacer una nueva. Dejamos a Jackson y compañía en su mansión y mi mamá partió rápidamente a hablar con doña Carmen, pero le fue mal porque salió una sobrina y dijo que su tía andaba en Santiago. Ella viaja mucho a la capital porque allá viven dos hijos de su primer matrimonio y siempre les está llevando de todo lo que tiene, dice ella. Bueno, y lo que no tiene también, porque lo roba.

Mi mamá se quedó con las ganas, no pudo decirle ni media palabra del discurso que con tantas ganas le había preparado, tampoco pudo decírselo a San Pedro, porque estaba muerto de curado.

Esto no es primera vez que pasa, nosotros llevamos un año viviendo en esta casa y cuando llegamos traíamos más de treinta gallinas, hoy solo tenemos cinco, más el Michael. Dejamos de comer nosotros esas ricas cazuelas de gallina de campo, con una buena papa, zapallo y harto cilantro encima, para dejársela a águilas y peucos que comen por parejo, sin importarles de quién sea la presa.

Cuando nos empezaron a faltar las gallinas, mi papá habló con San Pedro, ellos se conocen de toda una vida, pero obviamente él negó todo. Varias personas advirtieron a mi papá que habían visto a este personaje en reiteradas ocasiones agachado en el olivar echando gallinas en un saco en vez de aceitunas, y justamente al día siguiente de la advertencia doña Carmen espera el bus que la lleva a Santiago, carga sacos y cajas, ¿cuántas gallinas lleva?, es lo que nunca se supo, pero se supone que varias.

Hoy comprobamos que las advertencias eran efectivas y es por eso que mi papá está esperando que doña Carmen vuelva de la capital y que a San Pedro se le pase "la mona" para hablar con ellos. Pero esta vez no creo que sea tan amablemente, seguro que otro Michael Jackson les cantará. No pueden ser tan cara de acacio.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

JOSÉ PABLO GONZÁLEZ LLANCAPÁN
7 AÑOS
2° AÑO BÁSICO, ESCUELA P 38 APOCALIPSIS



EL JOVEN Y EL MISTERIO BAJO EL MAR

Me contó mi abuelita que hace años una joven salió de paseo por el mar. Mientras caminaba por la orilla le dieron muchas ganas de bañarse y se introdujo en el océano, y entonces una ola se la llevó y no volvió a salir.

Sus padres se preocuparon porque ella no llegaba y después empezaron a buscarla día y noche sin cesar. El tiempo pasaba y pasaba y no había señales de la joven.

Un día sus padres estaban sentados muy tristes porque su única hija había desaparecido. De repente vieron que alguien se acercaba lentamente a su casa. De primera no la habían reconocido, ya que venía desnuda, solamente se cubría con hojas de nalca. Ellos se alegraron mucho y la abrazaron varias veces porque su hija había vuelto. La joven les dijo que ella pertenecía al mar y que sólo quería que supieran que estaba bien y que debía volver a su

hogar. Sus padres la comprendieron y la visitaron a las orillas de las aguas donde depositaron muday, catutos, tortillas y productos de la madre tierra.

Mientras esperaban, volvió otra ola que les trajo muchos peces y de diferentes clases. Aquellos padres muchas veces sienten nostalgia y cuenta la gente que su hija les visita muy a menudo desde su casa, el mar.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
X REGIÓN DE LOS LAGOS

GERARDO ALEJANDRO GONZÁLEZ ZÚÑIGA
11 AÑOS
6° BÁSICO, ESCUELA RURAL ESTERO HUITO
CALBUCO



EL SACO EMBRUJADO

Me contó mi abuelita que en el campo donde ella vivía, existían dos hermanos. Nacho y Ñecho, quienes se dedicaban a la sembradura de papas y a uno le corría la fama de ser medio brujo.

Un día que terminaban su faena al atardecer, se dieron cuenta, con mucho susto y asombro que uno de los sacos se les arrancaba como si tuviera patas. Preocupados lo pillaron entre la oscuridad, lo metieron en un cuarto oscuro para verlo al otro día. No durmieron en toda la noche por el miedo que tenían y el ruido que metía el saco en el cuarto.

Apenas amaneció se levantaron rápido para descubrir que era esa gran pesadilla que le atormentaba; cual sería su sorpresa, cuando al abrir el saco que aún se seguía moviendo, se encontraron con

"campesino" el perrito mudo del Ñecho que distraídamente se había metido en el saco, medio de papas.

Desde ese día los hermanos Nacho y Ñecho fueron más cuidadosos y Ñecho ya no se dedicó más a la brujería, pues el susto que había pasado, lo hizo cambiar.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
X REGIÓN DE LOS LAGOS

CÉSAR ANTONIO GUEIQUÉN LEVICOY
11 AÑOS
6° BÁSICO, ESCUELA RURAL CARMEN DOLORES MUÑOZ
QUELLÓN



EL PERRO FLOJO

Había una vez una mujer que tenía un perro que se llamaba Pitufu. Este perro era flojo, se pasaba todo el día durmiendo sin hacer nada.

Un día la mujer quiso ir a ver a sus animales y fue con Pitufu. En el camino encontraron a unas de sus vacas, la mujer ahijó a Pitufu, pero él no hizo caso, se volvió para su casa.

Al regresar la mujer, Pitufu estaba durmiendo. La mujer lo despertó de una patada. Pitufu se despertó de un salto.

La mujer lo agarró del pescuezo y lo echó de la casa. Después Pitufu se puso a tomar con los perros playeros.

Pero él andaba tomando a la bolsa, porque no tenía plata.

Pasó un tiempo y Pitufu se murió de borracho.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
X REGIÓN DE LOS LAGOS

218

MIGUEL SEBASTIÁN RAMÍREZ CEPEDA
17 AÑOS
HUALAIHUÉ



AYER Y MAÑANA

Paseo por la costanera de Contao, es un atardecer frío y lluvioso.

Espero que lleguen mis amigos de la escuela, vamos a jugar a los espías.

Estoy afuera de la fábrica, como llamamos aquí a la que fue una empresa maderera.

Me recuesto en un banco y pienso en el pasado de este pueblo. Miro el mar y recuerdo lo que el Tata me ha contado... ¡qué sueño!

De pronto me parecer ver gente caminando dentro del galpón... gente que se asoma y me llama. Me pongo de pie y salto el cerco, camino hacia ellos y me doy cuenta de que son dos ancia-

nos que pasean dentro del terreno, gesticulando y conversando sobre el ayer que los unió, cuando éste era un pueblo próspero y lleno de vida. Me invitan a pasar a ese galpón semiderruido. Caminamos y subimos al segundo piso. Se ven cascotes, tablones, planillas amarillentas y muebles rotos tirados por todos lados.

Mientras vamos inspeccionando, ambos hombres parecen rejuvenecer y sus ojos brillan. Ya no ven lo que yo veo. Ellos siempre impecables, piezas llenas de muebles, maquinaria reluciente, cientos de empleados y obreros moviéndose al compás del progreso y del trabajo.

Habla con entusiasmo y alegría, bromean con sus compañeros y jefes. Parecen no verme, ya mi presencia no les importa, silban y canturrean mientras transportan cosas invisibles a mis ojos y conversan con gente a la que no veo ni oigo.

Poco a poco y sin darme cuenta escucho ruido de máquinas y yo también paso a ser parte de ese mundo. Veo con toda claridad obreros trabajando en la madera, escucho el ruido de las sierras y las calderas. A través de la ventana veo las casas en los alrededores hermosamente adornadas, niños que juegan en sus jardines y mujeres que trabajan dentro de ellas.

El pueblo se ve alegre a pesar de la lluvia...

De pronto los ancianos me miran y veo sus ojos que se entristecen. Vuelven a ser los mismos que vi al principio. Siento que el día se oscurece y todo vuelve a ser un montón de ruinas. Siento mucha pena y junto con ellos lloro. Uno de esos ancianos se acerca, me abraza y me dice con una luz de esperanza en sus ojos.

"Ya vendrán tiempos mejores, y tú tomarás parte de ese futuro, será más nuestro esta vez y lo aprovecharemos mejor".

De pronto siento que me tiran de un brazo y la voz de uno de mis amigos que me dice ¡"Miguel, despierta!, te quedaste en blanco...".

Despierto lleno de optimismo, y mientras les cuento mi sueño, ellos van formando parte del proyecto de futuro que juntos construiremos... porque es nuestro.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA

ALEJANDRA LATORRE MANCILLA

11 AÑOS

LAGUNA BLANCA



LA HISTORIA DE PEHUÉN Y RAYÉN

Cuenta la historia que hace mucho tiempo vivían en un pueblo dos jóvenes enamorados que por circunstancias de la vida no podían estar juntos.

Rayén vivía en una comunidad indígena, donde su padre era el jefe y a quien todos respetaban. La joven mantenía en su corazón el amor secreto hacia un joven perteneciente a otra tribu, la cual vivía en constantes disputas con la comunidad de Rayén. Este joven, llamado Pehuén, también ocultaba su amor hacia Rayén. Su relación era tristemente imposible.

A pesar de las innumerables barreras que les impedían estar juntos, los enamorados se las arreglaban para verse secretamente en un lugar que pareciera haber sido construido para ellos por la misma naturaleza. Pasaban largas horas junto al río contemplando la belleza inmediata y soñando con aquel día en que podrían compartir sus vidas para siempre.

Cierto día, un gran alboroto despertó a Rayén. Su padre junto a otros jóvenes guerreros se preparaban para combatir a la comunidad enemiga de la cual formaba parte Pehuén. La joven, sin pensarlo, corrió hacia el bosque y como si hubiesen estado concertados se encontró con su amado. Su abrazo parecía interminable, no podían hacer nada para detener la lucha. Él, como guerrero, debía pelear y ella lo sabía. Y bajo la promesa de que siempre se amarían se separaron y marcharon hacia sus respectivas aldeas. Sin embargo no se habían percatado de que el líder de la aldea de Pehuén los había visto e inmediatamente fue a dar aviso al padre de éste, quien luego de contener su ira decidió escuchar al curandero, quien preparó una poción para la joven de la tribu enemiga.

Una vez iniciada la batalla entre ambas tribus todo era confuso y desalentador y entre medio de la trifulca el curandero logró ingresar en la tienda de Rayén, y dejar allí la poción, la cual la joven sin darse cuenta bebió horas más tarde. La batalla terminó con la retirada de la tribu de Pehuén, quien luego corrió hacia su lugar secreto para encontrarse con su amada.

Sin embargo la joven cuando caminaba hacia dicho lugar, inesperadamente se convirtió en golondrina y extendiendo sus alas voló por el azulado cielo y desde lo alto divisó la figura de Pehuén, quien desconsolado esperaba la llegada de ella. Rayén voló hacia él y se posó sobre su hombro, pero éste la espantó y ella muy triste subió a la copa de un árbol.

En la tribu de Rayén estaban todos muy tristes por su desaparición y por más que la buscaron no encontraban respuesta. Por otra parte, la tristeza y desolación se habían apoderado de Pehuén, quien en un acto desesperado fue a la tribu enemiga a preguntar

por la joven. El padre de Rayén escuchó con respecto al joven guerrero y al ver en sus ojos su sufrimiento lloró junto a él.

Con el pasar del tiempo, el joven enfermó gravemente y por más que trataron de ayudarlo, su vida se escapaba. El padre, desesperado, le exigió al curandero que hiciera algo y éste, consciente de que sólo el amor salvaría al joven, preparó la misma poción que bebiera Rayén y se la dio a Pehuén, quien a las horas después se convirtió en golondrina y alejándose de la vista llorosa de su pueblo voló, desapareciendo en el bosque.

Pehuén muy desconcertado de lo que había pasado, se dirigió al único lugar donde había sido verdaderamente feliz. Al llegar, vio a una hermosa golondrina y al cruzar sus miradas se reconocieron inmediatamente y de esa manera los enamorados se reunieron para siempre.



